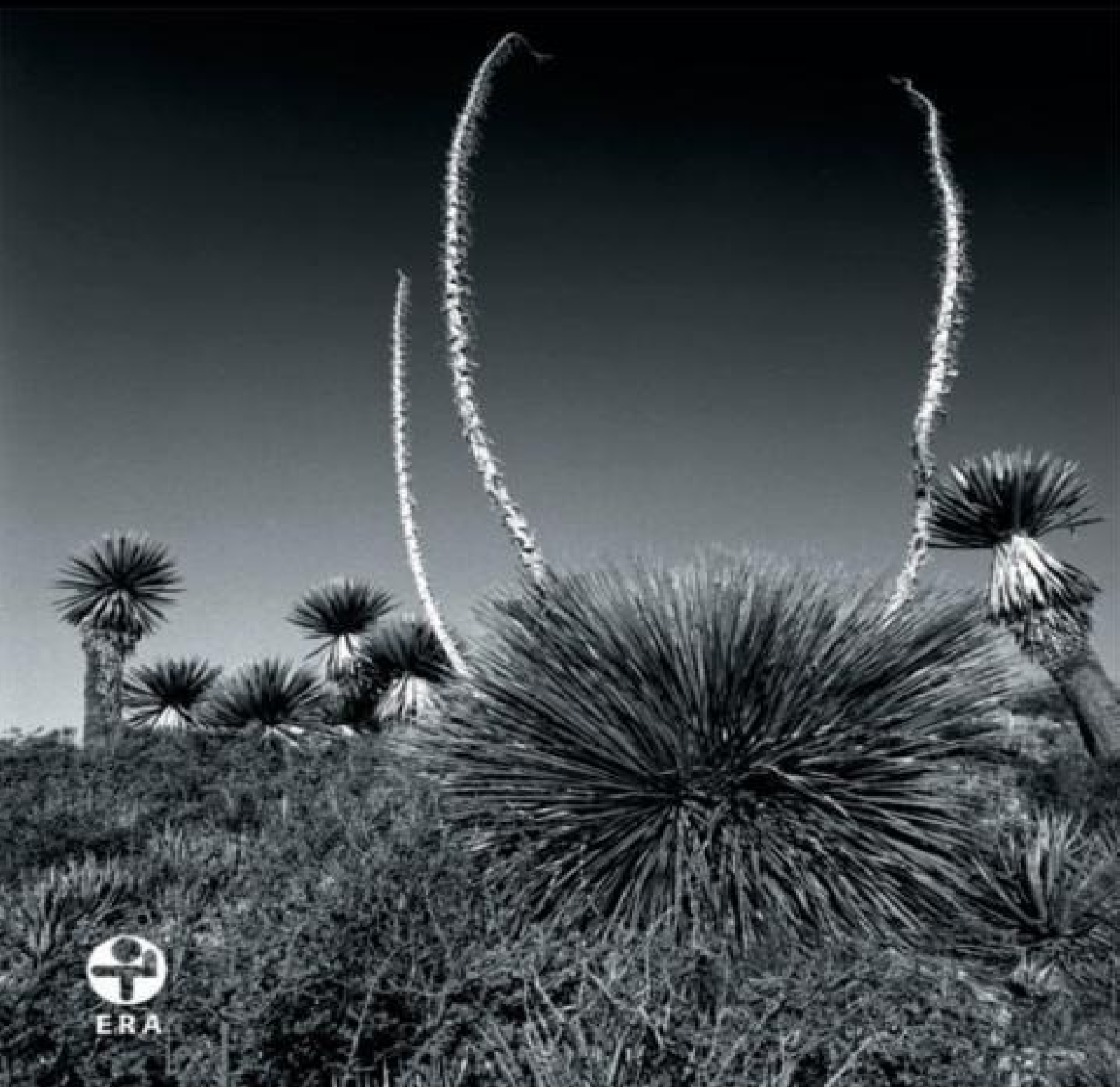


RAFAEL F. MUÑOZ

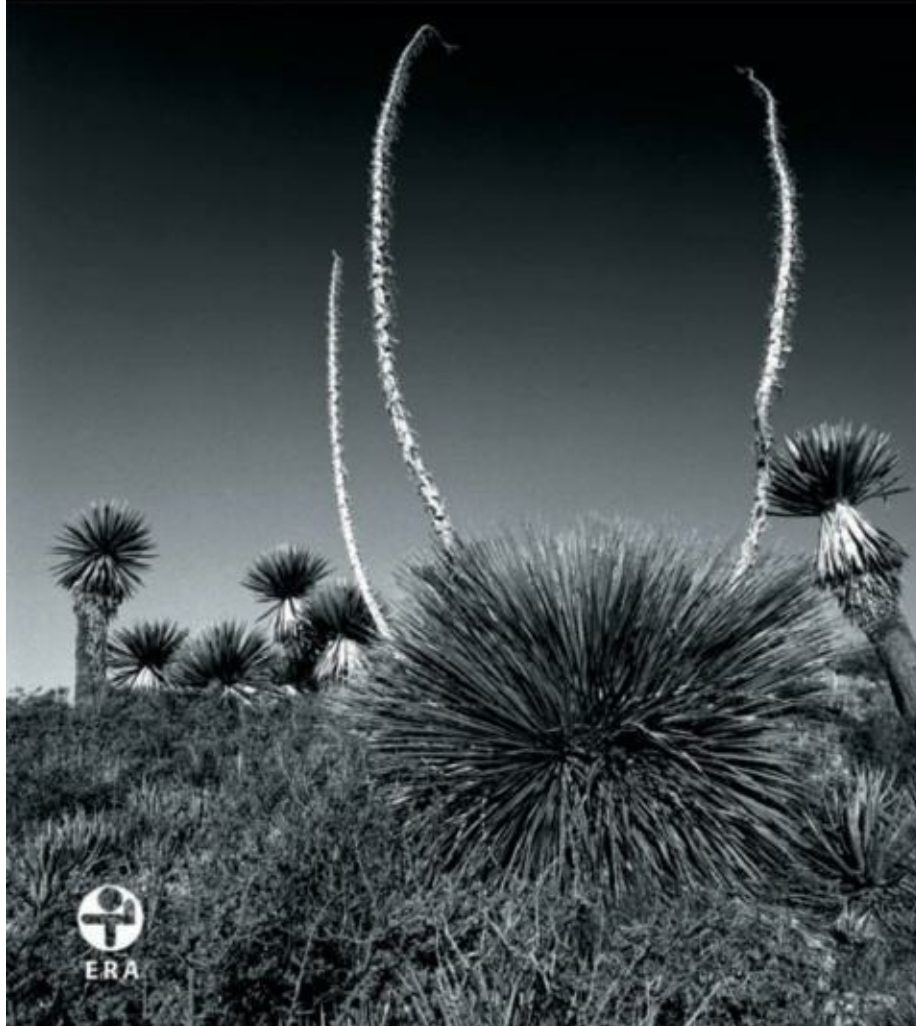
SE LLEVARON EL CAÑÓN
PARA BACHIMBA



ERA

RAFAEL F. MUÑOZ

SE LLEVARON EL CAÑÓN
PARA BACHIMBA



RAFAEL F. MUÑOZ

Se llevaron el cañón para Bachimba

Prólogo de Jorge Aguilar Mora

0

Ediciones Era

Primera edición: 2007

ISBN: 978-968-411-673-3

DR © 2011, Ediciones Era, S.A. de C.V.

Calle del Trabajo 31, Tlalpan, 14269 México, D.F.

Portada: © 2006, Rafael Doniz. Paisajes I

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.

www.edicionesera.com.mx

Prólogo: Novela sin joroba,

[por Jorge Aguilar Mora, 9](#)

[¡Adiós!, 51](#)

[Aniceto, 54](#)

[Marcos Ruiz, 56](#)

[Rutina, 61](#)

[Sangre, 63](#)

[Pascual Orozco, 65](#)

[Palabras, 68](#)

[Retrato, 70](#)

[Pancho Villa, 73](#)

[Vanguardia, 78](#)

[Campo, 81](#)

[Fatiga, 84](#)

[Grado, 87](#)

[Sed, 90](#)

[Carneros, 95](#)

[Noche, 98](#)

[Prisioneros, 102](#)

[Amanecer, 109](#)

[Federales, 113](#)

[Mezquital, 118](#)

[Cruz \(le Neira, 123](#)

[Divagando, 137](#)

[Espera](#), 140

[Sueño](#), 145

[Ambiciones](#), 147

[Enemigo](#), 152

[Infierno](#), 165

[Rellano](#), 169

[Decepción](#), 183

[Otra vez](#), 188

[Guerrillas](#), 192

[El gringo](#), 201

[La Revolución](#), 206

[Impotencia, 2 11](#)

[Bachimba](#), 217

[Retirada](#), 221

[Dispersión](#), 225

[Montañas](#), 229

[Plática](#), 234

[Final](#), 237

Prólogo

Novela sin joroba

por Jorge Aguilar Mora

Ninguna novela mexicana, con excepción (le Pedro Páramo, se abre con tanto deslumbramiento como Se llevaron el cañón para Bachimba de Rafael E Muñoz, publicada en 1941. Nadie mejor que Muñoz y Rulfo ha sabido entregar tantos vislumbres simbólicos con una sobriedad más dolorosa y con una sabiduría más narrativa, y todo a través de la voz serena (le sus protagonistas. En la novela (le Muñoz, Álvaro Abasolo está perdiendo a su padre; en la (le Rulfo, Juan Preciado viene a buscarlo a Comala y se encuentra con que está muerto. En ambas novelas, el relato (le la orfandad de los protagonistas tiene la economía desnuda, implacable de la tragedia. El acontecimiento, dado al principio, se adelanta en Rulfo a la fatalidad (le su final, y en Muñoz a la iluminación (le una plenitud también al término (le la narración. En esos principios o figuras (le premonición reside la magistral singularidad (le la estructura (le ambas novelas.

Sin saberlo, Juan Preciado está caminando por las piedras que son las ruinas del cuerpo (le su padre. Sin saberlo, y tal vez queriéndolo, Álvaro Abasolo está presintiendo la alegría (le la inevitable doble orfandad que le espera. Cuando su padre biológico y su padre simbólico lo hayan dejado, él, al fin verdaderamente solo, se topará con la profecía de su apellido y al mismo tiempo con la alegría, esa alegría fundamental donde no hay madres, ni padres; donde la vida se reconcilia con el mundo y hace inútiles los símbolos. Álvaro Abasolo descubrirá que no hay nada en el mundo que necesite menos los símbolos -los intermediarios, los sustitutos- que la alegría; nada que se pueda vivir huérfanamente mejor que la felicidad.

Ahí terminan las similitudes (le estas (los obras maestras. Después, cada hijo emprende una jornada singular. Juan Preciado inicia el camino que va (le la tierra (le los vivos a la tierra (le los muertos, atravesando fronteras imperceptibles, tal vez porque ambas sean la misma tierra. Álvaro Abasolo, en cambio, asume la responsabilidad (le un nuevo destino. Después (le perder al padre biológico, va a encontrar a su padre simbólico.

De la noticia de la muerte del padre, la narración en Pedro Páramo se remonta hasta las entrañas del mito para destruirlo. Si los dioses y los héroes son transformaciones simbólicas (le gestos singulares de la realidad -un secreto de la Naturaleza, el destino irrepetible de un acontecimiento-; si los dioses y los héroes esconden en su nombre la transfiguración (le su pasado y el signo más recóndito del poder que los humanos les concedemos, Pedro Páramo no esconde nada, y su muerte es el espectáculo (le cómo un mito regresa a su materia, a su origen común con la tierra. Para Pedro Páramo, como para los dioses, no hay sepelio. Los verdaderos dioses -a diferencia del cristiano- son humildes. Saben que su muerte es el momento, sólo un momento, en que se desata el nudo (le su misterio, cuando el fenómeno y su símbolo se desconocen mutuamente. Y los dioses no piden, ni exigen, ni extrañan funerales sanitarios. No hay nada que enterrar. Ellos son el lenguaje de la tierra, porque la tierra no tiene lenguaje, porque la tierra sólo tiene su piel bastante. Así Pedro

Páramo: queda tirado en la superficie, desmoronado.

El final de *Se llevaron el cañón para Bachimba* es la otra cara de una moneda diferente. No hay, en su término, una novela más abstracta que ésta en toda la literatura mexicana: ningún acontecimiento, ningún desenlace, ningún misterio develado, sólo la presencia intangible de la alegría y de la más asombrosa de las transformaciones que nos depara la vida.

No una vez, (los veces aparece la alegría; no es una casualidad, es una insistencia: primero es la alegría pura (le los bosques; y luego la alegría que se deja compartir, que se abre para recibir al que ha sabido y querido transformarse.

En este final (le Muñoz, nos encontramos con la afirmación más atrevida (le un novelista, que recuerda el final (le of *Arthur Gordon Pym of Nantucket* de Edgar Allan Poe: el destino no es un acontecimiento, el destino no es una anécdota, el destino es una iluminación. Es la revelación del lugar que el mundo tenía guardado para nosotros y que nosotros ya traíamos en nuestro cuerpo, o en nuestro nombre. Según la máxima (le Nietzsche, extraída (le Píndaro, nos convertimos en lo que somos, en lo que siempre hemos sido.

"La montaña lo acogió y a mí con él. Cuando la máquina llegó adonde los rieles terminan, como cortados a hachazos sobre un terraplén que se esfuma en el suelo rocoso, donde la guerra interrumpió la conquista (le la sierra por el caballo de hierro, la montaña entera estaba de fiesta: alegría del sol en un cielo de porcelana; alegría de los árboles en un aire lavado y transparente; alegría de las rocas que jugaban a las esculturas en los relices inviolados; alegría (le la tierra que desbordaba su vida en mil variedades de árboles y yerbas...; alegría (le color y (le rumor y de perfumes.

"Había que embriagarse (le montaña abriendo los ojos, abriendo los labios, abriendo los brazos".

Esta es la primera aparición de la alegría, donde se presenta el mundo que le espera a Álvaro aunque nunca se quede en la montaña. Es el mundo (le la orfandad pura, donde sólo existe la presencia abarcante (le la alegría porque allí nunca ha habido ni madres ni padres. Es la paradoja primera (le la vida: encontrar la orfandad en un regreso (le transformación a la niñez, no para ser niño, sino para ser -según la máxima psicoanalítica (le raíces muy antiguas- hijo (le sí mismo. Allí, en la montaña se hará realidad la última, la auténtica soledad (le su apellido, y nadie lo ha dicho mejor que Muñoz en ningún texto novelístico ni poético (le la literatura mexicana.

Contra la afirmación anterior (le que en sus principios terminan las similitudes (le las novelas (le Muñoz y Rulfo, sus finales parecen insistir en la similitud, pues en ambas los nombres (le los protagonistas operan como claves del sentido de la novela. En Rulfo, la descomposición del nombre Pedro y del apellido Páramo señala que todo el funcionamiento mítico se ha invertido. En Muñoz, el apellido Abasolo se encuentra con lo más primigenio del mundo y con la soledad pura, donde se abren las posibilidades (le la libertad absoluta. Sin embargo, este encuentro de Abasolo con la plenitud de la soledad indica que, justamente, a diferencia de Pedro Páramo, en esta narración no hubo nunca símbolos. El apellido no es un mito que se invierte y desmorona, es un anuncio (le la iluminación del destino. Y a diferencia (le *Cien años de soledad*, donde los personajes desembocan siempre en el reconocimiento (le su soledad intrínseca, en el mundo (le reflejos (le un mundo

cerrado, en Se llevaron el cañón para Bachimba, la soledad es sólo el principio (le una vida en posesión (le su alegría. Es la apertura (le la vida verdadera (le Álvaro Abasolo hacia su porvenir. En la literatura latinoamericana nadie ha mostrado con tanta serenidad y lucidez como Muñoz que la autenticidad vital necesita un rito (le pasaje y que los ritos (le pasaje consisten en romper todos los cordones umbilicales y todas las filiaciones simbólicas. La única vida posible no necesita símbolos, necesita la desnudez de la realidad -sin objetos ni sujetos-; sólo las repeticiones intensas o sólo las intenciones repetidas (le una escena ausente. Y así aparece por segunda vez la alegría:

¡Hay que sacudir el polvo y hacer latir (le nuevo el corazón, erguir el cuerpo y marchar por la vereda angosta pisando con firmeza, a pasos acompasados como en un desfile, alegre y seguro (le mí mismo, como todo un hombre!

Aspiré la alegría (le la montaña y tuve ganas (le cantar, como el viento, como el bosque...
¡Libre, eterno, feliz!

Y dejé ir la voz, repitiendo muchas veces mientras marchaba a taconazos:

¡Lunes y martes y miércoles, tres!

jueves y viernes y sábado, seis!

¡LUNES Y MARTES Y MIÉRCOLES, TRES!

JUEVES Y VIERNES Y SÁBADO, SEIS!

Le aseguro al lector de estas líneas que transcribir el final de la novela no le revela ningún misterio, ni le roba ninguna expectativa. El lector se dará cuenta, sin falta, de que la fuerza (le estos párrafos viene desde el principio (le la novela, y por fortuna la lectura personal es intransferible. Aquí la cita sólo tiene la función (le mostrar (le qué manera Muñoz acaba magistralmente su obra: al igual que Edipo, Alvaro pisa con firmeza en la tierra, pero a la inversa de él, no tiene ningún enigma que descifrar, ni le espera el lecho (le su madre. Sólo tiene, en su futuro, su propia vida, y su vida comienza retomando los versos que le recitaba su ayo, el sabio Aniceto. Muñoz ha escrito un anti-Edipo y ha reescrito la fábula (le Zaratustra: para crecer, para vivir auténticamente, hay que convertirse, de camello con joroba, en niño.

Bildungsroman se les llama a los relatos en los cuales el protagonista cumple esta travesía donde se realiza uno de los actos fundamentales (le la vida, el pasaje del arraigo biológico y (le la filiación simbólica a la conciencia absoluta (le la individualidad. Esta conciencia es también el reconocimiento de la soledad como el ámbito donde puede resonar la alegría (le estar vivo, solo vivo, puramente vivo.

Que este género narrativo use una palabra alemana para sus tratos con la Historia literaria no impide que en otros lenguajes se hayan descrito esos pasajes vitales con la misma seguridad.

Al pronunciar la palabra Bildungsroman en el ámbito (le América Latina, se convoca la presencia singular (le (los novelas: Don Segundo Sombra del argentino Ricardo Güiraldes y Los

ríos profundos del peruano José María Arguedas. Dos obras admirables por la perfección de su estructura. La primera, publicada en 1926, puede parecer un claro antecedente de *Se llevaron el cañón para Bachimba*: en ambas, el ambiente es rural; en ambas, la narración es en primera persona; en ambas, el padre desaparece una vez cumplida su misión; en ambas, la transformación (de un niño en adulto) se realiza con el símbolo más mítico de un rito (el pasaje: el caballo). Pero, vistas con detenimiento, se percibe que Muñoz parece haber escrito una réplica al libro (de Güiraldes). No es una refutación, es una sutilísima demostración (de cómo los contextos históricos y nacionales determinan el sentido (de una narración y (de una concepción (de la vida. En la mexicana, la jornada (de liberación es doble: Álvaro se transforma como persona y como individuo político, y va (de lo "civilizado" al mundo (de las orfandades puras en la Naturaleza de la montaña. En la argentina, en cambio, el niño se transforma en adulto adaptándose a las normas de la civilización, volviéndose "culto" y, sobre todo, un peón de hacienda, mientras el padre adoptivo (así se le nombra en la novela) simboliza la desaparición (de un modo de vida libre y en simpatía con las orfandades naturales de la pampa. En ambas novelas, los protagonistas quedan enfrentados a su soledad. Sin embargo, en Muñoz, el destino está incrustado en el nombre del niño; en Güiraldes, está en el del padre. Muñoz mira hacia el futuro (de la rebelión permanente; Güiraldes mira hacia el pasado, hacia la inevitable desaparición del gaucho. Al final (de *Se llevaron el cañón para Bachimba*, el protagonista recibe su nueva vida con alegría, con una alegría pura; mientras que en *Don Segundo Sombra*, el hijo, al ver desaparecer a su padre en el horizonte, siente que "No sé cuántas cosas se amontonaron en mi soledad. Pero eran cosas que un hombre jamás se confiesa. Centrando mi voluntad en la ejecución de los pequeños hechos, di vuelta a mi caballo y, lentamente, me fui para las casas. Me fui, como quien se desangra".

Estos signos contrarios desaparecen cuando *Se llevaron el cañón para Bachimba* se proyecta en otra gran Bildungsroman latinoamericana, *Los ríos de José María Arguedas* (1958). En ambas se encuentra esa conciencia de la soledad como un principio, como una atmósfera donde la vida respira su condición más natural, y no como una condena, ni como una conciencia trágica. La diferencia, y grande, entre estas (dos novelas es que ese rito (de pasaje se da, en la peruana, en la escuela (un ámbito muy común en las novelas que tratan de este tema), mientras que en la mexicana se cumple en los campos de batalla (de una terrible guerra civil. Finalmente, otro rasgo distintivo (de la novela (de Muñoz es el cuidadoso detalle con que él expone las enseñanzas del padre simbólico. *Se llevaron el cañón para Bachimba* es una Bildungsroman en el sentido más puro (de este término: no sólo es la descripción (de un rito (de pasaje, es también el seguimiento (de un aprendizaje profundo, hasta el fin, hasta donde el padre simbólico termina su tarea. Sin padres, ni madre, así termina el verdadero rito (de pasaje, la transformación auténtica. La madre de Álvaro murió diez años antes, y los padres se han ido dejando esa ausencia suya que será siempre el soporte fundamental (de los actos del hijo.

Ni madres, ni padres... En el mundo de *Se llevaron el cañón para Bachimba* no hay madres. Aquí, como unos años antes (1931), en *¡Vámonos con Pancho Villa!*, Rafael E. Muñoz se introduce en los imperceptibles senderos (de la paternidad, dejando atrás, en el origen, la figura y la función maternas. Sus novelas no se remontan a ningún principio y, en todo caso, son los padres simbólicos -Pancho Villa en una, Marcos Ruiz en la otra- los que regresan a la Naturaleza como al lugar privilegiado (de refugio. Esta no es una matriz simbólica, es un cuerpo donde los cuerpos (de los fugitivos se transfiguran y encuentran su lugar inencontrable. Marcos Ruiz sabe dónde está su

sabiduría, la de un hijo (le la sierra: "Conozco cada montaña y cada vereda; conozco cada mina. Si algún (lía los federales llegan a venir por aquí, me sumerjo en la profundidad (le la tierra y nadie se atreverá a ir a buscarme". Lo mismo dice Villa a su manera en la segunda parte (le la primera novela (le Muñoz: ni los carrancistas, ni los miles (le sol(lados norteamericanos (le la Expedición Punitiva logran encontrarlo, a pesar (le que él, herido, está a unos cuantos pasos (le sus campamentos. No es que la sierra proteja a Villa o a Ruiz, es que Villa y Ruiz son la sierra, la sierra (le Chihuahua.

Ni símbolo, ni origen, la Naturaleza es la pareja (le la Historia. No se reduce a ser la "escena" donde se desarrollan los hechos; su condición (le ubicuidad determina las diversas estrategias vitales, sociales, bélicas; y también, y sobre todo, las interpreta, les provee su sentido último.

Se ha dicho que en Se llevaron el cañón para Bachimba, la Naturaleza tiene una presencia más notable que en ¡Vámonos con Pancho Villa! y se ha querido incluirla en una larga tradición de la novela latinoamericana donde se despliegan una dicotomía y hasta un maniqueísmo insalvables: civilización/Naturaleza; que tenían, en los años cuarenta, una vigencia todavía muy sólida, aunque anacrónica.

Ese fue y es un juicio crítico muy basto e ignorante tanto de la narrativa latinoamericana como de las profundas diferencias en las reflexiones sobre la Naturaleza.

Desde principios del siglo XIX, asimilando la visión neoclásica, el romanticismo latinoamericano opuso la civilización a la barbarie "natural", al mismo tiempo que sostenía la creencia en la armonía universal. El principio del poema narrativo "La cautiva" del argentino Esteban Echeverría es un modelo (le esa actitud: su visión edénica (le la pampa se ve (le pronto interrumpida por el paso (le los indios, los cuales, al desaparecer, permiten que se restablezca el equilibrio perfecto del paisaje. Posteriormente, en "El matadero", el mismo Echeverría opondría esa barbarie "natural" al proyecto civilizador.

La dualidad que Sarmiento convirtió en paradigma no sólo político sino mental para la historia argentina fue también un eje temático en la narrativa latinoamericana.

En 1879, cuando parecía que la fuerza (le esa dualidad se agotaba, un novelista ecuatoriano, Juan León Mera, renovó sus fundamentos al publicar G°umandái. Aquí reaparecen todos los lugares comunes del primer romanticismo, en una expresión aún más esquemática que en la (le Sarmiento. La reaparición (le la Naturaleza sublime, del buen salvaje, de la misión civilizadora (le los jesuitas parecen revelar un deseo secreto (le la narrativa latinoamericana (le empezar desde el principio, como si no hubiera pasado medio siglo desde la publicación (le Xicoténcatl (de autor anónimo).

Lo que distingue a esta corriente narrativa y de pensamiento sobre la Naturaleza es su confianza en la existencia (le una armonía universal, (le un orden interno y (le un propósito definido en el mecanismo del mundo. El proceso civilizador es una prolongación de este equilibrio y (le esta perfección supuestamente naturales. En el otro lado (le la cerca, está la barbarie a la que se le aplicaría el adjetivo "natural" por un malentendido. Los indios, los gauchos, los negros -todos los perturbadores del proyecto providencial (le la Historia- son una degeneración (le la Naturaleza, productos anómalos (le un mecanismo que no se quiere comprender.

Esta corriente narrativa y reflexiva continuó su desarrollo a través del Modernismo, pero en particular del antecedente y procedente de Darío, gracias a las indecisiones y ambigüedades de éste, como se percibe en *Los de abajo* (1915-1916) (le Mariano Azuela. En esta novela, la Naturaleza se mantiene a una distancia inocente (le la Historia, sin ningún sentido crítico, como un mero paisaje idílico, ambiental, decorativo, y transcrita en un torpe estilo modernista.

En 1929 apareció Doña Bárbara del venezolano Rómulo Gallegos, que, como Cumandá, era un regreso anacrónico, no a los principios del romanticismo, pero sí a los postulados (le Sarmiento. En los años 40, el burdo simbolismo (le esta novela era elogiado con un énfasis que pretendía ocultar la desesperación (le la crítica por alcanzar una buena conciencia literaria, si no política.

Esta corriente no ha muerto. Quizás esté demasiado arraigada -bajo diferentes disfraces- la fe en un orden que, dadas las catástrofes históricas del siglo XX, sólo puede garantizar la Naturaleza. Y es de prever que, con los nuevos rostros devastados del mundo natural, esta visión tendrá muy pronto que reconocer su agotamiento.

Mientras las expresiones narrativas de esta corriente se fueron degradando en intentos cada vez menos convincentes de la sinceridad de esa fe, una corriente poética, en la frontera del vanguardismo, a mediados (le los años 40, se propuso renovar esta esperanza en la Naturaleza armónica y, sobre todo, acogedora del sentido humano. El representante más explícito e importante de esta empresa fue Octavio Paz. Sin embargo, la fe de éste en las correspondencias secretas (le una armonía natural no perduró en su poesía, aunque sí en su pensamiento teórico.

Ya para fines del siglo XIX, la corriente dominante que oponía la civilización a la barbarie "natural", y que al mismo tiempo, de manera paradójica, quería creer en la existencia de una armonía universal, se había fracturado. Una obra clave fue *Sin rumbo* (1885) del argentino Eugenio Cambaceres, donde aparece el fracaso (le los proyectos civilizadores y (le progreso basados en la domesticación (le la pampa, que era el gran plan (le Sarmiento y de la misma generación del 80 argentino a la que pertenecía el novelista. Y en ese fracaso, también iba comprendida la convicción (le que la armonía (le la Naturaleza era sólo un autoengaño, una proyección (le las ilusiones románticas (le orden y de equilibrio. Con Cambaceres, la narrativa se dispone a enfrentar un mundo entregado a la voluntad del azar y una Historia sin metas providenciales.

Después (le *Sin rumbo*, el mejor ejemplo (le esta conciencia trágica del mundo sin sentido previo, sin desarrollo armónico, es la novela del colombiano José Asunción Silva, *De sobremesa*. Esta obra y poemas como "La respuesta (le la tierra" son testimonios (le la lucidez con la que el colombiano se enfrentó y describió las falsas ilusiones del Romanticismo y del Simbolismo; y, en general, de toda la empresa idealista del siglo XIX. Su suicidio privó a la literatura latinoamericana de muchos mundos poéticos y narrativos (le inusitada osadía.

Dos años después de la publicación de *Los de abajo*, aparecieron los *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (le Horacio Quiroga y en ellos se renueva con deslumbramiento la narrativa de Eugenio Cambaceres y de José Asunción Silva. Además, a partir de Quiroga, la narrativa más perenne (le América Latina se define por una trabazón de narración e Historia y por la plena autoconciencia narrativa que estaba ya en los grandes fundadores latinoamericanos como Echeverría, Sarmiento y, sobre todo, Ricardo Palma. Si éste no contribuyó a la visión (le una

Naturaleza entregada al azar, sí fue decisivo en la configuración de una narrativa donde narrativa e Historia forman nudos indestructibles, y donde se despliega, con una maestría singular, esa libertad creativa y formativa que se logra con la autoconciencia narrativa, es decir, con aquellas marcas que nos indican a los lectores que la narración se sabe narración a cada momento (le su desarrollo).

En los intersticios del Modernismo y la Vanguardia, y transformando principios (le ambas corrientes, Horacio Quiroga fue quizás el escritor más sólido que empezó a vislumbrar la posible superación (le la dicotomía entre el dualismo y el desarrollo histórico concreto; y quien así renovó la importancia crítica de unir la narración con la reflexión sobre el acto mismo (le narrar).

"El Decálogo del perfecto cuentista" fue una propuesta decisiva para ese género y para toda la narrativa en todo el siglo XX. La consideración del cuento como un objeto no sólo narrativo sino auto-conciente de su narratividad fue uno de los principios más importantes recuperados por Quiroga. Herederas suyas serán muchas intuiciones fructíferas para la novela y la narración en general que despuntaron a fines de los años 20 y principios de los 30. Entre ellas, el concepto (le lo real maravilloso de Alejo Carpentier; la fusión (le lo mítico e histórico desde una perspectiva única (le conocimiento (le Miguel Angel Asturias; y la dispersión del discurso y la mirada de la Historia en diferentes perspectivas cuya legitimidad provenía no (le una sanción centralizada por el Estado, la Sociedad, la Literatura, sino (le un ejercicio (le la intensidad vital. Esta última solución fue la (le algunos novelistas (le esa entidad desgraciadamente llamada "Novela (le la Revolución Mexicana".

Por mala fortuna o por condiciones históricas adversas o por imposiciones (le un discurso crítico (le pensamiento muy holgazán y débil, o por todo esto junto (y algo más, tal vez), se ha creado ese compartimento absurdo y dañino llamado "Novela (le la Revolución Mexicana". En algún momento, esa clasificación pudo servir para "salvar" o "rescatar" obras que (le otra manera hubieran terminado en el total olvido. Pero es dudoso que ese beneficio fuera mayor que el maleficio que hizo caer sobre muchos (le esos textos. Algunos lograron superar el enclaustramiento perezoso del "género", como La sombra del caudillo (le Martín Luis Guzmán, pero otras, como las (le Muñoz o las (le Nellie Campobello, han quedado encerradas en ese circuito que sólo las recupera como síntomas de una época, y no les reconoce su valor como discursos narrati vos de repercusiones que van más allá de ser meros "testimonios" de acontecimientos de la Revolución Mexicana o de la lucha villista, orozquista, maderista o zapatista... Todavía se siguen editando con la etiqueta que parecen necesitar para tener alguna aspiración de legitimidad y se siguen comentando siempre -incluso por críticos supuestamente heterodoxos- por separado. Nunca se incorporan, como novelas, al curso general (le la literatura mexicana, siempre aparecen "aparte".

Y lo peor (le todo es que ni encerradas en esos estrechos límites (le ser "síntomas" de ciertos grupos o caudillos, se les ha ofrecido a estos textos la posibilidad de manifestar su original manera (le percibir la Historia, (le reflexionar sobre los acontecimientos históricos, (le narrar los comportamientos más extremos y esperados de la guerra. Ni siquiera se les otorga la calidad de ser verdaderos testimonios, no para la elaboración (le alguna cronología revolucionaria, no para la ilustración de algún hecho desconocido, sino para la incursión en una de las necesidades más vitales: comprender la posición existencial de los participantes en los hechos históricos. En ese sentido, algunas novelas (le la Revolución Mexicana son una fuente ineludible, no (le datos, sino (le posiciones, (le perspectivas, (le interpretaciones. Son, en un sentido global, un verdadero discurso

hermenéutico; el único que hasta la fecha se ha escrito en nuestro país no sólo sobre la Revolución, sino sobre la rebeldía popular, sobre la insurrección, la insurrección a secas.

Nadie en México ha escrito páginas más lúcidas y rigurosas sobre la violencia, sobre la muerte, sobre la rebeldía, sobre la fidelidad, sobre el caudillismo, sobre el nacionalismo, sobre la pertenencia regional, sobre la nostalgia, sobre el dolor, sobre el sentido de la Historia, sobre la posición de los hechos en la Historia que Nellie Campobello, Rafael E Muñoz, Ramón Puente, Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela... Nadie como ellos ha propuesto tantos valores como ejes de la vida popular e histórica en México. Ninguna página de nuestros ilustres hermeneutas o ensayistas o historiadores se acerca siquiera a la profundidad y la virtualidad de tantas imágenes que contienen los libros de esos "novelistas (le la Revolución)".

Para acceder a su literal originalidad se debe sacarlos (le ese cajón polvoriento e inútil del género en donde los han colocado esas buenas intenciones que con el tiempo se han convertido en gestos esterilizadores, y colocarlos en el contexto general (le la literatura mexicana y latinoamericana. Las novelas de Muñoz y los libros de Campobello tienen más parentesco con las novelas de Carpentier y de Asturias que con Los de abajo o La sombra del caudillo, para sólo hablar (le posibles correspondencias entre novelas memorables.

Campobello y Guzmán tuvieron relaciones personales muy estrechas, compartieron muchas empresas culturales, se ayudaron mutuamente en su labor artística (gracias a Campobello, Guzmán tuvo acceso a un manuscrito que le permitió a éste escribir casi la primera mitad (le Las memorias de Pancho Villa). No obstante, sus obras no pueden ser más disímiles. Excepto por algunos temas, no hay entre ellas ningún rasgo afin. E incluso si confrontamos los temas comunes, qué distancia más enorme hay entre la visión compleja, profunda, conmovedora del villismo en Campobello y la imagen acartonada que (le Guzmán (le Villa en Las memorias... con un estilo ampuloso, anacrónico, hueco y casi ilegible.

Se debe, después, rescatar la solidez (le sus interpretaciones de los gestos vitales e históricos. La muerte como un acto afirmativo, no pasivo; la fidelidad como una disposición externa de la coherencia íntima de la vida; la fatalidad como el reconocimiento de la inocencia intrínseca de la Naturaleza y como la asunción lúcida (le un mundo sin madres, ni padres; la violencia como la negación que no destruye la otredad, que reafirma paradójicamente la impenetrabilidad del Otro; la nostalgia como el único puente vivo que insiste en revertir la unidimensionalidad del tiempo hacia el futuro; el dolor como la aceptación generosa de la inexistencia (le fronteras en un mundo de puras superficies y la alegría como el refugio inalcanzable, para los otros, (le la autonomía del devenir; la Historia (le la Historia vivida) como el revés del presente donde el acontecimiento se recuerda a sí mismo en el momento de suceder; el acontecimiento mismo como la negación de la realidad a asumir la dialéctica sujeto-objeto; la fuga como una estrategia (le sobrevivencia y también (le perdurabilidad (le los principios vitales; la rebeldía como descentramiento de los poderes indiferenciadores del Estado, (le la Sociedad.

Todos estos son valores que se rescatan en las novelas de "la Revolución Mexicana". Lo más importante: se rescatan narrativamente. Porque lo menos relevante (le muchas novelas es su información o su divulgación ideológica. Las ideas villistas, las ideas zapatistas, las ideas maderistas aparecen como imposiciones postizas a una realidad que no necesita (le objetivaciones políticas. En

Los de abajo como en *Se llevaron el cañón para Bachimba* se dice lo mismo sobre los "propósitos", sobre los "soportes" ideológicos (le la lucha: no importan. El destacamento del general Marcos Ruiz, cuando se exalta con la presencia de Orozco y se dispone a pelear, no encuentra ningún argumento ideológico para la lucha. La única justificación asumida es que van a pelear por el hecho puro y simple (le ser orozquistas, de ser, como ellos se llaman a sí mismos, colorados. Nada más.

Para los críticos ideologizantes, concienzudos, estadistas, virtuosos, historificadores, sensatos o para los comentaristas conservadores enemigos (le toda alteración popular del orden, este hecho descalifica la rebeldía como "gratuita", y descalifica a los mismos rebeldes como luchadores sin razones "de peso". No saben por qué pelean, no saben los motivos (le su rebelión. La autodenominada coherencia ideológica se puede erigir en juez (le esta insensatez, y sólo salvará (le ella los resultados estructurales, los efectos generales, las consecuencias macro sociales o económicas. Lo demás, la lucha en sus detalles decisivos, se deja para la evasión o para el olvido (le lo anecdótico o para la curiosidad irrelevante.

Sin embargo, las narraciones de Rafael E Muñoz insisten en afirmar que la vivencia de la lucha es una experiencia de múltiples dimensiones, (le infinitos sentidos, (le irrecuperables sensaciones, (le momentos que forman nudos en la realidad y se resisten a la traducción ideológica. En *¡Vámonos con Pancho Villa!* y en *Se llevaron el cañón para Bachimba*, Muñoz muestra que la Historia sin la narración es un lector que se cree sabio aunque sólo lee las páginas noes (le la realidad. A ella se le podría aplicar la máxima con la que Martí inició "Nuestra América": "Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea". Muñoz también muestra que la narración sin la Historia es un balbuceo infantil ante la incomprensible e infatigable tendencia de los hechos a entregarse al caos.

Narrar hechos con Historia o hacer Historia contada no garantiza que se produzca la trabazón indisoluble de narración e Historia. Un elemento indispensable es el gesto de la auto-conciencia narrativa, no a la manera de comentario teórico sino como parte (le la misma trama narrativa. Otro elemento fundamental es la presencia de la Historia no como un dato cronológico (fecha, referencia "objetiva" a algún hecho "histórico"), sino como una postura del tiempo que determine la estructura (le la narración: la Historia como fuerza secreta, la Historia como potencia moduladora (le la visión, (le los objetos, (le los hechos narrados. La Historia como gemela (le la Naturaleza.

En *Se llevaron el cañón para Bachimba* la Naturaleza es reconocida con su doble rostro: armonía localizada, excepcional, de este mundo incrustada en una totalidad caótica. Ya Esteban Echeverría, desde mediados del siglo XIX, sospechaba la existencia (le ese doble rostro, pero era más fuerte en él el deseo de una existencia exclusiva (le la armonía universal. En Muñoz, ese doble rostro (le la Naturaleza es una evidencia (le la realidad. Se asume a la Naturaleza como un equilibrio producido por el mero azar y como un azar universal que tiene el poder y la alegría (le crear sus propias dispersiones. La Naturaleza no se niega, nunca se entrega a un proceso dialéctico: su condición última (le azar es la afirmación pura.

Son constantes las referencias en la novela a esa doble imagen: un desorden que encuentra su reconciliación en el punto extremo del espacio, la tierra en el cielo, los puntos inmediatos en la

línea del horizonte, los hombres convertidos en objetos naturales, las ideas transformadas en instancias materiales: "Iba mal por ese camino. Arrojé el puñado de ideas podridas y el arenal las absorbió."

Y quizás la presencia más inquietante de la dualidad se encuentra en ese capítulo deslumbrante de la batalla de Santa Cruz de Neira, donde el mezquital aparece dos veces: primero es atravesado a caballo por la tropa siguiendo el capricho laberíntico, el sinsentido de las veredas, y luego es contemplado desde el tren, contemplado y apreciado en su magnífica inocencia: "Lo había creído agresivo y es humilde. El mezquite resucita. Es eterno como las rocas; es variable como las ondas que el viento hace en las lunas. Como es libre, como es alegre, como nada le preocupa, ni le detiene, como no posee nada, ni quiere nada, allá se va el mezquite correteando por el llano, como un muchacho travieso que persigue la puesta (le sol".

Esta imagen anticipa el final de la novela, pero en este momento su función decisiva es introducir una perspectiva fundamental para Muñoz: en la Naturaleza, cuando comprendemos su doble rostro, encontramos el camino para alcanzar la verdadera libertad.

La comparación final con "un muchacho travieso" no llega a constituirse en un símbolo, porque ese muchacho es Álvaro, quien al final asumirá la alegría con su propia libertad. El mezquital no simboliza a Álvaro Abasolo; ni éste al mezquital: los dos pueden mirarse con su propia individualidad, sin temor a perder la solidez, la tangibilidad (le sus cualidades. No hay distancia simbólica porque las dos alegrías son reales y las dos libertades son absolutas.

Eterna y variable, armónica y caótica, éstas son las características finales de la Naturaleza, de donde surgen la alegría y la libertad. Y de donde, sin tener que (lar siquiera un paso, se topan con la Historia, para no separarse más. Entre las dos visiones del mezquital se desarrolla la batalla de Santa Cruz de Neira, en la que, antes (le Rellano y de Bachimba, Abasolo el Colorado, y no "Alvarito", como se lo advierte a Marcos Ruiz, accede a la madurez guerrera.

La batalla de Santa Cruz de Neira se presenta como un acontecimiento pobre estratégicamente; pero la resistencia de los federales sitiados poco a poco va haciendo que los orozquistas consideren la toma del pueblo como un fin por sí mismo. No importa ya si vale o no la pena en términos militares; lo único importante es la batalla en sí, incluso sabiendo que los resultados pueden ser desastrosos. El destacamento orozquista pide refuerzos y sólo recibe a cambio, enviado por el mando superior, un tren vacío, con la consigna perentoria de Marcos Ruiz: "Regresen inmediatamente en este tren con los federales que hayan quedado vivos". Entonces, el sacrificio se vuelve una certidumbre para el destacamento orozquista. Pero, cuando están a punto (le (lar el asalto que consideran suicida, los orozquistas reciben la sorpresa del rendimiento (le los federales, quienes creen que el tren ha llegado con refuerzos del enemigo. La batalla como ataque y la batalla como resistencia es un signo vacío (le contenido. No tiene ninguna trascendencia más allá (le cumplirse en sí misma, como experiencia pura. Y, contra la opinión (le los sensatos, en esa condición reside su valor singular (le mostrar cómo en la guerra los enemigos terminan reconociéndose en esa entidad indestructible que es el Otro, siempre y cuando ni uno (le ellos decida ejercer una violencia aniquiladora y nihilista que destruya la humanidad del enemigo.

La narración de Se llevaron el cañón para Bachimba es un universo encerrado en sí mismo, no

como mundo, sino como acontecimiento narrado. Como en el caso de toda gran obra artística, esta autonomía formal es la que le permite trascender las fronteras del "arte" para convertirse en una perspectiva sobre el mundo, sobre la Historia, sobre la vida.

Los elementos que configuran esa condición autosuficiente (le mundo narrativo son la trabazón indisoluble (le narración e Historia, y la conciencia narrativa con la cual las grandes obras nos muestran el dominio que tienen (le sí mismas y, sobre todo, la conexión que mantienen con el mundo real, externo, inmediato).

El nudo de la narración y la Historia nunca está ausente en las grandes obras (le ficción, incluso cuando no son "históricas". Toda narración memorable parte (le ese punto donde los hechos narrados han encontrado las tendencias más secretas (le la Historia (le su momento, ahí donde los acontecimientos y las descripciones se identifican con ese movimiento. Se llevaron el cañón para Bachimba, como se verá, no necesariamente ilumina la rebelión orozquista como hecho histórico que ocurrió -si se reduce a las batallas más importantes- (le febrero-marzo a agosto (le 1912. Su conexión narrativa con la Historia se (la más profundamente: en la perspectiva (le la rebelión pura, orozquista o no.

Este nudo de narración e Historia no aparece separado (le la otra condición, (le la autoconciencia narrativa. Y es la trabazón (le estos elementos uno (le los recursos más sabios y felices del novelista.

Al principio, Muñoz intenta justamente unir la autoconciencia narrativa a los hechos consignados por la Historia, a la "historicidad" de la novela. Su proyecto secreto es demostrar que la Historia, como manifestación de hechos memorables y fechables y nombrables, no necesariamente se conecta con la narratividad. De esa manera, cuando la novela quiere utilizar esa figura exterior, pero decisiva, que es Pascual Orozco, el nudo se deshace. Aunque Orozco aparece entre la tropa y es exaltado como jefe de la rebelión, su liderazgo es indeciso, su estrategia guerrera es poco clara, y su presencia se vuelve opaca cuando sus seguidores más la necesitan. La fuerza (le la rebelión y el movimiento (le la Historia no residen en el líder como persona, ni siquiera en el lugar que ocupa el líder. La verdadera fuerza que mueve a los rebeldes es otra, es la paternidad simbólica, que no se encuentra en un lugar superior, sino contiguo, horizontal, (le tal manera que todos pueden ser padres simbólicos de todos, sin distinción de jerarquía.

Marcos Ruiz le pregunta a Alvaro el Colorado:

-Si por casualidad salieras bien (le ésta, ¿entrarías en otra?

Tuve que ser sincero.

-Contigo sí, Marcos.

Entonces fue él quien no contestó nada.

En estas cuatro líneas, Muñoz ofrece una lección singular (le maestría narrativa, de penetración psicológica y de sabiduría histórica usando frases equívocas, usando espejismos semánticos.

"Tuve que ser sincero" anuncia una negación y nos entrega una declaración de amor. "Entonces fue él quien no contestó nada" es una frase que nos remonta a una escena anterior, en la que Álvaro no contestó una pregunta (le Marcos sobre Pedro Crespo; y además, en este momento, es una declaración formalmente engañosa, porque Álvaro Abasolo sí le da una respuesta a Marcos Ruiz; pero no a la pregunta que éste le hace.

El adolescente no contesta porque su respuesta no se dirige a la posibilidad (le otra rebelión orozquista; y, a su vez, Marcos Ruiz no responde porque se (la cuenta que acaba (le nacerle un hijo, y para siempre. Ninguna palabra puede sustituir el hecho contundente que está dispuesto a llevar a Álvaro Abasolo hasta el otro lado del pasaje, llevarlo hasta ese punto tan frágil, tan huidizo y del que nadie, ni nada ofrece ninguna garantía (le que pueda ser conseguido- (le la conciencia plena de sí mismo. Marcos Ruiz -padre memorable (le la literatura- sabe que a partir de ese momento todos sus actos son para construir un puente que él nunca cruzará, del que se tiene que ausentar a medida que lo construye. Ese puente es para Alvarito, el niño que rompió la figura (le la ley, la última figura que quedaba en pie en la casa paterna, no para simbolizar su adhesión a una causa ilegal, sino para aceptar que el proceso del pasaje, que el camino hacia la plenitud (le sí mismo no tiene reglas fijas, no tiene leyes ni naturales, ni sociales. Desde ese momento en que derriba la estatua de la ley, Álvaro Abasolo sabe que ha roto definitivamente con su padre biológico y que le espera otra orfandad, la (le su padre simbólico, el que ha ocupado la casa y le ofrece la posibilidad (le llevarlo a las puertas (le su destino.

Pero la trabazón en la novela entre la narración, la Historia y la autoconciencia narrativa es más profunda aún, y con recursos de una admirable sutileza.

A punto de abandonar definitivamente su casa, Álvaro, "queriendo ser como ellos", como los rebeldes, derriba a puntapiés "una columna sobre la que había pasado muchos años, con un libro abierto en una mano y con espadón de bronce en la otra, una figura de mujer que simbolizaba a la ley".

Cualquier sospecha de que este gesto significa la afirmación (le una actitud ilegal desde un punto de vista político se desvanece muy pronto de dos maneras: la más directa es el sueño en el cual el presidente Madero le dice al narrador: "Confío en la lealtad del general Álvaro Abasolo". En esta imagen se realiza una transformación, por decirlo así, cruzada: el narrador ocupa el lugar de Marcos Ruiz, y quizás el de Orozco, y en esa posición de mando es reconocido como leal por aquel contra el cual se realiza, aparentemente, la rebelión orozquista. Pero no se le retira la legitimidad a la rebelión, porque ésta, en sí misma, no tiene directamente a Madero como objeto. Es una rebelión para corregir agravios, no para destituir a una persona. Y es en ese punto donde Muñoz ejerce su mayor sabiduría narrativa.

Sin embargo, el hecho más importante es la lectura en voz alta que hace Álvaro (le un retrato (le Pascual Orozco. La semblanza termina así: "Pascual Orozco es un carácter entero, viril, recto; un carácter fundido en los bronce (le la dignidad, (le la probidad, (le la sinceridad. Tiene algo del Pedro Crespo calderoniano. Es un Pedro Crespo joven, acometivo, zahareño".

Al término de la lectura, Marcos Ruiz pregunta:

-Oye, Alvarito, ¿quién es ese Pedro Crespo? ¿Y qué quiere decir "zahareño"?

Como yo tampoco lo sabía, dejé las preguntas sin contestar.

Y como la novela está escrita en primera persona, los lectores que tampoco sepan quién es Pedro Crespo tienen que esperar alguna intervención del autor para colocar al narrador -a Alvaro- en circunstancia (le conocer la identidad de ese nombre. Esa circunstancia -me adelanto a la lectura- nunca aparece. El narrador no sólo ignorará hasta el final ese (lato; el autor deliberadamente deja al lector sin ninguna solución (a menos que éste sea un conocedor (le la obra (le Calderón (le la Barca). Y aún más, poco después de la lectura en voz alta, el narrador todavía usará el nombre como una consigna (le lucha: "Los colorados habremos de ser siempre acometivos y zahareños como Pedro Crespo".

En su expresión más inmediata, la frase reconfirma la opinión (le que los rebeldes orozquistas (y por sinécdoque, todos los revolucionarios populares) no sabían por qué luchaban; peor aún, se apoyaban incluso en consignas cuyo contenido ignoraban; y convocaban personajes cuya identidad desconocían.

La ignorancia (le Abasolo y el silencio (le Muñoz tienen, no obstante, una ironía devastadora de todas esas críticas. Pedro Crespo es el alcalde de Zalamea, el rebelde que quiere y exige una retribución de su honor perdido. En la literatura clásica no hay rebeldía individual más legítima que la del alcalde (otra, que la iguala, es una rebeldía colectiva, la de Fuenteovejuna).

De tal manera que, en su ignorancia, Alvaro Abasolo no se equivoca, y más aún, gracias a su ignorancia y a su no equivocación, demuestra que su rebeldía es todavía más legítima porque responde, obedece, a las fuerzas más secretas (le la Historia. La aparente sin razón es sólo el modo que tiene la fuerza histórica de manifestarse en el comportamiento (le los seres humanos más desposeídos, más humillados, más despojados. La única garantía (le estar escuchando bien esa fuerza secreta y subterránea es poseer corporal y vitalmente la disposición (le arriesgar hasta la vida por el resarcimiento (le una ofensa. Y parece ser que la garantía (le esa disposición está en proporción directa (le la irracionalidad misma (le la respuesta: entre más gratuita, entre más ignorante, más legítima es la disposición. La rebelión es una expresión (le la "Historia" y (le las condiciones sociales; pero la rebelión quiere ser también un gran acontecimiento ceremonial que crea sus propias causas. Ahí, en las causas creadas, ante efectos realizados, la novela encuentra el movimiento histórico.

Por supuesto, la Historia no se opondrá a ser escuchada (le esa manera; como tampoco se opondrá a que esa disposición tenga más probabilidades de acabar en el fracaso en términos de las posibles finalidades políticas, sociales y, en este caso, hasta guerreras incluidas en la rebelión. Sin embargo, la rebelión, en sí misma, es, como la batalla (le Santa Cruz (le Neira, su propia justificación. En ella se construyen y se destruyen símbolos, experiencias puras, destinos, fatalidades donde los actos y el tiempo (le los hombres se manifiestan, para cada actor de la Historia, en toda su plenitud y en todo su sentido.

Para casi todos los métodos históricos estos actos y este tiempo -esta plenitud y este sentido- son irrecuperables, y hasta indeseables. Para los grandes narradores, es lo único deseable.

Muñoz introduce la referencia a Pedro Crespo para acabar la perfección de su novela con una imperfección, mejor dicho, con una abertura que conecta la coherencia absoluta de la estructura (le la novela a su exterior, a la realidad. No son referencias a contenidos "reales"; son rupturas en la superficie (le la ficción, son fisuras mínimas, son puntos casi invisibles, pero decisivos. Por ellos, la realidad pura (no la referencial) se introduce en la narración; por ellos, se deja ver el tiempo real que sigue transcurriendo en el momento (le la escritura o (le la lectura de la novela; en ellos aparecen personas totalmente ajenas al texto pero que están ahí, presentes, en el espacio (le su escritura o (le su lectura. Es la flexión infinitesimal donde la verosimilitud acoge a la realidad y la realidad sanciona lo verosímil.

Unos de los mejores ejemplos (le esos puntos, de esas fisuras en una narración (le forma autónoma perfecta aparecen en Crónica de una muerte anunciada. Pocas obras en el siglo XX tienen su coherencia interna; pocas tienen su perfección estructural, y muy pocas también tienen su sabiduría. Narrada por el autor-personaje-cronista en pasa(lo, en un pasado donde aparecen no sólo los hechos, sino las declaraciones posteriores (le personajes entrevistados por el autor-narrador, la novela se sostiene en un meticuloso y complejo entramado (le actos paralelos y cruzados, contrapuestos y complementarios. El tejido de la narración (le los hechos junto con la recopilación posterior (le testimonios refuerza la autonomía formal (le la obra. Muy pocas narraciones del siglo XX tienen la maestría (le ésta en la demostración (le un hecho fundamental: hay cosas en el mundo que no son para ser vistas, ni oídas; hay cosas en el mundo que sólo pueden ser narradas. Y en esa demostración, García Márquez no olvida que la corroboración paradójica de la autonomía formal de la obra necesita de esas fisuras donde la realidad paralela a su escritura y su lectura haga su aparición. Son dos momentos, (los momentos casi instantáneos en los cuales el pasado de la narración emerge y se transforma, como un milagro, en el presente. Es el presente de la narración y de la escritura del texto, es el presente del mundo entero donde la obra es un acontecimiento minúsculo pero suficiente. Es el presente donde, (le pronto, por detrás de la voz totalizadora del cronista, aparece la presencia (le su esposa. La primera aparición es cuando se habla (le la madre de Ángela Vicario: 'Purísima del Carmen, su madre, había sido maestra de escuela hasta que se casó para siempre. Su aspecto manso y un tanto afligido disimulaba muy bien el rigor (le su carácter. `Parecía una monja', recuerda Mercedes. Se consagró con tal espíritu (le sacrificio a la atención del esposo y a la crianza (le los hijos, que a uno se le olvidaba a veces que seguía existiendo". En la segunda aparición el narrador está hablando (le Flora Miguel, la novia (le Santiago Nasar: "Era una versión corriente que la familia entera dormía hasta las doce por orden (le Nahir Miguel, el varón sabio (le la comunidad. `Por eso Flora Miguel, que ya no se cocinaba en dos aguas, se mantenía como una rosa', dice Mercedes. La verdad es que dejaban la casa cerrada hasta muy tarde, como tantas otras, pero eran gentes tempraneras y laboriosas".

Muñoz, años antes que García Márquez, hizo lo mismo con su referencia a Pedro Crespo. Además (le ser una forma indirecta de afirmar la fuerza (le la Historia, esta alusión a un personaje calderoniano ignorado por los protagonistas de la novela, por el hecho mismo de que permanece como ignorado, indica magistralmente que Muñoz abre el tejido de la narración hacia un elemento totalmente ajeno a ella y que permanecerá siempre como exterior. Saber la identidad de Pedro Crespo no es una labor que los personajes estén interesados en emprender; en todo caso, le corresponde al lector, y no como cualquier lector (le una obra donde muchas cosas pueden ser desconocidas, sino como verdadero participante en el tejido (le la narración, ya que sólo sabiendo

la identidad (le Pedro Crespo se podrá saber o entender o compartir la fuerza que mueve a los personajes en la novela. Ellos ignoran la identidad (le Pedro Crespo; pero no la necesitan porque la viven. Los lectores sólo podemos aspirar a saberla, para acercarnos lo más posible a entender cómo otros la vivieron.

Finalmente, el cañón. Finalmente, (ligo, tal vez por cansancio. Por el cansancio que (la saber que es imposible alcanzar en un comentario, por largo que sea, la velocidad y la totalidad de la coherencia (le una novela como ésta. Bastará esperar que estas reflexiones puedan acompañar, sin estorbar, al lector o al relector de Se llevaron el cañón para Bachimba, en el placer (le todos los descubrimientos que le esperan. Se podría seguir infinitamente: recorrer con serenidad ese espacio privilegiado en el que Álvaro y Marcos se hablan (le tú; perderse en la descripción de la primera batalla (le Rellano que ganaron los rebeldes enviando una máquina loca cargada (le dinamita hasta el centro del campamento federal (los otros dos enfrentamientos decisivos (le la rebelión, ambos derrotas (le Orozco, la segunda batalla (le Rellano y Bachimba, están significativamente narrados con rasgos muy impresionis(as y escuetos).

Terminemos con el cañón, de presencia inaugural en el título, ya que empezamos con la alegría, que es el tema final de la novela. Terminemos con el cañón, que, no obstante su presencia dominante en el título, tiene una ausencia en el cuerpo (le la novela más que simbólica, definitiva.

Y al leer el título es imposible evitar el recuerdo (le Horacio Quiroga en el principio de ese cuento magistral: "El hombre muerto".

Dice así: "El hombre y su machete acababan (le limpiar la quinta calle del bananal".

Como lo recordaba Cirilo Villaverde a mediados del siglo XIX, las categorías gramaticales son inventos estériles de académicos con falta de imaginación y sobre todo con falta (le ejercicio lingüístico. El tiempo no sólo está en los verbos, la sustancia no sólo en los sustantivos, ni las cualidades exclusivamente en los adjetivos... ni sólo los verbos expresan acciones o estados; ni las conexiones sintácticas les pertenecen a las conjunciones; ni los modos a los adverbios... Para colmo, como autoridad (le semejantes disparates, (le semejante represión de la libertad del lenguaje, (le sus modos secretos (le transformación, no sólo están las gramáticas y las clases (le lengua, también están los ubicuos diccionarios.

Afortunadamente, todo gran escritor nos descubre los poderes secretos del lenguaje porque sabe que es una facultad viva, no una lista (le palabras.No hay necesidad (le extenderse en esto. Basta releer la primera frase (le "El hombre muerto": "El hombre y su machete acababan (le limpiar la quinta calle del bananal".

El uso del artículo determinado "el" en el inicio y en el contexto general del cuento indica que este artículo está en tiempo pasado. Los artículos también son verbos o los verbos también aparecen en forma de artículos. "El hombre" no es un "un hombre", ni "este hombre", es el hombre (le una historia que ya comenzó desde hace mucho tiempo y que el cuento ha decidido relatar sólo en su último momento. El artículo determinado tiene también la función (le colocar al personaje en una categoría específica: no es un espécimen cualquiera del género humano (Un hombre), ni es un

ejemplar concreto e inmediato (Este hombre). "El hombre" es un personaje sin nombre, pero ese nombre sólo nos serviría a nosotros, y desviaría la atención (le algo más importante: el hombre que va a morir es "el hombre" porque él se conoce a sí mismo, porque él sabe quién es, y eso es lo único importante, ya que en el momento de la muerte sólo le importa precisamente eso: que él y sólo él, el hombre, es el que va a morir, y no su esposa, no sus hijos, no el caballo que lo ve tendido y sólo quiere costear el bananal, sin importarle, sin entender que su amo está a punto (le morir. "El hombre" tiene un pasado, que no conocemos, y que es irrelevante, para nosotros, pero no para él.

Lo mismo sucede con "el cañón", sin que importe que sea un objeto que "se llevaron" a Bachimba. Carente o no de voluntad, el cañón tiene su propia Historia; una Historia que sólo él, como el hombre (le Quiroga, conoce.

Alguna diferencia debe haber entre un hombre que muere y un cañón que batalla: aquél puede "pensar" en su vida, éste lanza proyectiles. Pero desde el punto (le vista del acontecimiento puro, extremo; desde la perspectiva del juego vital son mayores las similitudes que las diferencias.

Para los combatientes, tanto aliados como enemigos; para la escena intransferible de la batalla donde el único juez es el destino, el cañón es el más grande que posee el ejército federal y merece el nombre de "El niño". Con la ironía o con el cariño de este bautizo, los soldados reconocían que el cañón tenía su propia Historia, que sólo él conocía, aunque no pudiera contársela a nadie. De la misma manera que "el hombre" no puede contar la suya, porque ya es demasiado tarde.

Pero Muñoz sabía también que ese bautizo era la expresión profunda e inconsciente (le una fuerza histórica: en la guerra de Independencia, hubo otro cañón llamado "El niño". Fue la pieza de artillería que Peter Ellas Bean fundió para Morelos y que dedicó al hijo (le éste, Juan Nepomuceno Almonte.

En una forma de discreción absoluta, Muñoz finalmente despliega su sabiduría (le escritor al describir la batalla (le Bachimba. Pocos como él han sabido demostrar, narrando, que las palabras no sólo tienen sentido, no sólo son actos, también son encrucijadas internas (le los acontecimientos, también son rostros secretos del azar. Son, en una perspectiva radicalmente antiplatónica, Ideas, que no surgen (le una esencia inmutable, sino (le la vida (le los seres humanos. Así, en la rebelión orozquista, tal y como él la narra, interviene una (le las bendiciones y desesperanzas del lenguaje: su polisemia. En la historia de Bachimba, la última batalla importante (le la rebelión, ocurrida el 3 y el 4 (le julio (le 1912, la polisemia aparece con toda su fuerza decisiva.

El cañón, como arma (le artillería, decidió la batalla a favor de los federales: "... si los federales nos hubieran atacado como la primera vez si hubiéramos tenido que comprender que ellos eran más valientes y más decididos, nos resignaríamos con la derrota. ¡Pero que sin acercarse nunca a tiro de fusil, sin exponerse a nuestro fuego, nos derrotaran nada más porque tienen unos tubos (le acero que matan desde muy lejos!"

Aunque esta cita se refiere a la segunda batalla (le Rellano, en el texto actúa como puente para describir la siguiente, la última, la decisiva, la (le Bachimba.

En ésta, a "El Niño", cañón de los federales, los orozquistas sólo supieron oponer el arma (le la

geografía tratando (le usar la disposición estratégica del cañón (le Bachimba: "Nos encaramamos en dos cerros tan altos que se ve a treinta kilómetros (le distancia. Pero en medio (le ellos pasa la vía del ferrocarril, con curvas (le arroyo. Ni un árbol, ni una vereda, ni fieras hambrientas. Desierto (le basalto y arena, solamente; eso es el cañón de Bachimba".

Y en este sorprendente entramado alrededor (le la polisemia (le una palabra, Muñoz introduce (y reitera) la idea clave (le su novela, (le sus novelas. En todo conflicto humano, personal o social o masivo o violento o mortal, los dos enemigos afirman la legitimidad (le su posición en la medida en que también afirman la otredad del enemigo, y la respetan. Los enemigos tienen una raíz común, así como los (los sentidos (le la palabra cañón tienen un significante común. La oposición en este caso (le los sentidos solo refuerza la tesis (le Muñoz (le que el sentido (le "arma" no puede eliminar al sentido "geográfico", ni viceversa, uno depende del otro porque los dos tienen la misma raíz.

Las guerras bárbaras no son las que emprenden los bárbaros. Las guerras bárbaras son las (le aquellos que quieren vencer no sólo matando al enemigo sino tam bién eliminándolo como ser humano, borrando su calidad de otro.

En la primera Guerra Mundial, los altos mandos -de ambos lados del conflicto- buscaban la guerra bárbara; pero los soldados en las trincheras siempre respetaron al enemigo mortal y a muerte como otro, como una otredad inviolable y soberana. En la segunda Guerra Mundial, la barbarie nazi empezó cuando a los judíos, los esencialmente otros que eran parte inherente de su sociedad, por una cobardía disfrazada (le ideología, les quitaron no sólo su ciudadanía, sino su otredad, su soberana e irreductible alteridad.

Y ése es el mensaje último que le deja, sin énfasis, sin retórica, Marcos Ruiz a Álvaro Abasolo: la lucha continuará, mientras no haya justicia, la lucha continuará. Las rebeliones no tendrán fin, pero no para eliminar al otro, nunca para acabar con la humanidad del enemigo.

Como conclusión, cada niño está en diferente lado (le la polisemia. El arma de artillería consumó su rito (le pasaje con una victoria; Álvaro, el joven guerrero (le los Colorados, con una derrota, atrapado en el cañón de Bachimba. A partir de allí, cada uno seguiría su propia historia.

Así, regresa todo al principio, porque en la novela (le Muñoz, como en un gran poema lírico y épico, todo rima y todo transcurre con un ritmo perfecto. Ése es el sentido crítico (le la parábola que en las noches le contaba el criado Aniceto a Alvarito. Un jorobado va al bosque y se encuentra con unas brujas que cantan: Lunes y martes y miércoles tres, y él agrega, espontáneamente: Jueves y viernes y sábado seis. A las brujas les encanta el nuevo verso del jorobado y en agradecimiento le quitan la joroba, que dejan colgada de un árbol. Cuando regresa al pueblo sin la deformación, otro jorobado le pregunta cómo lo logró y él le cuenta su historia. El segundo jorobado decide que a él también le corresponde la generosidad de las brujas y se va al bosque. Cuando oye que éstas cantan: ¡Lunes y martes y miércoles, tres; jueves y viernes y sábado, seis!", él grita: "!Y domingo siete!". Las brujas se ponen furiosas (le que les hayan descompuesto su hermoso dístico y en castigo le imponen al segundo jorobado la joroba del primero.

Todo es cuestión de ritmo y de rima. El verso agregado del primer jorobado rimaba con el (le

las brujas duplicando al mismo tiempo su ritmo perfecto de endecasílabo: en ambos versos las dos palabras finales son una esdrújula y una aguda. El segundo jorobado, en cambio, rompe la rima, rompe el metro y ofrece un verso literalmente cojo.

El "Y domingo siete" introduce un encadenamiento racional, una consecuencia "lógica", ordinal: si lunes y martes y miércoles son tres, domingo es, por supuesto, siete. Pero el hallazgo del primer jorobado no había sido continuar la secuencia numérica (le los (lías de la semana; sino introducir una presencia cardinal que no era un número, sino una correspondencia secreta, interna al desenlace del tiempo: jueves y viernes y sábado seis importan porque no existe el cuatro, ni el cinco, sino el número que rima y que cierra la cadena (le los (lías. A las brujas no les interesa la cuenta completa, aunque la semana se quede con un (lía menos.

Y ahí, desde el principio, desde que Aniceto le cantaba al niño Alvarito el dístico (le las brujas, ahí estaba el destino (le la transformación. Cuando Álvaro Abasolo, al final de la novela, canta el estribillo, está celebrando, como el personaje del cuento, la pérdida de la joroba, así como el camello (le Zaratustra pierde la suya para convertirse en niño. Álvaro se ha transformado en niño, no en el niño que fue, sino en el niño que era virtual desde la infancia: el que se identifica, abriéndose a la alegría del mundo, volviéndose eterno, libre, feliz, con la inocencia del mundo. Y la inocencia del mundo significa que, después (le perder a los padres, biológicos y simbólicos, después (le volverse huérfano, puede asumir con plenitud que no hay orfandad, porque su nuevo hogar nunca tuvo padres. Somos niños (le principio a fin; y camellos por debilidad, por miedo, por imposición. El verdadero destino es vivir sin joroba.

Silver Spring, septiembre (le 2006

Se llevaron el cañón
para Bachimba

*Oiga usted, mi general,
oiga usted, mi general...*

1 también fui hombre valiente... (Del Corrido de Benjamín Argumedo)

¡Adiós!

Yo quiero ir contigo, padre...

-No, Alvarito, tú debes quedarte aquí; cuida de nuestra casa como un centinela. El viaje que voy a emprender será largo y difícil; tú no podrías resistirlo y quizá llegaras a ser un estorbo para mí, porque un hombre solo puede salvar muchos peligros, pero no todos los que se le presenten si va acompañado (le un niño como tú. ¿Comprendes? Todavía te faltan muchos años para ser hombre.

Me abrazó y, al apretar contra su pecho mi cabeza, despeinó mis cabellos. Yo no le dije nada. Tomó su pequeña maleta, como doctor que saliera a visitar enfermos, fuese hacia la puerta y cuando la abrió vi un coche que lo esperaba. Al traspasar el umbral volvió la cara hacia mí, sonrió y agitó la diestra en señal de despedida; brillaban sus grandes ojos azules con un temblor húmedo, y bajo su bigote, (le largos cabellos color (le ceniza, los labios hicieron el ruido (le gota que cae.

Adiós...

La puerta se cerró tras él. De pie, solo e inmóvil en medio del amplio zaguán, sentí sobre mi espalda, como un fardo, el pesado silencio (le la casa centenaria (le los Abasolo. "Te quedas aquí para cuidarla." Los cuatro corredores, con sus veinte arcos abiertos hacia el patio, el árbol plantado en el centro por mi bisabuelo cuando supo que se había consumado la independencia de México, los gruesos muros, las pesadas puertas, las extensas habitaciones donde se aglomeraban objetos reunidos por sus moradores por más de un siglo; la sala con los retratos de los que se fueron; la recámara, que había permanecido clausurada e inviolada desde la muerte (le mi madre...; sostener todo esto era demasiado para mis hombros juveniles, y los encorvó con su peso.

Cuando se extinguieron, como agua que se pierde en la arena, los últimos ruidos del carruaje que iba rodando por el desigual empedrado (le la calle, cerré los ojos; quería fijar en ellos la última visión del hombre que había partido. Mis párpados, al apretarse unos contra otros, exprimieron (los lágrimas menudas, tímidas, que se quedaron acurrucadas sin atreverse a rodar. Y así como mis ojos conservaron en imagen el instante fugaz (le la despedida, mi memoria acarició las palabras: "Todavía te faltan muchos años para ser hombre... Adiós".

Días antes, le había oído decir que las tropas que había en todo el estado iban a rebelarse. No eran soldados del ejército regular, sino revolucionarios victoriosos en una lucha reciente; su jefe era Pascual Orozco, y a todos ellos les decían los Colorados. Afirmaba mi padre que no estaban satisfechos con la ventaja personal obtenida con el triunfo y que volverían a las armas para acrecentarla. No comprendí por qué había decidido marcharse: no era militar ni servía al gobierno. "Tengo asco de ver otra guerra civil", me dijo una voz que parecía arrastrarse (le tan lenta. Y partió.

Fui hacia la puerta y corrí un pesado cerrojo que hacía más firme la unión (le las mamparas. Luego, echando los hombros hacia atrás, recorrí varias veces el cuadrado de los corredores, oyendo mis pasos resonar con la monotonía del péndulo que oscila.

Aniceto

Teníamos un mozo (le servicio que se llamaba Aniceto. La viruela había dejado en su cara hoyos semejantes a los (le la piel del cerdo. Desde que mis recuerdos comenzaban, ya él estaba ahí, en la casa. Llegué a imaginar alguna vez que también había sido plantado por mi bisabuelo.

Contaba historias de brujas. Cuando él tenía una labor en el Plan de Salaices, las veía todas las noches pasar volando sobre las matas de maíz. No les disparaba ni les gritaba para ahuyentarlas, ni siquiera ponía imágenes de santos entre las ropas viejas de los espantajos. A veces, cuando el viento soplaba hacia él, las oía cantar: "Lunes y martes y miércoles, tres; jueves y viernes y sábado, seis".

-¿Por qué cantan así las brujas, Aniceto?

-Porque una vez había en un pueblo (los jorobados, uno malo y el otro bueno. El bueno se fue a acostar una noche al bosque, porque no había encontrado en el pueblo un lugar para dormir; y estaba tendido al pie de un árbol, cuando llegaron las brujas y comenzaron a bailar, cantando: "Lunes y martes y miércoles, lunes y martes y miércoles, tres". Entonces el jorobadito bueno les cantó: "Lunes y martes y miércoles, tres; jueves y viernes y sábado, seis". "¡Qué bonito! -dijeron las brujas-. ¿Quién nos arregló nuestro verso?" Vieron al jorobado, y en premio le quitaron la joroba y la dejaron colgada en las ramas del árbol. Al (lía siguiente que entró en el pueblo sin joroba, el malo le preguntó cómo se la había quitado, y él le platicó todo. "¿Por qué te la quitaron a ti y no me la han de quitar a mí también?", dijo muy envidioso y le pidió la señal para saber dónde bailaban las brujas. El bueno le dijo: "Es abajo (le un árbol donde está colgada mi joroba". Al oscurecer se fue el envidioso, encontró el sitio, se tendió al pie del árbol, y esperó sin dormirse hasta la medianoche, que salieron las brujas bailando y cantando su nueva canción: "Lunes y martes y miércoles, tres; jueves y viernes y sábado, seis". Entonces, el jorobado malo gritó: "Y domingo siete". Las brujas se enojaron: "¿Quién nos desarregló nuestro verso?" Encontraron al jorobado, y en castigo le pusieron arriba (le su joroba la otra que estaba colgada en las ramas del árbol. Y cuando volvió al pueblo, todos se rieron (le él, por envidioso...

Con este y otros relatos, Aniceto me dormía al anochecer, cuando yo era niño; me levantaba en sus brazos y me llevaba a acostar. Años después él fue quien se encargó de enseñarme a montar a caballo. Vivía en un cuartito junto a la caballeriza.

Le dije: "Ya se fue mi padre, porque va a haber otra guerra..."

Se puso triste: "Ahora sí nos van a quitar los caballos..."

Marcos Ruiz

Cuatro (lías después, manos violentas redoblaron sobre la puerta, como si fuera un tambor. Toda la mañana las campanas de las iglesias habían estado repicando, cual si quisieran (lar una noticia que nosotros presentíamos vagamente.

-¡Abran, o tiramos la puerta!

Estaba yo otra vez (le pie en el centro del zaguán. El vibrar del portón golpeado con culatas de fusiles y los gritos de hombres impacientes me envolvieron.

-¡Abran, no tengan miedo!

En verdad, no tenía yo miedo ni motivo para sentirlo. Y con la misma mano que (lías antes corrí el cerrojo para cerrar, dejé libre la puerta.

Un tropel me arrolló. Hombres y caballos se precipitaron al interior, hiriendo la cantera (le las losas con los cascos herrados, con las armas, con los gruesos zapatones campesinos. Veinte o más hombres cubiertos (le polvo, envueltos en ropas raídas, de fiero aspecto de combatientes enardecidos, penetraron en el patio, amarrando sus caballos a los pilares (le los corredores.

Abran todas las puertas, que ya nosotros nos vamos a quedar aquí...

-Ésta es mi casa...

-Era antes... Ahora nosotros mandamos, y tú necesitas buscarte otro rincón donde meterte.

-No abriré las puertas de los cuartos...

-Las romperemos, y puede que también tu cabeza.

La culata amarillenta de un fusil dibujó una parábola. Di un paso y recibí el golpe en el hombro. Caí al suelo y dos jinetes que penetraban en la casa pasaron sobre mí.

¿Qué es esto? ¿Ya comenzaron con sus barbaridades?

-Mi general, este mocoso quería echarnos fuera...

-¿Un niño? ¿A veinte hombres?

El que me había dado el golpe humilló la cabeza y retrocedió. El otro, llamado general, bajó (le su caballo y me ayudó a levantarme.

-¿Quién eres tú?

-Soy el dueño (le la casa y ustedes son unos bandidos...

Su mano me apretó con fuerza en el hombro dolorido.

Vas a callarte, ¿sabes? De hoy en adelante yo soy el que vive aquí y tú te callas. Contento deberías estar de que, en lugar (le hacer de tu casa un cuartel, vengan a instalarse en ella los jefes (le la Brigada Ruiz. No eres el dueño, que eso ya se acabó; ni somos bandidos. Soy el general Marcos Ruiz, por si quieres saberlo.

-No me hace falta.

-¡Qué muchacho! No sé todavía si eres valiente o grosero. ¿Cuántos años tienes?

Aun cuando no le importa, trece.

-¿Dónde están las personas mayores (le tu familia?

-Mi padre se fue.

-¿Nos tuvo miedo?

Asco.

-¡Cállate el hocico! Te estoy defendiendo contra mis oficiales, a quienes debes haber hablado (le esa misma manera insolente, y en vez de agradecérmelo, te pones peor. Pero la culpa es mía por hacerte caso y tratarte así. ¡Vamos, a abrir todas las puertas y los muebles; a poner a nuestra disposición todo lo que hay aquí! Calladito y rápidamente...

Me sentí dominado; su voz, sin ser gritona, y sus ademanes, sin ser violentos, eran (le mando. Además, razonaba, explicaba. Entraron más y más hombres tirando (le sus caballos hacia el patio posterior y los corrales. La casa estaba ocupada y la calle invadida. Me rendí.

-La casa está a su disposición; instálese en ella. Solamente le pido que no entre en el cuarto de mi madre.

-¿Está ella ahí?

-Murió hace diez años.

-¿Tienes escondido a alguien, o cosa de valor, o armas?

-No.

-Está bien, con tu dicho me basta. Por fortuna, la casa es bastante grande y podemos estar cómodos. Enséñamela...

Recorrió los corredores, asomando a las piezas don(le ya sus hombres estaban acomodándose. Yo le seguía, sintiéndome pequeño a su lado. Caminaba él asentando todo el pie, con decisión, como si se apoderara del suelo, y conservaba aún sobre la cabeza el sombrero (le fieltro, amplio y redondo, ajustado a las sienes tan firmemente como si no tuviera la costumbre (le descubrirse.

Aquí es la recámara de mi padre.

-La mía.

-Detrás de ese segundo patio, están las caballerizas.

-¿Sabes montar a caballo?

-Sí.

-¿En albardón o en silla?

-En los (los. Ésa es la sala..., o más bien, era la sala.

La habían invadido. Cansados de pasar horas y horas sobre rígidas monturas, los rebeldes se habían dejado caer en los grandes sillones acogedores. Conocí de dónde eran y qué habían sido: los de ropas amarillas y piernas enfundadas en mitazas de cuero, hombres de a caballo, vaqueros de las haciendas o abigeos; los vestidos de mezclilla azul, desteñida y arrugada bajo las rodillas, los (le anchas espaldas y pechos sumidos, eran labradores del campo que hunden los pies en tierra y el tórax bajo los hombros, encorvados, sobre el arado, sembradores a medias con los propietarios (le las tierras, peones. Unos y otros eran altos, fuertes, jóvenes. Daban impresión de poder, de dominio. En el centro (le la pieza, sobre la mesa (le nogal tallado, armas, las fustas, los sacos de lona en que llevaban sus provisiones; los que no habían encontrado asiento disponible, se habían tendido sobre la alfombra. Penetramos, y el jefe vio los retratos que pendían en las paredes.

¿Quién era ése?

-El bisabuelo. Mandaba las tropas (le la Corona española cuando se inició la guerra (le independencia; se unió a los insurgentes después del fusilamiento (le Hidalgo y fue el primer jefe militar (le la República en la provincia.

-Me gusta tu bisabuelo. ¿Y ese otro?

-Mi abuelo. También fue militar; peleó en la batalla (le Sacramento contra los invasores norteamericanos, rompiendo su espada sobre la rodilla al ver la derrota inminente, para no entregarla al enemigo. Fue liberal, juarista y combatió en Querétaro contra Maximiliano y su Imperio.

-También me gusta tu abuelo.

-Ése es mi padre. No quiso ser militar, dice que no hay cosa peor que los soldados cuando quieren gobernar literalmente a un país. Es demócrata, es profesor de leyes. Es director del Instituto; aborrece a los que abusan, sean militares del gobierno o sean revolucionarios.

-¿Profesor, dijiste? Entonces somos compañeros, porque yo he sido profesor (le escuela, allá en Ciudad Guerrero...

-No es partidario del gobierno, pero tampoco (le la rebelión (le ustedes; se fue para no presenciar lo que van a hacer y que él no podría evitar. Me dejó aquí, encargado (le la casa.

-¿No pensó que te podríamos hacer algo malo?

-No lo creyó, ni yo lo creo.

-Podríamos obligarte a que vinieras con nosotros.

-Soy un muchacho que no serviría para nada.

-De algo habrás (le servir. Seguramente estás bien educado, sabes leer y escribir, hablas bonito (le vez en cuando. Quizá sabes el inglés...

Y también francés...

-Magnífico... Y como además tienes los hombros anchos y estás bastante crecido para tu edad, creo que nos podrás ser muy útil; estás bueno para echarte una caja (le parque sobre el lomo y llevarla a mis muchachos cuando les haga falta.

Rutina

Había en el despacho de mi padre una máquina (le escribir que nadie supo bien cómo se manejaba. Marcos me llamó para poner limpiamente en papel los oficios para los otros jefes de la revolución, los recibos, las cuentas, las cartas, y hasta un discurso suyo para una velada fúnebre celebrada en honor (le las primeras víctimas de la guerra. También leía yo el periódico local en alta voz, todas las mañanas a la hora del almuerzo, para que todos los jefes y oficiales (le la Brigada Ruiz supieran las novedades; y después me sentaba a golpear las teclas (le la máquina. Alvarito, escriba un parte (le novedades...

"Tengo el honor de informar a usted que..."

Alvarito, un recibo para que nos manden la moneda...

"Recibí (le la Pagaduría General del Gobierno del Estado la cantidad de..."

Alvarito, tradúzcame esta carta...

"La casa Brown y Brown (le El Paso, Texas, le ofrece en venta sombreros (le campo marca..."

Compró Marcos veinticinco sombreros tejanos blancos, suaves, (le alas anchas que ondulaban con leves curvas al golpe del viento; y me cedió uno (le ellos, entoquillado (le cerda e hilos de plata.

A cuenta de la renta de tu casa...

-O de mi sueldo de secretario...

-Es igual. ¡Póntelo!

Ésa fue mi admisión en la Brigada Ruiz.

Nos mandó hacer a cada uno un traje de cazadora impecablemente entallado. Adquirió para todos grandes pañuelos de seda, mitazas de cuero cortadas por Francisco Tallabas, el artista que sabía hacerlas tan precisas como una media, con cuatro hebillas (le plata cada una; espuelas de acero vibrantes como campanas, camisolas de lana impermeables, mantas (le hule para la lluvia... De todo tuve mi parte y quedé igual a los demás, en el exterior.

En mi interior, iba acercándome a aquellos hombres que eran conmigo amables y hasta humildes. Sólo Marcos Ruiz era diferente: nunca me sonrió; parecía empeñado en demostrarme que él era el jefe; para mí más que para los otros, sus amigos. Si estaba contento y me presentaba yo, su cara se tornaba inmóvil como una máscara. A veces se pasaba largos minutos mirándome en silencio. Yo comprendía su razón (le ser así: los otros, más que subordinados, eran sus amigos (le años atrás, los que le conocieron joven y sin su jerarquía (le general; se justificaba que con ellos no tuviera reservas ni desconfianzas. Yo, en cambio, era en su grupo un recién llegado; quizá recelara

(le mí, creyendo que no tenía motivo por el cual serle adicto como los demás. Y también había en el grupo otros que se colaron después que yo; éstos se humillaban ante Marcos Ruiz y le hacían toda clase (le reverencias que él, en su fondo, desdeñaba; algunos quisieran tener rabo para agitarlo en señal (le sumisión, como los perros.

Sangre

Cierto día llegó un cajón con pistolas y también me correspondió una en el reparto. Yo era el único que no sabía tirar, y Marcos mismo quiso enseñarme. Todas las mañanas, después (le la lectura del periódico, íbamos los dos al corral, a disparar sobre un cartón fijado a la altura (le la cabeza de un hombre, en la pared.

-No aprietes demasiado la pistola, lo natural nada más. Empuja hacia atrás el gatillo con la segunda falange del dedo índice. No entieses los músculos: suéltalos; nada más como si dieras la mano para saludar. La mira, que está en medio de la ranura, todo al mismo nivel, ni más abajo ni más arriba.

A cada disparo mío, me corregía: "No hay que contraer el brazo en el codo. Los ojos, abiertos siempre. No desviar la pistola hacia la izquierda con el índice. Este tiro fue muy alto..., ése muy bajo..."

Cuando llegué a perforar el cartón con todos los tiros, quiso que intentara la prueba desde más lejos. Discurrió que tiráramos desde el corredor principal del patio hasta la pared del fondo del corral, por entre la puerta que comunicaba los (los. Me dijo:

-Te voy a enseñar a tirar al descubrir, como si alguien te disparara cuando anduvieras descuidado y tú sacaras la pistola rápidamente y le contestaras. Haremos como que vamos caminando, yo te (ligo "fuego", sacas la pistola y disparas casi sin apuntar. Así, mira...

Hizo como que se descuidaba. Volvió la espalda al blanco fijo en la pared y a la puerta que comunicaba el patio con el corral. Yo le veía atentamente. Se quitó el sombrero y le sacudió el polvo de un garnucho. Se lo colocó (le nuevo en la cabeza y, repentinamente, rápida su mano como una piedra que cae, sacó la pistola (le la funda, la puso horizontal y disparó.

En aquel momento, Aniceto atravesaba el hueco de la puerta; venía de la caballeriza con una cuerda enrollada en la mano. No tuve tiempo (le decir nada. Además, el estallido hubiera ahogado mi voz. Aniceto abrió los brazos, echó la cabeza hacia atrás, el cuerpo se le fue curvando como un carrizo cuando sopla el viento y cayó paralelo al umbral. Un líquido rojo y brillante, más espeso que el vino, le salía (le la frente.

Debo haberme puesto pálido. Sintiendo un malestar que me subía del vientre, me recargué en un pilar, y los pies se me fueron resbalando hacia delante, hasta que quedé sentado en el suelo. Lloré.

Y sobre el cadáver (le Aniceto pasaron las balas que Marcos Ruiz siguió disparando, hasta marcar media docena (le agujeros en el cartón clavado en los adobes pajizos (le la pared.

Pascual Orozco

Una mañana, opaca todavía por la neblina del sueño, Marcos ordenó que todos los caballos fueran ensilla(los; sin saber los demás hacia dónde partiríamos, nos acomodamos sobre las monturas y, yendo él al frente, atravesamos la ciudad y salimos para el norte. Por un ancho camino recto al pueblo de Nombre de Dios, nuestros caballos batieron la tierra; otros grupos como el nuestro se anunciaban atrás y adelante con altas polvaredas; algunos automóviles pasaron velozmente a nuestro lado, cubriéndonos (le tierra. Todos hacia el norte, hacia el norte. Alcanzamos un regimiento que iba con su gran bandera desplegada y su banda tocando solemnemente la marcha dragona. Pensé que íbamos a combatir, y que nadie había querido decírmelo; sentí una impresión (le frío. Luego, la voz (le los clarines enmudeció: hubiera querido empezar a disparar inmediatamente, sin saber contra quién, sin saber por qué ni para qué. Me adelanté hasta Marcos.

-¿Cuándo comenzamos?

¿Qué cosa?

-El combate...

Se rió, mirándome como si se burlara o como si creyera que era yo quien trataba (le burlarse de él.

-No hay combate por hoy -me contestó-. Vamos a recibir al general Orozco, quien viene del norte, y a ofrecerle el mando (le general en jefe...

Yo creí que ya lo era...

-De hecho, sí; esto va a ser una mera formalidad...

Era a principios (le marzo y hacía mucho viento. A nuestra izquierda, la llanura (le confines distantes parecía querer desmenuzarse en polvo y dejarse llevar por el soplo del aire. Nubes que se desprendían (le la tierra hicieron oleaje hacia nosotros, y el viento quebró el ala (le nuestros sombreros raspándonos la piel (le la cara con arena. Los que iban delante (le nosotros se detuvieron; el pueblo quedó atrás y en el llano abierto centenares (le jinetes se desplegaron en un ancho semicírculo; banderas y bandas (le música marcaban los límites (le las brigadas y (le los regimientos. Quedamos casi en el centro (le una gran tenaza. Sopló más aire, y los caballos se impacientaban. Esperamos.

De pronto, elevóse una nube (le polvo más densa que las otras; un tropel avanzó hacia nosotros y un gran griterío salió a recibirlo. Todos se pusieron en movimiento en dirección a la nube; la tenaza se cerró volviéndose círculo; el círculo se estrechó volviéndose masa. Nos empujaban (le atrás y (le los lados, y nosotros echamos el caballo sobre los (le adelante. Llegó el momento en que no se pudo avanzar más; jinetes y caballos éramos prisioneros (le nuestros vecinos y ellos lo eran nuestros.

En medio (le todos se hizo un claro, como en el bosque cuando el rayo incendia los árboles y hace un abra. Ahí, los jefes habían echado pie a tierra.

Un hombre entre todos se distinguía por su traje: mientras los demás estaban vestidos (le amarillo, con las ropas amplias del norteño y tocados con sombreros de fieltro blando, aquél llegó vestido de charro, cubierto con un amplio sombrero jarano, (le alta copa puntiaguda, bordado en plata; el pantalón ceñido, untado a la pierna, la chaqueta tan rabona que apenas bajaba de las costillas y el sombrero de ala anchísima, vuelta hacia arriba, lo hacían verse extraordinariamente alto y flaco.

Era Pascual Orozco.

Dieciocho meses antes había sido el jefe revolucionario que centralizó en sí el prestigio (le los hombres (le armas que sostenían a Madero, líder opositor. Ahora se convertía en jefe (le los que combatían a Madero, presidente (le la República.

Yo no sabía por qué el amigo de ayer iniciaba la guerra contra su enemigo de hoy. Y sin reflexionar cómo había llegado hasta aquel sitio, montado a caballo, vestido con el uniforme de los orozquistas, sin saber adónde habría de llevarme esa misma masa que me rodeaba y me oprimía, cuando el hombre vestido (le charro levantó su sombrero y saludó, yo, como todos los demás, me levanté sobre los estribos, eché mano al sombrero para agitarlo contra el viento, arriba (le las cabezas, y sin saber qué decir ni qué gritar, lancé únicamente este alarido:

¡Aaaaaaaaaaaaaa!

Y, satisfecho, imaginé que desde ese momento todos los demás tenían la obligación (le considerarme, a mí también, revolucionario.

Palabras

Cuando cesaron los gritos, porque una mano levantada indicó silencio, los jefes que estaban pie a tierra formaron un pequeño círculo. Alguien, a quien no veíamos, habló:

"El nombre de Pascual Orozco, el primer guerrero, el más audaz, el que tuvo la grandeza de afrontar todo peligro, sacrificándose en aras de la patria, se convirtió en símbolo del insurgente, en el tipo del mexicano épico que sabe combatir por la libertad y por la patria.

"La revolución ha sido traicionada, pero sus hazañas, sus hecatombes, sus enseñanzas, no serán estériles; ella quedó arraigada en el corazón del pueblo, ha fructificado en nuevos sacrificios, y nuevamente se lanzan los hijos de Chihuahua a la pelea en que mueren sus hermanos.

"El momento está justificado ante la historia.

"El nombre de Pascual Orozco seguirá siendo el del primer insurgente. Por lo tanto, celosos (le su honor, damos a usted el mando supremo (le nuestras fuerzas y lo aclamamos como general en jefe del Ejército Libertador."

Otra vez se levantaron los gritos, y el aire formó con ellos un remolino. Tocarón los clarines y ondearon banderas tricolores. Orozco no dijo nada; volvió a saludar con el sombrero, montó a caballo y emprendimos todos tras él la caminata a la ciudad. Entramos en ella taladrando una inundación de músicas, tañidos de campanas, voces, explosiones de cohetes, rumor de millares de caballos martilleando con sus cascos el pavimento de las avenidas.

Me pareció entonces que la revolución era hermosa: música, caras alegres, banderas brillantes volteando en el viento, brillo (le armas, entusiasmo (le hombres, impaciencias de caballos jóvenes.

A Orozco lo vi pasar junto a mí, muy cerca, cuando le formaron valla para que entrara en el Palacio de Gobierno. Me pareció que no tenía piel en la cara, de tan marcados que se veían los huesos; apretaba las mandíbulas una contra otra; al andar a caballo, su larga figura parecía desplomarse, laxa, falta (le impulso, porque adelantaba el vientre y sumía el pecho como un enfermo. Sus ojos, casi inmóviles, daban la impresión del vacío.

No me gustó el hombre. Si otros tenían motivo para entusiasmarse a su vista, yo no sentí ninguno. Faltaba en él ese efluvio misterioso del jefe que arrastraba; el brillo, el calor, la fascinación (le la llama. Por eso fue que mientras los demás exclamaban "Viva Orozco", yo, incrédulo, grité:

-¡Viva el Ejército Libertador!

Entre este grito y mi primer alarido habían pasado en tropel muchas ideas que yo no comprendía sino confusamente. "La revolución, arraigada en el corazón del pueblo..., las enseñanzas..., las hecatombes..., nuevos sacrificios..., la lucha en que mueren los hermanos..."

-¡Viva el Ejército Libertador!

Hasta que enronquecí.

Retrato

Esa tarde nos llegó un paquete (le periódicos de la ciudad (le México; tenían algunas fechas muy atrasadas, porque la línea directa del ferrocarril estaba rota desde muchas semanas antes, y la correspondencia daba un gran rodeo por el sur (le los Estados Unidos.

-Búscate lo que digan de la revolución, Alvarito.

-"Emiliano Zapata ataca Cuernavaca."

-Otra cosa.

-El New York Herald dice que el presidente (le los Estados Unidos, mister William H. Taft, intervendrá prudentemente para hacer cesar los desórdenes en México, tan luego como tenga la primera señal (le que los intereses americanos se encuentran en peligro.

-No nos importa. Otra cosa.

-En Parras, estado (le Coahuila, hubo una sublevación que obligó a los miembros (le la familia del presidente Madero a salir para la capital.

-Bueno, síguele.

-El presidente de la República declaró el diez de febrero que la lealtad del general Pascual Orozco es indiscutible.

-Está muy atrasado ese periódico. Déjalo y toma otro.

-El veinticuatro de febrero, el presidente de la República declara que está convencido de la lealtad del general Pascual Orozco.

-¡Bah! Búscate una cosa interesante...

Aquí está: "Retrato del general Pascual Orozco".

-Léelo...

-"Un hombre alto y flaco, cuya construcción huesosa revela un vigor creado no por los juegos atléticos, sino por la vida ágil y robusta de los campos, por las tareas rústicas, por el trato incesante con el sol y el aire, por la espontánea vitalidad que (la al hombre, como al árbol, el libre crecimiento en el seno (le la naturaleza.

"No es grande, ni fiera, ni barbada, la testa que se yergue sobre este cuerpo artañanesco; no es una cabeza bravía como la (le Segismundo, ni escultural como la (le Hércules. Pero bajo la curva y lisa placa del cabello lacio, bajo la frente pequeña y (le estrecha bóveda, chispean unos ojos chicos también, pero enérgicos, potentes, tranquilos, por cuyas oscuridades pasan, (le vez en cuando, relámpagos de una voluntad inquebrantable.

"Bajo el bigote escaso se tiende una boca delgada y larga, siempre seria, siempre inmóvil, sin una sonrisa, sin un gesto; una boca entrecerrada que deja ver un fragmento (le la recia y blanca dentadura.

"Y todo este rostro enjuto, (le vigorosas mandíbulas, de mejillas hundidas, (le amplios planos, como trazados por una espátula rodeniana en pálida arcilla; todo ese semblante (le músculos sin contraer y (le relieve sin modelar, es como una máscara (le bravura serena, (le terquedad indómita, (le leal honradez. Cuerpo fornido y alto, cara grave y franca.

"No es pródigo en hablar; es, por el contrario, avaro de voces, tímido y parco (le ademanes, huraño de con fidencias; pero los que lo han visto pelear, los que con él convivieron durante la revolución, afirman que es rápido y seguro en el obrar, pujante y constante en la acción y que su valor es incansable y prudente.

"Pascual Orozco es un carácter entero, viril, recto; un carácter fundido en los bronce (le la dignidad, de la probidad, (le la sinceridad. Tiene algo del Pedro Crespo calderoniano. Es un Pedro Crespo joven, acometivo, zahareño..."

-Oye, Alvarito, ¿quién es ese Pedro Crespo?, ¿y qué quiere decir zahareño?

Como yo tampoco lo sabía, dejé las preguntas sin contestar.

Pancho Villa

Dos o tres días después, Marcos dio nuevamente orden de ensillar nuestros caballos. Antes de montar, nos dieron a cada uno un trozo de listón rojo para que lo fijáramos alrededor de la copa del sombrero.

-Es nuestro distintivo -dijo Marcos-; de hoy en adelante, habremos de llevarlo siempre. El color es el de la sangre que corre, pero que corre libre. Es el color de la libertad. ¡Somos los Colorados!

¡Arriba los Colorados!

Ya tenía yo otro grito mejor. Gritar en loa de un ejército libertador que ignoramos si irá a libertar o no es comprometido ante uno mismo, mientras que libres u oprimidos, los Colorados habremos de ser siempre acometivos y zahareños como Pedro Crespo. Era el nuestro un color (le lucha, color (le coraje, color (le llama. Probablemente, ningún otro tono del iris me hubiera impresionado mejor; ningún otro tan dominante, tan decisivo, tan fuerte. El color, más que otra cosa, acabó de conquistarme: sentí orgullo (le ser "colorado". Las otras causas, las verdaderas causas (le la lucha, por profundas que fueran, quedaron en segundo término. Si yo hubiera podido escoger mi sitio, no hubiera preguntado motivos, no hubiera pesado razones; simplemente, me hubiera hecho "colorado". En ese momento, el panorama de los hombres quedó dividido, ante mi vista, por la cinta roja que se ajustaba como una corona a la copa (le mi sombrero: dentro, los Colorados; fuera, todos los demás. ¿Qué pretendíamos los Colorados? ¿En qué había sido traicionada la revolución? ¿Por qué los que están fuera del círculo, que ayer eran amigos (le nuestros jefes, se han colocado ahora en contra (le nosotros? No lo sabía ni me preocupaba por saberlo. Yo era "colorado" y nada más.

¡Arriba los Colorados!

¿Arriba (le dónde? ¿Arriba de quién? No importaba: el triunfo radica en subir.

Montamos a caballo y partimos tras de Marcos Ruiz, atravesando, en esta ocasión, la ciudad rumbo al poniente. En algunas calles transversales, otros grupos aparecieron uniéndose a nosotros. Más hombres, al galope (le sus caballos, nos alcanzaron también. Todos llevaban en sus sombreros anchas cintas rojas.

-¡Arriba los Colorados!

Cuando llegamos a la calzada final, la que recoge y entrega a la ciudad los vientos y los olores del campo, el tropel la llenaba. Marcos se hizo a un lado y se detuvo para verlo pasar, observando a los hombres fijamente.

"Cinco o seiscientos -habló como para que no lo oyera nadie-. Son bastantes."

Y al galope, seguido por mí, se puso otra vez al frente (le la columna. Atrás, muy atrás, tanto que

Marcos no lo había alcanzado a contar, venía con sus oficiales Pascual Orozco.

No era el llano el que nos recibía al salir de la ciudad, sino una sucesión (le colinas sin otra cosa que piedras en la superficie. Grupos (le cinco o seis hombres iban delante, subían al lomo de cada eminencia, y nos hacían señal de avanzar. Cuando nosotros llegábamos arriba, ya ellos iban subiendo otra ladera.

-Marcos, ¿a quién vamos a recibir ahora?

-Pues vamos a recibir...; quién sabe qué vayamos a recibir...

-¿Tú tampoco sabes?

-Podemos recibir un balazo, o dos. Vamos a combatir.

-¿A combatir? ¿Por qué? ¿Con quién?

-Con Pancho Villa...

¿No es colorado?

-No.

-¡Ah!

Quedé como ciego. Desaparecieron ante mí las colinas y los jinetes que iban trasponiéndolas antes que nosotros, y Marcos, y los hombres que nos rodeaban, y aun la cabeza del caballo que iba balanceándose a un metro (le mis ojos. Sólo percibía una gran claridad, una gran claridad roja. "Voy a la guerra, estoy en la guerra. ¿A qué distancia del límite entre la vida y la muerte?"

Quedé como sordo. Voces, resoplidos (le caballos, ruidos (le la cabalgata, todo se fundió en un zumbido uniforme.

La única sensación, la única certeza, era la (le que iba avanzando. En equilibrio por inercia sobre el lomo del caballo, lo sentía oscilar. A veces, el cuerpo se echaba hacia atrás, a veces hacia adelante. "Otra colina." ¿Hubiera podido detener la marcha del caballo? ¿Hubiera podido dejar pasar el resto (le la gente y quedarme inmóvil mientras se desarrollaba el combate? No pude ni siquiera pensarlo; y el caballo me llevó adelante.

Me despertaron unas explosiones lejanas. Muchas. Mis oídos las recogieron todas juntas, como granos (le trigo que caen en un saco. "Están disparando." ¿Quiénes? ¿Ellos a nosotros, o nosotros a ellos? Comprendí que en un sentido y en otro, las balas cruzaban la cinta roja de mi sombrero. El límite. Mi límite.

Sin embargo, no vi a nadie al frente. De nuevo mis miradas recogían, levantaban hasta mí la visión del campo; colinas calvas, postes que sostenían cuatro hilos telegráficos, cuatro cuerdas de violín sobre las que irían saltando, en arco, balas libertadas.

¿Esto es un combate? Yo me había imaginado encontrar soldados colocados en línea recta, todos en una misma posición, como figuras de plomo, adelantando una misma pierna, tendiendo sus carabinas a una altura misma; creía encontrarme con jefes corriendo a caballo con la espada en alto; esperaba ver las bombas estallar como pequeños soles rojos y quedarse suspendidas en el aire. Y no veía sino un montículo árido, cubierto de pedruscos.

¡Tira! ¡Tira!

Era la voz (le Marcos, que me alcanzaba.

-Pero ¿contra quién? No veo gente -le respondí.

Allá enfrente, tras los peñascos amarillos. Fíjate, donde se ven unos sombreros...

Era cierto. Había en la cumbre del cerro que me indicó Marcos, unos conos pajizos del mismo color que la pie(Ira. Y líneas oscuras en horizontal. Seguramente eran los sombreros y los fusiles. "Pero, ¿es que no salen llamas de los rifles cuando disparan?" No salían, y, sin embargo, estaban tirando contra nosotros desde una colina más alta que las otras. Detrás (le ella no había nada, sino el vacío, que no tiene extremo. Pensé que los enemigos estarían en el confin del mundo. "No llegan las balas tan lejos." Pero los estallidos continuaban, rápidos, como si quisieran alcanzar a los que habían partido primero.

Vi dónde me encontraba: el caballo se había detenido en lo más alto de un montículo. Él y yo formábamos un solo bulto solitario. No comprendo por qué se detuvo precisamente allí, cuando hubiera podido parar antes, cuando nada le impedía avanzar aún. Atrás de mí, los Colorados habían echado pie a tierra, y mientras unos cuantos se llevaban la caballada para protegerla detrás (le los cerros, los demás se acostaron (le barriga en el suelo, y, como los del otro bando, no asomaban del perfil (le las colinas sino sombreros y rifles.

Di media vuelta al caballo y me fui atrás de la línea, en el bajo, entre (los (lunas; desmonté, saqué la carabina de la funda, me tendí en el suelo y disparé hacia el cerro (le enfrente.

Algún tiempo después cesó el fuego; no sé ni cuánto duraría. Montamos (le nuevo y regresamos a la ciudad lentamente, todos revueltos. No conocía a ninguno (le los que me rodeaban. Salía gente a vernos, y, para anunciarles el resultado del combate, algunos (le los nuestros gritaban a cada rato:

-Le pegamos a Pancho Villa.

-¡Arriba los Colorados!

Yo no sabía nada.

Yo seguía cabalgando entre la multitud con las ropas sucias (le tierra. Ya casi en el centro (le la ciudad, Marcos, que impaciente iba y venía por un flanco (le la columna, me vio, detuvo el galope (le su caballo un instante y corrió luego en línea recta hacia mí.

-¡Qué susto me diste! -dijo-. Creí que te habías quedado. Eres muy valiente o eres muy bruto.

-¡Arriba los Colorados!

Vanguardia

Marcos Ruiz recibió, (lías después, una orden de partir. Ya no sería solamente para salir unas cuantas horas a pasear a caballo por las afueras (le la ciudad, sino para dejarla por tiempo indefinido. Y nos estuvimos preparando toda la noche, limpiando las armas, arreglando las monturas, herrando los caballos, requisando cuanta mula hubo en la ciudad para cargarla con cajas (le parque. Varias mujeres estuvieron toda la noche moliendo maíz tostado en sus metates, y, revolviéndolo con piloncillo, produjeron el pinole, el alimento del campesino y del caminante, allá en el norte. Nos dieron a cada uno un saco como (le tres kilos: era la ración alimenticia para tres días. "Con un puñado (le pinole y un trago (le agua de tu cantimplora, muy bien te pasas el día." Todos estaban acostumbrados a esa dosis; yo no, y pensé que podía pasar hambre.

Había que salir antes (le que nos viera el sol, pero no fue posible. A última hora no servían unos arneses de las mulas, faltaban varias cajas (le parque que tenían que enviarnos del Cuartel General, y Marcos había salido a la casa (le Orozco a pedir las últimas órdenes. Estaba mi calle llena (le hombres, unos a caballo, otros fumando sentados a la orilla de las banquetas, en espera de la orden (le marcha; y de acémilas cargadas. De la casa salían los oficiales llevando sus cobijas (le abrigo, su ropa enrollada en largos chorizos, para amarrarla así en la parte posterior (le la silla (le montar; calzadas las espuelas sobre la mitaza (le cuero, sujetos los sombreros por el barboquejo atado bajo la nariz, colgando la cuarta, (le correas trenzadas, en la muñeca.

Salían y volvían a entrar por lo que se les hubiera olvidado. Entré yo también, por hacer algo; vi las cortinas rasgadas en pedazos por quienes habían querido hacer mantillas de terciopelo para sus caballos; los muebles derribados, los objetos revueltos, las caballerizas vacías, ropas sucias abandonadas, papeles rotos; todo el que salía se llevaba lo que pudiera servirle, aun cuando no fuera de él, y abandonaba lo superfluo en el patio, en los corredores, en los cuartos.

El desastre (le mi casa no me afectó. Había perdido el interés por todo ello. La nueva vida me apasionaba, mientras la antigua -si vida había sido- la consideraba como mi lastre. Por fin, iba a estar fuera (le aquella casa, para sentirme igual a los otros y que no hubiera motivo para que ellos me miraran como un extraño. Iba a partir a la guerra únicamente por mi gusto, como sin excepción lo hacían todos los demás. Y queriendo ser como ellos, siendo quizás como ellos, ya para salir corté yo también un cuadrado (le peluche carmesí para mantilla (le mi caballo, y derribé a puntapiés una columna sobre la que había pasado muchos años, con un libro abierto en una mano y con un espadón (le bronce en la otra, una figura (le mujer que simboliza a la ley; estallaron los mármoles al chocar contra el suelo, y salí pisoteándolos, satisfecho (le mí mismo.

Ya la multitud había principiado a moverse: Marcos había llegado, dando la señal de partida. Pasaban las órdenes en gritos, como una corriente que llenara la calle de pared a pared. Galopaban los caballos al sentir las espuelas y corrían las mulas, inclinando el lomo al peso (le las cajas (le cartuchos que hacían rechinar acompasadamente los aparejos de cuero. En el minuto que transcurrió mientras quité la montura (le mi caballo, coloqué la mantilla y ensillé otra vez, todos los hombres pasaron frente a mí a la carrera; a una cuadra de distancia iban dando la vuelta. Yo

apretaba los cinchos nerviosamente, con prisa, como si mi vida se contara por instantes y con los dedos. Pero los otros fueron más rápidos que yo; pronto la calle viose desierta: ni un hombre ni una bestia quedaban ahí (le la Brigada (le Marcos Ruiz. Nadie me había urgido para seguir en ella; nadie, cuando menos, me había esperado. Solamente un poco (le ruido y unos copos (le polvo se agitaban en la calle algo temblorosa aún.

Ni siquiera pensé en quedarme: monté en el caballo, metí espuelas, y en veinte saltos salí a la avenida por donde la columna había dado vuelta. La vi a través de un velo de polvo, y únicamente cuando me puse a la altura (le la última fila de la retaguardia recordé que había dejado abierta la puerta (le mi casa. Ya no era tiempo de retroceder para cerrarla.

Campo

La ciudad parece que se desliza ladera abajo, hacia el río. Marchábamos subiendo a la meseta, y los que veníamos atrás, como si hiciéramos el esfuerzo de ir empujando a los cientos de hombres que galopaban delante.

A nuestros flancos pasaron, despidiéndose con las ramas que comenzaban a reverdecer, los jardines; y como ignorándonos, mantenían sus ventanas cerradas los palacetes pretenciosos de los ricos. Desfilamos junto a la barda de un cementerio que años atrás solía yo trasponer en unión de otros muchachos para despojar los árboles de duraznos. ¡Qué lástima que no tuvieran fruta ahora, cuando hubiera bastado pararme sobre los estribos y alargar el brazo para arrancar una rama entera!

Las casas fueron encogiéndose; a cada cuadra eran más pequeñas; sus fachadas de adobe, sin enjarre, parecían caras sucias. En sus puertas, sí, había gente que nos dijera adiós.

Se acabaron las casas. De un lado hubo una barda, después, nada.

Aparecieron los cerros: dos altos, dos solitarios cerros, uno a nuestra derecha, otro a nuestra izquierda. Amigos míos, también. Mirándonos sin ganas (le seguirnos, se quedaron atrás).

Entonces se acercó a nosotros una gran planicie, se metió bajo las patas (le nuestros caballos y así se fue desenrollando. Parecía una mujer que se nos ofreciera y la tomáramos ávidamente: al galope. Perdí la noción (le la distancia porque nunca volví la cara para ver cómo se quedaba la ciudad detrás (le mí. La abandoné con indiferencia, como una cosa que se había poseído mucho tiempo. No supe a punto cierto cuándo la perdí.

La llanura debe de haberse emocionado con nuestro paso, porque había enrojecido: la tierra, de la que emergían los abanicos verdes de mezquital, parecía cobre bruñido; y era rojo el halo que se levantaba del suelo al golpear de los cascotes de los caballos. Nuestras caras y nuestras manos sudorosas estaban impregnadas (le tierra roja. Teníamos máscara almagre, como el color de la piel de los indios apaches.

Roja era también la tierra (le los adobes desleídos de una casucha en ruinas; rojas las heridas abiertas en el torso (le la planicie, por los torrentes que bajan (le los cerros en los (lías (le tempestad.

Y el galope (le los caballos continuaba, monótono, mientras el sol pretendía pasar sobre nosotros como si hubiera saltado (le un trampolín.

Algunos cerros velludos, que casi desde nuestra salida había yo visto al frente, parecían ir moviéndose al igual que nosotros, tan poco era lo que aumentaba a mis ojos su perfil (le signo taquigráfico.

La meseta, que me había parecido breve, seguía brindándonos tierra y más tierra para que corrieran nuestros caballos. Ya la velocidad majestuosa del galope se había trocado en el trote grato de los animales, jadeantes. Nos sudaba la frente bajo el fieltro del sombrero, y la boca, cueva en la que una parvada de alas de polvo buscó albergue, demandó agua.

La columna había perdido su forma: al salir, la avenida, larga como el cañón de un fusil, le había dado proporciones de una flecha; hombres y cabalgaduras corrían en filas, sin adelantarse, sin retrasarse. En los brazos abiertos de la llanura se convirtió en una mancha que a veces se estrechaba y otras se expandía, como absorbida por el suelo. Grupos de hombres aislados parecían salpicaduras.

Yo había penetrado en el centro mismo de la masa; luego, para no tener que fijar la atención en los que iban delante, moví mi caballo hacia un lado, al extremo, donde nadie me echaba polvo ni recibía el mío.

Seríamos quizá mil, pero yo me sentía infinitamente solo. ¡Aquello era tan grande! Nunca había salido yo de la ciudad sino en ferrocarril, y el campo, visto a través (le las ventanillas, corre rápidamente, se va hacia atrás de nosotros dando saltos: los montes persiguen a los valles, el yermo a los bosques, la planicie misma se encoge, los ríos vienen a lamer los bordes (le la vía y juegan con el tren, metiéndose a veces bajo las ruedas como si quisieran volcarlo para que retozara con las aguas en el cauce. Pero ese campo, ¿era el mismo campo que otras veces había traspuesto yo, adormecido por el muelleo (le los asientos y por el incesante zapateo que bailan las ruedas sobre los rieles?

Fatiga

De pronto, la llanura enarcó su lomo: una colina angosta y larga se elevó frente a nosotros, erizando su mezquital. La columna fue ascendiendo y se detuvo un momento en lo alto; al otro lado, saltando sobre el pedregal y haciendo curvar el tallo de las jarillas, galopaban también hacia un destino oculto, desordenadas y ruidosas, las aguas (le un arroyo. El cauce era ancho y el chorro (le agua angosto. No había llegado aún el tiempo (le las grandes crecientes que arrastraban gruesos troncos (le árboles como los que se veían, carcomidos y encalla(los, en los lugares donde el cauce hacía curva. Gran(les manchas (le arena endurecida absorbían el agua, crujiendo al paso (le las bestias cargadas. Los caballos remontaban las pezuñas e inclinaban sus cabezas hasta rozar la superficie del agua con sus belfos sedientos. Algunos hombres que vaciaron sus cantimploras en el camino bajaron para llenarlas. Marcos dio la señal de echar pie a tierra.

-Media hora de descanso, muchachos... -vino diciendo al recorrer la larga línea, pegada como una cáscara a las sinuosidades del arroyo.

Al verme, detuvo su caballo y quedamos frente a frente: él, con su cara de cartón, dominados todos sus músculos en una inexpresión absoluta; yo, sonriendo, adivinaba que no sabía qué hablarme, y sentía el deseo de decirle, a media voz, con calma, como quien no concede importancia a lo hecho: "Naturalmente que yo también vine. ¿Po(Irías esperar otra cosa?" Sólo sus ojos se movían, como detrás (le la máscara.

Alvarito...

Ya no quiero ser Alvarito, quiero ser Abasolo, Abasolo el Colorado...

Abasolo..., tírese un rato en la arena, suelte el cuerpo para que se le quite lo cansado. Beba toda el agua que pueda y llene su cantimplora, porque no tendremos agua hasta mañana...

Movió su caballo y se fue alejando. Volvió la cabeza hacia mí y al ver que yo le seguía con la mirada, sonriendo, admirándolo un poco sin saber por qué, me dijo:

Aflójele un poco el cincho al caballo...

Volvió cuando estaba yo tirado (le espaldas en el suelo húmedo, sintiendo en la nuca el roce refrescante (le la arena. El sol rodaba sobre nosotros, viéndonos a todos, y yo me eché sobre la cara el sombrero (le alas flexibles. Así veía únicamente las patas nerviosas del caballo bailar ante mí; Marcos debía (le estar observándome; quizá pensara decirme algo aprovechando el momento en que podía sentirme cansado, arrepentido tal vez. Decidí quedarme inmóvil, como si dormitara. Si tenía algo que decirme, mejor sería dejarlo para después, cuando anduviéramos más lejos (le la ciudad.

Luego, a tirarme boca abajo a la orilla del arroyo para beber agua tibia y revuelta por los caballos que cruzaron más arriba; a llenar la cantimplora para ver si duraba con agua todo un día; y

a cinchar otra vez la panza sudorosa del caballo, a montar de nuevo, a trotar por un llano que parece no tener término.

La mente se dispersó, como si tuviera ganas de libertar a la vista de aquella extensión sin confin. Pasaron las horas sin que el espíritu, adormecido, enervado, pudiera concentrarse. La meditación se diluía, la imaginación se evaporaba. La tarde, las horas que encanecían, la tierra cobriza que se tornaba en plomo, los cerros que se acurrucaban para dormir en una sola masa oscura, unos rayos amarillos como tallos (le trigo que ascendían del poniente y en abanico surcaban medio cielo nada me sugirieron.

El cuerpo se había dejado caer sobre la montura. Las ideas se habían dejado caer sobre el silencio.

Y los caballos siguieron avanzando, ahora al paso largo. Fue creciendo el rumor (le mugidos. Fue acercándose un olor a majada. La columna se encogió, se alargó para entrar por una avenida bordeada (le álamos, cuyas altas copas parecían estar dejando caer, como hojas secas, la sombra. Luego, el muro altísimo (le una galera para granos, las trancas (le un corral, una plazoleta cuadrada.

-Por aquí, Abasolo.

Desmonto y desensillo. Y mientras un soldado se lleva mi caballo, alguien me guió a través de una puerta y me condujo por un corredor. En una pieza vacía fui el primero que arrojó su silla junto a la pared. Otros, después (le mí, desenrollaron sus cobertores y se acostaron en el suelo.

Grado

A la mañana siguiente, que llegó sin que yo supiera por dónde, me llamaron al corral. Marcos, rodeado por ocho o diez, tomaba leche (le un balde; leche espumosa que olía a pasto tibio. Me ofrecieron un jarro lleno y un trozo de carne asada, sin pan. Se llevaron el balde, y nosotros quedamos en círculo. Marcos me dijo:

Abasolo, ésta es una columna militar. Aquí cada cual tiene su categoría, una categoría que ha conquistado. Todos somos veteranos (le la revolución pasada, menos usted, el único nuevo entre nosotros. ¿Tiene intenciones (le seguir?

-Sí, mi general.

-Es usted muy joven, demasiado joven. No podemos encomendarle el mando (le otros, porque no sabría cómo ejercerlo. Quedará usted, pues, a mis órdenes directas, para hacer lo que yo le encomiende. Tendrá usted el grado (le teniente.

-Muy bien, mi general.

Me tendió la mano, y al recibir la mía, la apretó muy fuerte. Los demás me dieron palmaditas sobre los hombros. Los conocía bien a todos, porque eran los mismos que habían estado en la casa: Aguirre, uno muy alto, (le bigotes caídos y hombros caídos también, coronel, jefe del Estado Mayor; Armendáriz, coronel, jefe (le uno de los regimientos de la Brigada, joven de grandes ojos amarillentos; José Alatorre, mayor; José María Torres, Gilberto Estrada, Antonio Campos, Germán Baca, Efraín Álamos, Ramón Cruz, Félix Hernández...

Ahora, a ensillar. Ya deben de estar los caballos frente al portal. Y no se me vaya muy lejos, que en la marcha ha (le venir detrás (le mí.

-Como usted disponga, mi general.

¡Teniente! ¡Teniente! ¿Había soñado alguna vez con ser teniente? De todos los que íbamos en la columna, cuando menos novecientos eran menos que teniente. Yo no podía darles órdenes, claro estaba, porque Marcos me dijo que yo no tenía experiencia; pero tampoco ellos podían dárme las a mí, aun cuando la tenían. Ni siquiera los capitanes, ni los coroneles. ¡A las órdenes directas del jefe (le la columna (le vanguardia! Sentí ganas (le irme saltando hasta donde estaban los caballos, pero me detuvo el peso (le mi grado: "Señor teniente, no debe usted obrar como si fuera un muchacho. Está usted en campaña, debe ser un ejemplo para sus inferiores..."

Así, durante la marcha (le toda la mañana, me fui dando consejos a mí mismo. Y sin darme cuenta dejé (le sonreír. Como Marcos, me hice una careta acartonada con la piel sucia sobre los músculos inmóviles.

¿La jornada? Un llano, un solo llano más árido que el (le la víspera. Un sol más caliente, un polvo

más penetrante, una sed que agotó en (los horas el agua (le las botellas (le cinc. Cerros que pasaban lentamente a nuestros flancos, pesados como carretas tiradas por los bueyes. A veces, se veía a distancia los postes, árboles desnudos, (le la línea del telégrafo. La vía del ferrocarril debía (le estar acostada abajo.

-Marcos, ¿por qué no vamos por tren, mejor?

-La vía está destrozada y hay muchos puentes quemados. Los de caballería venimos por delante para evitar que los federales avancen por el sur. Los otros compañeros llegarán después.

-¿Y por qué no seguimos la línea de la vía?

Venimos por el camino real, el mismo camino que hace tres siglos iba de Durango al mineral de San Felipe, que hoy es tu tierra...

(Cuando nadie nos oía, me gustaba llamarle Marcos y hablarle de tú, como él a mí. Cuando había otros al frente, le llamaba "general". Él notaba la diferencia, pero nunca me dijo nada.)

Sed

El suelo de color rojo se fue; ahora se nos acercaba una gran mancha blanca, un arenal reverberando al sol. Unas cuantas matas de zacatón, grises y secas, se elevaban medio metro donde había un puñado (le tierra oscura. En el resto (le la planicie, el sol se reflejaba en millones (le puntitos plateados: arenilla salitrosa. Y su relente, como el polvillo rasposo que nos envuelve, irrita los ojos, los araña por dentro, los enrojece.

Nos perforó el martirio (le la sed. Primero la nube (le arena ha obstruido nuestra nariz; después, la boca ha quedado tan seca como el arenal mismo. Parece que el sol no ha podido saltar hoy tan alto y que pasa rozando nuestras cabezas. Nos adormece.

Los caballos avanzan arrastrando casi el hocico por la tierra floja, y como arrastran también las pezuñas, echan a volar las capas (le arena.

Marcos volvió la cara hacia atrás; apenas se distinguían, a través del tupido velo blanco, cuatro o cinco filas (le jinetes.

-Ha (le haber muchos cansados que se han rezagado -me dice-. Vamos a la retaguardia.

Volteamos nuestros caballos y nos sumergimos en aquella espuma traslúcida.

-¿Qué pasa, mi general? preguntan quienes se dan cuenta de que retrocedemos, mientras ellos avanzan.

-Nada, nada... Sigán adelante. Nomás voy a ver que nadie se nos vaya desperdigando...

A cada paso encontrábamos la nube más densa. Era como si hubiéramos caído en tierra con la cara para abajo. Apenas veíamos a los hombres a nuestro alrededor, como si entre ellos y nosotros hubiera, dispersos, muchos vellones de ovejas.

-¡Váyanse abriendo! ¡No se amontonen! ¡Alarguen la línea lo más que puedan!

Marcos gritaba y tosía, escupiendo lodo. Yo repetía sus voces y otros muchos las nuestras. La masa se fue dispersando y cuando sentimos que la cabalgata había pasado, como todavía formaba el polvo un remolino en torno nuestro, galopamos casi asfixiados hacia atrás, por el mismo camino que nuestros hombres habían recorrido, hasta salir al aire limpio. Y volteamos (le nuevo nuestros caballos.

Parecía que la Brigada entera se había extendido en una sola línea. Una cortina (le polvo (le tres kilómetros iba rodando sobre sí misma frente a nosotros, como una ola espumosa que retrocediera hacia mar adentro. Y, como Marcos supuso, manchas oscuras veíanse mucho atrás (le nosotros en la tierra que despedía un vaho brillante. Eran rezagados, sedientos, cansados. Nos fuimos acercando a cada uno (le ellos, a la carrera.

-¡Ánimo, muchachos! ¡El agua está cerca! ¡El agua está cerca!

Nos contestaban sin hablar, con señas, moviendo la cabeza hacia adelante, al compás (le los cabeceos del caballo).

Parecía que el sol iba a quedarse ahí clavado, donde estaba, por toda la vida. No sentíamos que se fuera deslizado trayectoria abajo y percibíamos las bocanadas de su aliento ardoroso cada vez más cerca de nuestras cabezas, cada vez más densas, sobre nuestras espaldas.

La línea se fue acortando, se fue contrayendo; se notaba que todos los hombres querían estar juntos; y decreció la altura de la nube, hasta cesar casi. La columna se había detenido y la alcanzamos. Mil jinetes convergían en un solo punto. No veíamos cuál era, pero los gritos de los de la última fila nos lo dijeron:

noria -dijo Marcos.

¡Agua! ¡Agua!

Marcos dio un gran grito, un grito que yo no había imaginado que pudiera salir (le hombre alguno, de tan violento que fue. Pareció un rayo que se desgarraba.

-¡Muchachos! ¡No podrá haber agua para todos ahí! ¡No se detengan! ¡Adelante! ¡El río está a media hora (le camino!...

Recorrimos al galope la circunferencia (le la masa, excitando a todos a moverse hacia adelante. Los (le las últimas filas exteriores, perdida la esperanza (le llegar a la noria, fueron los primeros en obedecer. Y la marcha se reanudó rápidamente, a costa (le los caballos extenuados.

-Marcos -le pregunté-. ¿Está realmente el río a media hora?

-¿Qué sé yo? Será media hora, será una, serán dos... Pero no puede haberse movido (le donde estaba...

-Porque ya no aguanto. Yo me devuelvo a ver qué quedó en la noria...

-Barro salado...

Aunque sea...

Eché mano a su cantimplora y agitándola oyó ruido de líquido. Me la tendió sin decir palabra. Había como una pluma de agua, nada más, haciendo risa de cascada en el cinc. Sentía yo todo paralizado dentro de la boca, como si la garganta se me hubiera inflamado y estuviera ardiendo. Y bebí como si no hubiera bebido nunca. ¡Un solo trago! Mi lengua rasposa acarició los bordes de la abertura, buscando más. Ni una gota más. Entonces, al tenderle (le vuelta a Marcos su cantimplora, sentí vergüenza.

-Perdóneme, mi general, que no le haya dejado nada...

Se pasó la mano por la boca y no respondió.

Nos alcanzó Aguirre, el jefe del Estado Mayor.

-Mi general -dijo-, no tiene usted más novedad que mataron al mayor Reynoso...

-¿Cómo?

-Cuando los hombres vieron la noria echaron galope. De nada valieron los gritos ni las órdenes. No había más que un balde, amarrado a cuatro estacas con una reata muy larga; y para cogerlo, se peleaban a golpes. Nadie obedecía a nadie. Casi no había agua, y la que salía estaba muy puerca, pero todos jaloneaban del balde, vaciándolo casi en el suelo. Reynoso sacó la pistola: "¡Orden..., van a beber uno por uno!..." Nada más que eso gritó, porque le dieron una puñalada y quedó tirado en el charco. Todos se aquietaron, y aquí venimos caminando sin haber bebido...

Marcos movió la cabeza por toda respuesta. La marcha no se había vuelto a interrumpir. De nuevo se alzó el polvo y se mezcló con el silencio para agobiarnos. Cuando yo veía que el general se frotaba los labios con la mano sucia, me desesperaba.

-Marcos...

Me miró con una lenta mirada. Y comprendiendo, me dijo:

-No te apures por mí, que ya vamos llegando...

¿Media hora? ¿Una? ¿Dos? Me pareció que había pasado una polvareda (le minutos desde que dejamos atrás la noria. Por fin, una cortina verde: álamos. Y lamiendo sus raíces que eran como brazos que buscaran algo en el lecho del río, las aguas rápidas, aguas alegres, aguas vírgenes, aguas maravillosas...

Media hora después, cuando hubimos bebido y descansado, comenzamos a pasar el río. Habían encontrado un lugar donde el cauce no era muy profundo; atravesándolo en diagonal, las aguas golpeaban a los caballos hasta la mitad (le la panza. Como vi que algunos (le los jinetes que pasaron primero cruzaban los estribos sobre el lomo del animal y las piernas también, logrando llegar sin gota (le agua al otro lado, quise hacer lo mismo.

-Mejor baja las patas -me aconsejó un soldado-, aunque te las mojes. Tú no sabes montar así...

"No sabes..., no sabes." ¿Por qué cualquiera me habría (le decir "no sabes"?

Crucé los estribos, crucé las piernas, y llegué al otro lado sin haberme mojado.

Una mula (le las que llevaban dos cajas de parque, sí se volteó. No pudo con el peso. El agua la arrastró un tramo muy largo, y no más vimos que salían las patas del animal. Luego se perdió. El general no quiso que se echaran a nado a buscar el parque.

A lo mejor ya ni nos sirve. Veremos a quién le quitamos un poco en el primer combate...

Carneros

Todavía el sol estaba a flote cuando el perfil del llano se alegró con un pueblito: una iglesia que parecía estar pastoreando cuarenta o cincuenta casitas agrupadas a su alrededor. Habíamos hecho una jornada dura, porque después del paso del río avanzamos al trote casi sin detenernos. Marcos dijo:

Vamos a descansar ahí desde temprano, para salir mañana con el sol.

Y desviamos ligeramente la ruta, arrastrados por el imán del poblado. Como estábamos envueltos en cansancio, atravesamos, sin querer rodearlo, un plantío de maíz que comenzaba a verdear; no sé cómo quedaría después de nuestro ultraje.

Alcanzamos a unos labriegos que iban arreando dos yuntas de bueyes.

Voy a preguntarles qué pueblo es ése -dijo a Marcos.

-No -contestó-, nunca preguntes nada a nadie; ni siquiera el camino, si estás perdido. Hay que (lar siempre la impresión (le que uno sabe por dónde anda.

Pasamos juntos a ellos sin hablarles. Los hombres levantaron la cabeza, pero los bueyes, con las pesadas coyundas agobiando sus testas, para vernos pasar movieron solamente sus lánguidos ojos amarillos. Encontramos unas rodadas de carro que se desenrollaban hacia el pueblo y nos dejamos guiar por ellas.

A un lado del camino, nació de la tierra un hombre (le ancho sombrero, erecto, que recargaba sus brazos en un bastón muy alto. En torno a él, un centenar (le borregas, blancas como piedras (le cal, sobresalían (le un matorral (le medio metro (le alto. En todo el (lía habíamos comido solamente pinole con agua. Y la carne de carnero, ensartada en una daga y puesta a asar...

Muchos debemos de haber roído el mismo pensamiento. Aguirre, el jefe del Estado Mayor, y (los o tres soldados se desprendieron de la columna y trotaron hacia el pastor. Los caballos lo ocultaron a nuestra vista. Oímos voces fuertes sin comprender las palabras. Luego, (los o tres disparos. Los jinetes rodearon la borregada, desenrollaron sus lazos y haciéndolos girar verticalmente, comenzaron a arrearla en dirección al pueblo. Los carneros corrieron esquivando las matas. Y ya no vi al hombre del bastón largo; solamente un matorral (le medio metro (le alto.

El pueblo era muy pequeño: casitas (le campesinos, cada una con su corralito cercado con ramas espinosas (le mezquite; una placita con doce o quince árboles (le troeno; la iglesia que habíamos visto a distancia, (le una sola torre, rodeada por una barda (le adobe encalada de blanco.

Vamos a tener que dormir al sereno -afirmó Aguirre.

-La iglesia parece ser bastante grande -insinuó alguno (le los oficiales que venían detrás (le mí.

Estaba cerrado el portón; una vuelta que dimos al templo nos convenció (le que no tenía otra entrada.

-¿Dónde está el cura?

No hay -dijeron los vecinos-; pasa por aquí una vez cada semana, dice la misa y cierra la puerta. Antes nos dejaba la llave, pero el domingo pasado, que supo que había bola otra vez, dijo que era mejor que él se la llevara...

-Pues mi general, usted dispone lo que se hace.

Marcos levantó los hombros.

-¡Hay tan poco lugar! -contestó-. Váyanse ustedes acomodando mientras yo veo dónde dejo la demás gente.

-Señor -clamaron los vecinos-, ¡que no vayan a meter los caballos!

-Bueno, ¡no metan los caballos! Al fin que no cabría ni la décima parte de los hombres.

Abrieron la puerta a culatazos. Algunos, al principio, descubrieron sus cabezas al entrar. Después todos andábamos con el sombrero encasquetado como cuando nos miraba el sol desde arriba. Cuando oscureció, encendimos algunas velas de los altares.

Fuera, en el atrio y en la plaza, se alzaron grandes fogatas: cincuenta soldados estaban asando otros tantos carneros. En los árboles del atrio estaban amarrados nuestros caballos, a los que les habían echado gruesos hatos de tallos (le maíz. Marcos regresó después de haber señalado a todos los soldados su lugar para pasar la noche y parejas (le ellos se fueron a repartir la carne olorosa a grasa quemada. Cenamos espléndidamente: carnero y agua. Después, habiendo revisado los puestos (le los centinelas, nos fuimos a dormir en la sacristía.

En la oscuridad (le la mente hundida en el sueño, pude distinguir a Aniceto, con los brazos cruzados, inmóvil, cubierto con un ancho sombrero, apoyándose en un bastón muy largo y rodeado (le piedras calizas que se movían entre el mezquital.

Noche

Alguien que caminaba entre nuestros cuerpos tendidos en el suelo, me piso una pantorrilla, despertándome.

-¿Qué pasa?

-¿Dónde está el jefe?

Aquel (le allá...

Tropezando con otros cuerpos, el recién llegado se acercó a Marcos, y moviéndolo suavemente, lo despertó; le habló en rumor algo que no entendí y luego oímos la voz del jefe:

-¡Prendan una vela!

Una luz amarillenta golpeó el techo, escurrió por los muros, por nuestras cabezas, por nuestros cuerpos y fue a estrellarse en el suelo. Vimos a Marcos ya de pie, ciñéndose el cinturón (le la pistola. En torno a él nos fuimos levantando todos, medio dormidos todavía; buscamos nuestras armas, nuestras chaquetillas, nuestros sombreros y salimos tras él brincando sobre los soldados dormidos en la nave del templo. Un soplo (le el viento arrancó del cirio la llama y se la llevó envuelta en sombras, antes de que saliéramos. Al peso (le nuestros pies se quejaban, como si estuvieran heridos, los hombres tendidos en el suelo. Algunos lanzaron injurias sin saber a quién. La nave era larga y antes (le llegar a la puerta tropezamos muchas veces con hombres envueltos en frazadas.

En el atrio había una claridad como si estuvieran encendidos muchos cirios, pero no (le los (le llama amarilla, sino unos que ardieran en luz azul muy tenue. Cuando Marcos se detuvo y lo rodeamos, apenas nos veíamos las caras. Un aire muy frío nos lavó el sueño.

-¿Hay alguno que conozca bien el cañón de Santa Rosalía?

-Soy de por aquí, mi general, y lo he cruzado varias veces -afirmó el mayor José Alatorre.

-¿Sería usted capaz (le atravesarlo de lado a lado sin tropezar una sola vez?

-Si usted lo ordena, lo intentaré.

-Mire, mayor: ahora acampó ahí Pancho Villa con doscientos hombres. Llévase trescientos. Estamos a tres horas del cañón. Si usted les cae entre (los y tres de la mañana, los sorprenderá cuando es más pesado el sueño. El camino es...

-De aquí al cañón sí me comprometo a no tropezar, mi general.

-Entonces, vamos.

Caminamos a pie a través del pueblo dormido; los soldados habían salido a acampar bajo las arboledas próximas; Marcos nos guió en una penumbra azul. Yo caminaba con la mirada baja para no tropezar, ignorante (le lo que sucedía sobre mi cabeza. Al andar, parecía que íbamos arando la tierra con unas manchas que se arrastraban delante (le nosotros, unidas a nuestros pies. Adelante, golpeaban la tierra los gruesos zapatos de Marcos y Alatorre.

-Dentro (le (los horas, cuando más, se meterá la luna; (le modo que debe aprovechar este tiempo en avanzar (le prisa. Después, no importa que vaya despacio, con tal de que no lo sientan cuando se acerque. Procure ver si agarra a Pancho; ya sabe que entre él y mi general Orozco el pleito es muy fuerte.

-¿Dónde nos reunimos mañana, mi general?

-Si calcula que no tiene tiempo (le alcanzarnos aquí, que saldremos como a las seis, entonces procure juntársenos lo más temprano posible en el camino (le aquí a Camargo.

Entramos en una arboleda sobre la que se volcaban, sin atravesarla, los fulgores de la luna; y fuimos levantando a los hombres que estaban dormidos.

-¡Arriba, muchachos! Hay que estar montados dentro (le quince minutos...

En la sombra volaron espantadas algunas voces de protesta:

-Pero si nos acabamos de acostar... Ya ni friegan...

-¡Arriba, muchachos, arriba!

-¿Siquiera vamos a pelear o no más nos llevan a seguir tragando tierra?

A pelear; ahí está Villa tras la lomita...

Todos se levantaron entusiasmados, buscando sus caballos; ensillaron y en diez minutos había trescientos alineados a la orilla del bosquecillo bajo la cascada (le luz que se precipitaba del cielo. Alatorre se despidió (le Marcos y emprendió la marcha con sus hombres. Formaban todos una masa borrosa que la tierra fue absorbiendo, y cuando se resumió en el arenal nos saludamos la noche y yo.

No la conocía: en mi casa, en las calles de la ciudad, siempre se había interpuesto entre nosotros, como una red, la luz artificial. Ni miradas curiosas ni el goteo (le las estrellas traspasaron nunca esa malla. Apenas si la luna acostumbraba barrer hacia dentro un poco (le sombra a través de los arcos de los corredores. Esa noche parecía que la tierra había muerto. Tenía el silencio y tenía el frío. Del campo había huido la distancia: todo alrededor mirábase pequeño, estrecho, cercano. Parecía que la llanura, que en el día no tuvo extremos, convertíase por la noche en una terraza sobre la torre del mundo. Arriba de nuestras cabezas, el cielo era un arenal luminoso. ¿Quién ha pasado al galope que dejó flotando esa cauda (le polvo? ¿Qué lugar señala ese claro disco (le cantera porosa? ¿O qué hora quería indicar, carátula manca?

Quedé fijo en tierra, con la cabeza hacia arriba, anonadado por el peso del misterio.

-¿Qué estás haciendo? Vente a dormir, que tenemos que levantarnos muy temprano...

-Marcos, ¿has visto las estrellas?

-No te inquieten. Dicen que son únicamente los ojos (le los coyotes que andan allá arriba.

Prisioneros

Durante la marcha (le tres horas, Marcos no había dejado salir (le su boca una palabra. Daba sus órdenes con movimientos de cabeza, respondía a las preguntas con miradas. Caído en la silla (le montar, hundido el pecho, sueltos los brazos, flojas las piernas sobre los largos estribos, era el abandono mismo, hecho jinete. Me trajo a la mente el recuerdo (le Pascual Orozco.

-Marcos -le pregunté-. ¿Qué tienes?

Me miró; luego volvió la vista hacia una sucesión de cerros que a nuestra derecha se alargaban como una manada de burros en marcha; y me volvió a mirar, haciendo un movimiento de cabeza para arriba, como si me interrogara. Apretaba las quijadas una contra otra y cerraba los labios, como si tuviera dentro de la boca algo que no quisiera dejar escapar. Una bocanada (le angustia, quizá.

Yo también ingerí un trago (le silencio; comprendí por qué esa mañana los preparativos para emprender la marcha habían sido lentos como una carreta; por qué, en lugar de marchar por el antiguo camino real, habíamos hecho una travesía en ángulo hasta la vía férrea, acercándonos a la sierra en donde había acampado la noche antes Pancho Villa con sus doscientos hombres.

Y como Marcos me miraba, le contesté, también con los ojos:

-Tienes razón en estar inquieto: Alatorre debió haber llegado al cañón a las tres de la mañana. Si le fue bien, esperaría hasta que saliera el sol para ver los efectos de su ataque; supongamos que hubiera montado de nuevo a las ocho...; son las once y media y, a pesar de que nos hemos acercado, no llega...

Habíamos pasado sobre el espinazo del ferrocarril y bajo el cuarteto vibrante de cuerdas del telégrafo; en algunas curvas, los rieles se habían fugado de la paralela y los alambres descansaban en tierra, dispersando en la arena su caudal (le señales transmitidas en redoble. Y marchábamos a la voluntad de los caballos que dejaban caer, con lentitud (le gotas, sus pezuñas en la tierra.

Repentinamente, sin que nadie le preguntara, Marcos nos dijo a los oficiales, como si se tratara de darnos una explicación:

-Si yo hubiera desviado toda la columna detrás de Villa y me estuviera persiguiéndole todo el día, probablemente no podría cumplir la orden (le pernoctar hoy en Camargo.

-Es cierto.

Y puse a las órdenes (le Alatorre más gente que la que traía el otro amigo.

-También.

-No podía hacer otra cosa.

Las palabras (le Marcos abrían la puerta (le su pensamiento, que era: "acabaron con los nuestros").

-¿Quién trae la hora?

-Las doce y cuarto.

-Haremos un alto (le quince minutos.

Alineados a lo largo del terraplén de la vía, desmontamos. Apretada en nuestras manos una punta de la reata que colgaba del cuello del caballo, volcamos el torrente de miradas hacia la sierra que aprisionaba en sus barrancas y entre sus cantiles el secreto de las horas que precedieron al alba. Pero el rebaño de cerros no tuvo para nosotros el menor indicio. Y montamos de nuevo.

Marcos había cambiado: ya no trataba de contener nada en sus quijadas anchas y sus labios pálidos. Todo cuanto tenía de cólera, (le desesperación, (le odio quizá, lo lanzó, y fue terrible lo que dijo. Ya no miraba siquiera hacia el cañón (le Santa Rosalía.

-¡Ahora! Adelante y al galope. Ya hemos perdido mucho tiempo esperando a éstos.

Corrimos (le nuevo por el llano, que había dejado de ser yermo; grandes álamos abanicaban sus hojas verdiplata a la orilla (le los charcos (le agua, cada vez más próximos unos (le otros, formados a la orilla del broquel (le las norias. Veíanse casitas (le adobe a través de los ramajes, bueyes solitarios, bandadas (le pájaros. A veces pasaba a distancia un guayín, (le toldo blanco, que un par (le mulas arrastraba por los surcos (le un camino. El viento traía, como hojas sueltas, ladridos y también un perfume fresco (le agua que corre.

-¡General! ¡General! Mire...

Un brazo extendido señaló la dirección, como un faro en la sombra. Y el haz de todas las miradas corrió por el riel invisible que trazaba.

-¡Polvo!

¡Sí! Pero ¡qué polvo!; no era una polvareda (le esas que ascienden por causa (le un remolino, y que son cilindros verticales como troncos (le cedro; era la cortina espumosa, la ola traslúcida que sólo saben desprender (le la tierra las patas (le los caballos. Existe, seguramente, la ciencia para calcular el número de jinetes que van levantando una polvareda, y esa ciencia debe de haber dicho a alguien que no eran más de trescientos hombres los que acicateaban sus cabalgaduras.

-¡Ahí vienen, mi general!

-¡Sí!; pero ¿quiénes? ¿Cómo vienen?

Nadie se atrevió a afirmar. Los nuestros o los otros. Vencedores o destrozados. Y Marcos disparó varias órdenes que se atropellaron en su carrera.

-¡Aguirre! Desmante doscientos hombres y tiéndalos en línea de medio kilómetro adelante. Baca, Campos, corran hacia ellos para ver (le qué gente se trata. Los demás, firmes en sus monturas. Cada jefe con su grupo, nadie más eche pie a tierra.

Corría al galope (le un lado a otro y nos comunicaba su paciencia y su incertidumbre. Aun los caballos, inquietos, manoteaban a pezuña suelta.

La polvareda volaba muy lejos todavía; Aguirre y sus doscientos hombres a pie tuvieron tiempo para adelantarse. Los vimos dejarse caer en el suelo, formando una larga línea frente a nosotros. Germán Baca y Antonio Campos se fueron alejando a la carrera, arrastrando tras de sí nuestras miradas. Hubo ruido de cartuchos que se incrustaban en el cañón (le las carabinas, y movimientos (le los grupos hacia los lados (le la línea de Colorados, tendida en tierra. Hasta que, a lo lejos, los dos puntos negros (le nuestros oficiales se unieron a la cenefa oscura (le los jinetes que rastrillaban el llano.

-¡Son los nuestros! ¡Son los nuestros!

Todos lo comprendimos inmediatamente, y los oficiales brincamos sobre los infantes, tras (le Marcos, al encuentro (le Alatorre y los que le hubieran quedado de los trescientos.

-¿Qué le pasó, mayor? Lo hemos estado esperando toda la mañana.

Alatorre fue haciendo el relato cuando nos acercábamos de retorno al grueso de la columna. Había caído sobre Villa a las tres de la madrugada, pero el hombre estaba en vela, y sus hombres no se sorprendieron. Aprovecharon la oscuridad, para estar tiroteando de todos lados hasta que amaneció. Luego se dispersaron en pequeños grupos que se escurrían por las laderas de los cerros. No fue posible saber para dónde había partido Villa, ni con cuánta gente; quizá estuviera en algún recodo oculto para salir en cuanto viera un grupo menor y aniquilarlo. Por eso Alatorre fue cauto, y el reconocimiento del cañón lo hizo con toda su gente reunida. Encontró como a veinte enemigos muertos y siete sin caballo, que eran los que venían amarrados (le los codos, allá atrás.

-¿No reconoció a nadie entre los muertos?

-No, mi general. Eran puros (le tropa. Los cabezones parece que durmieron en otra parte.

-Es lástima. Al general Orozco le hubiera dado gusto saber (le alguno que hubiera estirado el cuero.

-Dicen que Aranda va herido.

-¿Quiénes dicen?

-Los prisioneros.

A ver.

Los llevaron ante Marcos. Eran siete; vestidos con ropas de color sucio, con sombreros (le fibra

(le palma. Poco más o menos como nuestros soldados, sólo que más polvosos, más barbados, más secos sus cabellos, más arrugados y rasgadas sus vestiduras. No traían cinta roja en el sombrero. Después, cuando los vi (le cerca, encontré otra diferencia: la mirada. Las cejas caían, ocultando casi los ojos; el ceño se arrugaba como cicatriz y por la estrecha abertura de los párpados veíanse los globos enrojecidos. Nos odiaban, quizá por haber sido vencidos, pero quizá, también, por esa diferencia de colores: nosotros éramos Colorados y ellos quién sabe qué serían. Yo les hubiera ofrecido un trozo (le cinta roja para su sombrero; si se la ponían, que nos siguieran; si no, que se fueran por su rumbo.

Marcos los interrogó:

-¿Ustedes dicen que Aranda salió herido?

Ninguno contestó. Nos miraban como coyotes acorralados, inclinando la cabeza hacia adelante, pero sin bajar la vista.

El mayor Alatorre intervino. A un prisionero que tenía una mano envuelta en un pañuelo carmesí, le recordó:

-Tú me dijiste que lo habías visto, poco después que les caímos, y que estaba herido.

Yo no más le dije que lo había oído quejarse.

Y tú -a un muchacho a quien el sombrero le echaba el pelo sobre los ojos- me dijiste que lo habías visto cuando lo subieron a un caballo, y que iba abrazado al cuello del animal.

-Pero yo estaba muy lejos; a lo mejor ni era él.

-Es inútil, Alatorre -terció Ruiz-. Todos son así; parece que su jefe les (la clase de marrullería todos los días.

De nuevo nosotros, que éramos la descubierta (le la columna, nos pusimos en marcha. El mayor interrogó:

-Mi general, ¿qué hacemos con éstos?

-No los hemos (le ir jalando para todos lados...

Avanzamos por la orilla (le la vía del ferrocarril. Los listones (le acero eran como la flecha que indicaba la ruta. A los lados comenzaron a estrecharnos las vegas (le tierra negruzca de la que emergían los brazos verdes y las manos pálidas (le los maizales.

Allá por el final de la columna roncaron algunas detonaciones somnolientas. Me alcé sobre los estribos y volví la cara, para ver únicamente sombreros de soldados nuestros, todos con cinta roja.

Cuando llegamos a Camargo había una oscuridad para gatos. En la estación del ferrocarril un telegrafista, alumbrándose con linterna (le petróleo, salió a buscar a Marcos.

-¿El general Ruiz?

-¿Qué ocurre?

-Desde las siete (le la noche está restablecida la comunicación telegráfica con el norte. El general Orozco está preguntando si ya llegó usted.

Vamos a avisarle.

El telegrafista se sentó junto a sus aparatos, se puso en la cabeza un arco (le metal sujeto a la mesa por un alambre (algo así como las jáquimas que se les pone a los caballos para conducirlos) y comenzó a redoblar con los dedos sobre un pequeño balancín.

Aquí está.

-Transmita lo que yo le vaya diciendo.

-Muy bien, general; estoy listo.

-General Pascual Orozco. Cuartel General. Chihuahua. Hónrome en participar a usted que en estos momentos...

Amanecer

Unos silbidos muy largos, como aullidos (le lobo, nos despertaron. Después sentimos una trepidación y escuchamos sonido de campanas. ¡Los trenes! Corrimos a verlos llegar. Primero nos deslumbró un abanico (le luz muy blanca, luego pasó frente a nosotros la locomotora, envolviéndonos en un polvo claro y húmedo que se deshizo sobre la piel. Más allá del primer tren, otros faros levantaban sobre la tierra (los semicírculos (le claridad, como una sucesión (le albas que no pudieran vencer por completo a la noche. Pasaron plataformas en las que parecían dormir atravesados los leños cuadrados destinados a soportar los rieles a cuestras y otras (le las que brincaron a tierra los trabajadores del camino que habían cumplido su faena (le reparación; las jaulas para ganado, los carros pinta(los (le rojo con grandes letras blancas, y el cabús, que se aproximó y se detuvo antes (le llegar, anunciando el final del convoy con su farola (le pupila verde.

Dijeron que hacia el sur la vía estaba bien; nada más que había que avanzar con precauciones, porque los federales podían venir en camino rumbo al norte. El primer tren se llenó de hombres que treparon como hormigas, y en el segundo, partimos diez minutos después; el último recibió órdenes de salir con cinco minutos de intervalo. Los caballos fueron amontonados en las jaulas, y los hombres íbamos amontonados como los caballos, en carros sin asientos. El nuestro tampoco tenía puertas, sino un boquete de cada lado, por los que pasaba gruñendo una cadena interminable de viento.

Íbamos a oscuras. A veces, alguno encendía un fósforo para fumar y nos veíamos unos a otros, sentados en el piso y con los sombreros echados sobre los ojos, o bien acostados en colchonetas, la cabeza de uno entre los pies de otro, y la luz se reflejaba en los pómulos y en la punta (le la nariz, como si los tuviéramos chapeados en bronce. A veces, también, en alguna curva, entraba por un boquete el rayo azulenco del faro que abría el camino al tren siguiente.

Sentado junto a una de las puertas, casi de frente a la otra, no pude dormir. Los golpes del viento, el diálogo de silbidos entre la locomotora que nos arrastraba y la del explorador que nos precedía, los choques (le las cadenas bajo el piso del carro y el chirrido (le las ruedas contra los rieles cuando se frotan en las curvas, me mantuvieron insomne. Se apagaron dentro del vagón los fulgores intermitentes del último cigarro, el fanal del tercer tren se fue retrasando y, borrachos por la monotonía (le los ruidos y (le los movimientos, los demás Colorados se quedaron dormidos. Seríamos veinte o veinticinco en aquel cajón rodante, pero en esos momentos me comprendía muy distante (le los demás, que roncaban, se quejaban en sueños, que se movían golpeándose con los vecinos. yo pensaba; pensaba en el olor del humo, en el sueño que tendrían las estrellas, pues cerraban los párpados, y que no podían dormirse porque bajo ellas iban pasando los trenes con ruidos (le cascada. Pensaba en las cosas y no pensaba en mí. Había perdido la noción de la propia existencia. Como si nada de todo aquello me afectara, como si en cuanto me fuera desagradable, yo pudiera abrir los ojos y disipar la pesadilla; como si bastara que yo dijera "nada más", para que un torbellino de luz se llevara trenes, llano, hombres, caballos, silbidos, frío. Me parecía vivir en uno (le esos momentos en que el dormido comprende que sueña y trata (le fijar la visión para recordarla al despertar.

Así, comencé a percibir el perfil de las montañas contra el cielo, que de azul negro se iba tornando en plomizo; después me pareció que tras esas montañas se incendiaba un gran pajar, porque fue ascendiendo un humo semitransparente que se volcó sobre la planicie. A través (le él, como de un cristal ahumado, se hicieron perceptibles, borrosamente, las cimas (le los montículos más altos, mientras en el plano y en los bajos relieves (le la tierra quedaba asentado aún el limo (le la sombra que había dejado la noche. Copas (le árboles, que parecían esferas sumergidas a medias en la tierra, crecieron, mostrando sus peanas. El cielo se fue aclarando, como si lo lavaran; montañas, cerros y (lunas que se habían encogido bajo la presión (le las tinieblas fueron hinchándose; emergieron (le nuevo las rocas hostiles pintadas (le verde por el musgo; la llanura se extendió como si se despezara; todo se fue agrandan(lo, expandiendo, alejando. Sin embargo, aún se veían las cosas como si lloviera, turbias a través (le sartales (le gotas (le agua. Hubiera pensado que estaba cayendo la lluvia, si no fuera por el polvo seco que la fuerza del aire me untaba en la cara. Repentinamente, entre el espinazo (le la montaña y la cortina gris del fondo, apareció una cáscara amarillenta. Diríase que era una llama que en vez (le ele varse venía brincando el pretil del mundo, como durante las crecientes de los ríos brincan las aguas el muro (le los presones.

Todavía el interior de nuestro cajón parecía conservar el humo de los cigarros, entretejido en una congelada nube azulenca. El cielo fue lavado (le nuevo, se disolvió el color plomo, se descargaron las nubes que parecían tender una cortina de agua y apareció un telón nítido del tono (le las rosas.

Algunos compañeros despertaron, quejándose a boca cerrada. Incorporándose a medias, vieron que yo tenía los ojos abiertos y me dijeron:

"Buena madrugada diste, Abasolo."

Yo contesté dejando caer la quijada y arrojando una bocanada (le aire, mientras sentía un zumbido dentro (le los oídos. Fue un bostezo que me pareció tan largo como la noche, porque cuando se extinguió, una estocada (le sol atravesaba el vagón (le parte a parte.

Federales

A media mañana, después (le un duelo (le aullidos entre las locomotoras, los tres trenes se detuvieron. La vía estaba tan recta que los humos (le las máquinas se confundieron en un solo penacho que el viento tendió en horizontal hacia el poniente. Sobre los rieles, nuestros carros y nuestras jaulas parecían vértebras (le un animal decapitado.

Brincamos a tierra y fuimos a ver nuestros caballos a través del enrejado de madera. Algunos, impacientes, coreaban en el piso alfombrado de estiércol y olfateaban hacia fuera con las narices gelatinosas oprimidas contra los barrotes, oteando el pasto; otros, acostados de lado y levantando nada más la cabeza, disfrutaban del descanso (le dejarse arrastrar, después (le los (lías que nos llevaron a cuestras bajo el sol y entre la arena. Nosotros conservábamos puestas las espuelas y la cuarta en la muñeca, listos para reanudar a lomo (le bestia.

Regresó nuestra locomotora, pero Marcos no. En el tren explorador iba rumbo a Ciudad Jiménez, ocho kilómetros más allá. En esa población debería (le encontrarse el primer destacamento (le tropas del Gobierno, pero no formado por individuos sin organización ni disciplina, como los (le Pancho Villa, sino con soldados de línea -lla mados los "pelones" a causa de la práctica de raparles la cabeza- dirigidos por oficiales enseñados a hacer la guerra como un arte. Y los soldados nuestros les recelaban, aunque no les temieran, por la forma en que aquéllos sabían moverse en el campo durante los combates.

-Nosotros -me decía Aguirre- nada más sabemos atrincherarnos detrás (le un cerro y "venadear" a los enemigos que vengan subiendo, o bien, echárnosles encima a carrera abierta. Ellos, no; avanzan, se van para un lado, se van para otro, se acuestan, se levantan, y todo eso recibiendo órdenes a toque (le corneta. Cuando los que están más cerca (le nosotros retroceden, no hay que irse tras ellos así nomás, que a lo mejor está otra línea más espesa tendida (le barriga detrás (le aquélla, para recibirnos a tiros. Y luego, sus ametralladoras, sus cañones...

En todos los demás Colorados se comprendía el mismo espíritu de inferioridad. Entre un soldado federal y uno "colorado", la ventaja física parecía estar de nuestra parte. Hombres jóvenes, grandes y fuertes, que iban a la guerra voluntariamente, contra hombres pequeños, débiles, a quienes agobia el peso (le las mochilas, sacados de las prisiones para servir en el ejército o tomados (le leva en las poblaciones indígenas. Tiradores expertos, caza(lores (le venados, contra individuos que no han usado sino el cuchillo como medio (le defensa y (le ataque, mal adiestrados en el uso del pesado máuser que les lastima el hombro con su patada. Pero en grandes masas, cuando en un combate se ve a los "pelones" avanzar asentando el paso como si no oyeran el detonar (le la fusilería ni vieran abrirse huecos en sus filas...

-Le sudan a uno las manos, teniente Abasolo, y hay que frotárselas con tierra para que no resbale la carabina.

¡Los federales! Recuerdo haberlos visto desfilar antes de la primera revolución, antes de la sorpresa de su primera derrota; sus uniformes de paño azul franjeado (le carmesí; sus mochilas de

correas negras y paños blancos, sus chacós de charol reluciente adornados con una roja granada de estambre, y, sobre todo, sus armas, aquellas armas todas iguales que se elevaban, se inclinaban o caían sobre el suelo, siempre a un tiempo; sus bayonetas planas y relucientes reflejando los rayos del sol en una misma altura y una misma dirección, y sus gruesos zapatones, con los que iban dando golpes (le martillo en el empedrado desigual de las calles.

Contra ellos íbamos a pelear con nuestros soldados, vestidos unos de azul desteñido en mezclilla, otros de amarillo sucio en caqui, los más, (le trapos de color indefinible, provistos de armas diferentes, unas largas, otras cortas, viejas carabinas Wíncester amarradas con alambre en la culata rajada, rifles Máuser desechados por el ejército, raspados como suela de zapato. Había que darles órdenes a gritos, porque no entendían los toques de corneta y podían equivocarse en lo que debían hacer. Por último, si todos eran hábiles en el tiro de fusil, no había nadie que supiera manejar una ametralladora.

Aguirre y yo habíamos dejado atrás la locomotora y avanzábamos a pasos irregulares sobre los listones de madera. Era casi mediodía y el calor parecía descender en láminas que se iban aplastando en la tierra seca. Frente a nosotros, todo estaba inmóvil, todo callado; el tren en que se fue Marcos debía (le encontrarse muy distante, quizá hubiera llegado ya a la población y se hubiera detenido ahí. Sobre nuestras cabezas, un gavián se deslizaba por las capas del aire con las alas inmóviles, indolentes, como adormecido por el bochorno. La vía avanzaba en línea recta en medio (le una valla (le postes. La ciudad estaba oculta; solamente veíamos muchos árboles.

De entre ellos, uno más oscuro se fue levantando. Era de color plomo, mientras los otros eran verdes. Era humo.

Ahí viene.

-Se me hace que no encontró a nadie.

Lo tuvimos sujeto a nuestra mirada mientras se acercaba. En el fondo negruzco de la humareda vimos ascender chorros blancos como de agua y después, segundos después, nos llegaba la voz de la máquina, gritos largos, gritos cortos.

-Mi coronel -habló tras (le nosotros el maquinista-, dicen que avancemos con cuidado.

Otra vez al tren y otra vez en marcha; la otra locomotora volvió a alejarse, silbando (le rato en rato como si nos llamara. Nosotros veíamos la planicie desfilar, con las franjas verdes del chaparral en el uniforme grisáceo (le la tierra, ante el ojo cuadrado, siempre abierto, (le nuestro vagón. Y cuando el tren parecía irse cansando pasó frente a nosotros una pared muy larga con su cornisa (le ladrillo rojo; tras ella, una casa sucia (le humo con ocho bocas en semicírculo: la casa donde duermen las locomotoras. Luego vimos el tren explorador que se había acostado en una vía paralela a la nuestra y la estación. Marcos, con las piernas abiertas y los brazos cruzados, nos esperaba.

-Se fueron -nos platicó-. Eran nada más que ciento treinta, al mando (le un mayor y dos capitanes; hoy por la mañana, salieron a pie.

-¿Al sur, mi general? -interrogó Aguirre.

-Parece que no; el camino es muy largo y no hay poblaciones ni agua en más (le doscientos kilómetros. Yo creo que quieren ver si pueden llegar a Parral, rumbo al suroeste.

-Es que ahí no había otra guarnición federal; no podrían recibir refuerzos y nosotros los alcanzaríamos fácilmente.

-Eso trataremos de hacer hoy mismo. Que vaya Armendáriz, que no ha peleado todavía.

Viene en el tercer tren, mi general.

-Mientras llega, todos los demás a tierra. Aquí vamos a acantonarnos unos (lías, esperando órdenes del general Orozco.

-¡A tierra todos! Bajen los caballos, ensillen y alinéense...

(Los federales lo hubieran hecho con sólo oír unas notas de clarín que nosotros no entenderíamos.)

-¿Muchos (lías vamos a estar aquí, Marcos?

-Parece que sí. Acabo (le comunicarme con el general Orozco por telégrafo. Dice que en estos (lías ha salido (le Torreón para acá una columna federal; que viene a tomar el mando (le nosotros el general Emilio P. Campa y que lo esperemos porque traerá más gente, otros mil hombres cuando menos. Ya con éstos podemos salir a encontrar a los "pelones".

-¿Dos mil (le nosotros combatiendo a los federales? Va a ser ésa una gran batalla...

-Sobre todo si la ganamos.

Mezquital

Vaya con el coronel Armendáriz para que aprenda a pelear contra los federales -me dijo Marcos. Y casi sin descansar salimos de la población a media tarde, rumbo al poniente, dejándonos guiar por el sol que nos tenía anzueledos de los ojos. Los caballos tenían ganas de correr y nosotros de caminar sin chirridos de ruedas, sin voltear de cadenas, al galope por el llano que creíamos más nuestro cuando lo sentíamos deslizar bajo las herraduras, que cuando pasaba indiferente por los costados del tren que lo cortaba en (los con su doble estela (le acero.

En poco tiempo la población pudo perdernos (le vista. El último en vernos desfilar fue un molino de altos muros; frente a él, un largo terraplén cargado con la vía férrea y un camino (le curvas inútiles, como pasos mal dados, se abrieron en i griega; ambos partían (le un mismo lugar, pero prefería cada uno su propia ruta para cruzar el llano, un extenso plan donde eran cada vez más altos los mezquites, tan altos, que llegaron a hacerse señales con sus ramas más arriba (le nuestras cabezas, más arriba (le nuestros sombreros. Y parecía que no habían presencia(lo antes el espectáculo (le la cabalgata, porque se aglomeraban a los lados del camino, oponiéndonos como un alambrado espinoso con sus ramas entrecruzadas.

La columna tuvo que adelgazarse a dos hombres. En las curvas del camino, si volvíamos la mirada hacia atrás, nos era imposible percibir a través de la cortina verde el movimiento que los nuestros venían haciendo a la retaguardia. Y todos quedamos como sitiados en aquel matorral.

-Si nos balearan aquí nos llevaba el diablo -me dijo Armendáriz, porque no tendríamos ni para donde correr. Pero los "pelones" hacen la guerra (le otro modo. Ésa es nuestra fortuna.

-Ellos son ciento treinta y nosotros el doble -afirmé fanfarrón.

-Te (ligo que nos harían pedacitos. Y todavía en otra parte menos difícil que ésta vamos a sudar antes (le echarles la mano encima. Si crees que venimos nada más que a pasearnos, puedes devolverte, porque aquí va haber una granizada de esas que pelan los árboles.

-Si hubiera querido volverme lo hubiera hecho antes...

Se apagó la conversación. No tuvimos más que decir sino mucho rato después, cuando habíamos dado muchas vueltas por el camino, como barrena que taladrara en horizontal la corteza (le la tierra. Los (los a un tiempo:

Aburre el mezquital...

Era cierto. Vagar por un llano donde la mirada abarca hasta los pretiles (le la tierra, barriendo la planicie y escudriñando en los cerros, hacia delante, hacia atrás; caminar por donde toda la superficie es un cruce (le rutas, donde los caballos pueden galopar libremente como cuando eran indómitos, plano en el que se vería acercar un enemigo mucho tiempo antes (le que pudiera llegar a saludarnos una bala prófuga (le su rifle, eso está bien. Si (los ejércitos contrarios se encuentran,

pueden medirse antes de luchar, colocarse y comenzar a batirse cuando hayan terminado sus dispositivos.

Pero en aquella aglomeración de troncos duros y de ramas espinosas, atravesada solamente por un canal para hombres abierto a filo de hacha, mezquital en el que no es posible lanzar la mirada libre sino hacia arriba para ver un chorro de cielo y donde los caballos no pueden correr sino para adelante, sin saber a qué sorpresa va a llevarlos la cicatriz que tiene la tierra; lugar al que una bala puede llegar sin que se sepa qué tubo (le acero la ha escupido y donde no sabríamos hacia qué rumbo apuntar si repentinamente quedáramos en el centro (le una tromba (le disparos; eso no era lo mismo.

-Coronel, ¿no opina usted que debemos enviar una avanzada?

-Tienes razón, muchacho; que vaya.

Seis hombres salieron por delante.

-Si encuentran novedad -les dijo Armendáriz, cuando menos uno se devuelve a avisarnos lo que haya.

Y en un minuto (le galope se los tragó el bosque por la misma garganta en que nosotros nos íbamos deslizando.

Mucho rato después vimos a uno (le nuestros jinetes detenido a la mitad del camino, junto a un viejo campesino que iba a pie arreando a un puerco que llevaba amarrado (le una pata.

-¿Qué hay, viejito? ¿Qué anda haciendo por aquí?

-Pues, señor, voy a vender este marranito.

-¿A quién has visto pasar por ese camino?

A los (le la Federación, señor.

-¿A qué horas?

-Tempranito...

-¿Hasta dónde crees que pueden llegar hoy?

-Han de ir a Santa Cruz de Neira, aquí nomás, antes de llegar al río...

Lo dejamos atrás. Así como nos vio pasar, sus ojos grises habían presenciado la marcha de los soldados federales, a pie por el camino, de cuatro en fondo, inclinados sus pechos bajo la pesada mochila y sudorosa la frente bajo el cincho (le cuero del chacó. Ellos lo dejaron continuar el viaje con su marrano atado (le una pata; nosotros debíamos (le portarnos (le la misma manera, mas no sé si eso fue lo que pensaron los jinetes que venían tras (le mí en el surco. (Y al regreso se me olvidó preguntar si había llegado un anciano a vender un cerdo.)

Encontramos un abra, un círculo pedregoso donde sólo crecían unas cuantas hebras de pasto seco. Ahí descansó toda la columna, mientras la tierra parecía ir vaporizando sombra.

Alguien que conozca el rumbo, ¿a qué tiempo estamos de Santa Cruz (le Neira?

-Como a dos horas -respondió una voz lejana después (le un vaivén (le silencio.

-Entonces -ordenó Armendáriz- acuéstense un rato hasta las diez. Así -me dijo- les caemos a la medianoche, cuando estén cansados y dormidos como piedras.

Confiadamente acampamos. El claro del bosque era como un charco que se hubiera secado rodeado de malezas. Atados los caballos a los troncos más gruesos, los hombres se dispersaron. Otra vez nos sitió la noche, el viento pasó sobre nosotros peinándose en el mezquital, y chirridos (le grillos estuvieron aserrando en el rumor (le las frondas, misterio (le ramas desgarradas al paso de fieras vagabundas, (le aleteos (le chanates en parvada, (le ladridos lejanos, (le coceo impaciente (le nuestros caballos. La luna estaba dormida aún y su sueño mantenía sucia a la tierra con la tinta (le las tinieblas.

Sintiéndonos protegidos por la sombra nos abandonamos a la indolencia que goteaba (le las estrellas. Ningún centinela se adelantó por el camino en previsión (le un ataque. Nadie partió a escudriñar en el matorral. La idea (le que "el federal no combate así" nos protegía y nos dejaba laxos.

-Mi coronel, ya van a ser las diez.

-Descansaremos otro ratito... A las diez y media dé órdenes (le ensillar, montar y emprender la marcha.

Un péndulo de viento estuvo balanceándose otra media hora sobre nuestros cuerpos recostados en la tierra.

Cruz (le Neira

Al reanudar la marcha nos encontramos con que la hostilidad del monte se iba desvaneciendo; era como si el frío (le las estrellas lo hubiera diluido. Los mezquites se encogían y se dispersaban; ya podíamos ver sobre ellos, ya podíamos cabalgar entre ellos sin necesidad (le ir enfundados en un camino (le metro y medio (le ancho. A veces pasábamos al lado (le planos donde no había un solo arbusto; eran parcelas (le las que emanaba el olor tibio (le la hoja (le maíz. Luego, árboles muy altos, dormidos en una sola pata, como las gallinas, roncaban muy levemente a nuestro paso. Todos íbamos cautelosos, con más temor que del enemigo de la orden dicha a cada uno al salir del abra:

Al que haga un ruido que nos descubra, se lo devuelvo con la pistola. Hay que acercarse al pueblo lo más posible, extendernos alrededor y luego, a una señal de tres disparos seguidos, entrar todos por las callejuelas echando tiros aunque no veamos a nadie.

Más tarde, en el camino, Armendáriz agregó:

-Nos juntamos frente a la iglesia. Después salimos por distintos rumbos, aunque sin alejarnos mucho, para poder capturar a los "pelones" que hayan salido a pie.

Todo parecía previsto; al amanecer ya podíamos acostarnos a dormir un rato, dejando unos cuantos centinelas para que vigilaran a los prisioneros, encerrados en algún lugar seguro, quizá la iglesia misma. Y antes del medio(lía emprenderíamos el regreso para (lar parte a Marcos antes de que se acostara.

Así, creyendo interpretar el porvenir por medio de los matices del silencio, avanzamos distrayéndonos con las sombras del paisaje nocturno. Todavía no se veían señales del pueblo próximo: ni masas (le árboles ni la imprescindible torre (le la iglesia; tampoco nos ladraban los perros.

Repentinamente, como codornices que huyeran (le su lecho (le pasto espantadas por el redoble (le la cabalgata, se levantaron del matorral tres gritos, uno tras otro, vibraciones (le una misma voz.

-¡Quién vive! ¡Quién vive! ¡Quién vive!

Y sin esperar respuestas, una bala aleteó en las capas superiores (le la sombra. Algún centinela, apostado a distancia (le precaución, nos había descubierto antes que nosotros a él; había lanzado los gritos (le reglamento y el disparo. La sorpresa había sido, pues, para nosotros.

-¡Que me trague el infierno!

-¡Allá va, mi coronel, uno que corre!

A galope fuimos tras él: una chusma lo cercó y lo tendió a tiros. Demasiado tarde. Un canto (le clarín nos indicaba a punto cierto dónde estaban los federales. Y a gritos, Armendáriz dio sus órdenes:

¡Dispérsense! ¡Vamos a darles trancazos por todos la(los! ¡Arriba los Colorados!

Nos esparcimos por el plan, como un haz (le leños cuan(lo se rompen las ligaduras que le ataban, acercándonos al pueblo por varios rumbos, buscando algún vallado (le piedras, alguna quebrada del terreno, alguna casucha en ruinas, árboles, pedruscos. Dejamos la caballada atrás a cargo (le unos cuantos hombres, y una vez que cada uno encontró su trinchera comenzamos a disparar.

Y (le lejos, entre toques de corneta, los federales lanzaron sus balas a cruzarse con las nuestras, mas su fuego no era una granizada como la que producíamos, sino un oleaje: era un momento (le silencio, luego una detonación continuada, como la rodada de un carro sobre un pedregal; después otro intervalo y otra ráfaga. Principiaron a caer sobre los hombros hojas de árbol y a los que se habían parapetado tras (le piedras, riscos violentos les arañaban la cara. Los federales estaban tirando a pegar.

Ahí sí pude ver la claridad de los disparos: los soldados estaban seguramente alineados detrás (le los pretilos de la iglesia y de las casas, o rodilla en tierra tras las esquinas, o tendidos de barriga a la entrada de las callejuelas: posiciones (le soldado (le plomo, las tres. Así era como yo me había imaginado las batallas y me sentí tranquilo. ¡Cuántas veces, desde años atrás, cuando quizá muchos (le los demás Colorados, mis compañeros, aún no manejaban el rifle, yo había jugado aquel juego! Rodaba puñados (le munición para derribar los muñecos, los levantaba y (le nuevo los hacía caer, hasta que, cansado, los echaba a todos en una caja (le cartón. La guerra se reducía, pues, a echar munición, levantar a los que cayeran, y nada más. (Hasta que nos arrojaran a nosotros también a la caja.)

Me senté en cuclillas detrás del tronco (le un árbol y disparé muchas veces mi carabina hacia adelante, hacia donde veía resplandores instantáneos, como (le cerillas. Meticé el acto hasta poder pensar en otra cosa: en que, a partir del mediodía, no había tomado sino pinole con agua. Tenía hambre, tenía sed. Tomé agua de mi can timplora. Tenía sueño. Algún disparo lo hice mientras estiraba la piel (le mis carrillos en un bostezo apretado como el mezquital que atravesamos al mediodía. A veces, a los lados, percibía sobre el suelo algo como el correr (le una rata; en otras, tronaban las ramas del árbol sobre mi cabeza. ¡Munición! Aquello se iba prolongando mucho: el cañón de mi carabina estaba tibio y olía parecido al trapo quemado. Una vez más mi boca hizo elipse en un bostezo. "¡Qué ocurrencia de hacer estas cosas a la medianoche! Si no fuera por ese ruidero, yo..."

-¡Arriba los Colorados! ¡Adelante, muchachos! ¡Ya están aflojando, y hay que remachárselas!

Algunos (le los compañeros pasaron cerca (le mí a la carrera con dirección al poblado. Yo no me levanté: estaba muy cansado para correr ni para adelante ni para atrás si se hubiera ofrecido. `Allá los alcanzo cuando pueda ir andando." Lo que pude hacer en su ayuda fue no disparar más mi carabina. ¡En qué forma había arreciado el tiroteo! Era como si estuvieran triturando huesos en un molino (le manubrio volteado a toda prisa. A cada grito (le corneta contestábamos con un alarido:

-¡Arriba los Colorados!

El ruido parecía que no iba a terminar nunca, tan fuerte como era. Pero, a poco rato, nuestros

gritos fueron durmiéndose y los clarines no. Comenzó a deshacerse la sombra en el aire, el cielo se puso pardo y apareció entre él y yo el perfil del pueblo: un campanario que parecía salir (le entre los árboles y las líneas horizontales de las casas. Agazapándose, volvieron a pasar junto a mí, ahora en sentido contrario, los Colorados que yo había visto avanzar en dirección al pueblo. Yo me quedé tras de mi árbol, sentado en cuclillas.

Cesó el tiroteo completamente. Amaneció. Vi movimiento de cabezas en la torre y sobre las casas. A mis lados no había nadie. Atrás, sí, a mucha distancia, adonde no podían llegar balas lanzadas desde la iglesia, mis compañeros se reunían tirando de sus caballos. Y a juntarme con ellos fui, agazapándome como había visto caminar a los que se retiraron antes. Paso a paso, sin correr, porque no podía con mi cansancio.

-Muy bien, teniente Abasolo. Es usted el último que se retira.

-¿Qué pasa?

-No pudimos sorprender al enemigo, y ahora vamos a sitiarse. No teniendo él caballos, ni pensar que intente una salida: vamos, pues, a buscar posiciones desde las cuales podamos estarlo hostilizando. Y si no lo vencemos en el día, por la noche intentaremos un nuevo asalto, entrando esta vez todos por un mismo lado.

-Mi coronel -informó alguien-, nos trajimos ocho heridos y faltan cinco muchachos que parece se quedaron allá, muertos.

-¿Algún herido está grave?

-No, señor, todos son de pellejo.

De nuevo sentí hambre. Si hubiera encontrado en aquel momento al viejo que iba arreando al puerco... Ni esperanza había (le que consiguiéramos para comer algo más que nuestro endulzado polvo (le maíz. Menos mal que un río pasaba cerca, a un kilómetro del otro lado del pueblo. Y que un jinete partió cargado con nuestras cantimploras vacías, para traérnoslas llenas.

Armendáriz señaló las posiciones: una arboleda a la orilla del río, unas huertas, una joroba (le la tierra. Cincuenta hombres deberían permanecer junto a los caba líos, listos para defenderlos si los federales salían para quererlos tomar. No se me ocurrió solicitar de Armendáriz que me enviara a formar parte de esa reserva, y me pasé la mañana, ebrio (le sueño, arrancando fruta verde (le los árboles de una huerta. Horas y horas, los nuestros estuvieron cambiándose balas con los federales, mas ya no descargas en torrente, sino disparos aislados, enviados a buscar determinado bulto que habían visto moviéndose por las azoteas. Del grupo en que yo estaba, cinco salieron heridos (le la cabeza, y como no había con qué vendarlos, les quitábamos la camisa y se las amarrábamos después (le ponerles una plasta (le tierra muy menuda, para que se les secase la sangre.

Teníamos órdenes de no malgastar el parque, tirando únicamente cuando viéramos un soldado; pero a falta de otra cosa que hacer, tirábamos contra la torre, contra las copas (le los árboles. Yo envié diez o doce balas al pretil (le la iglesia, que asomaba sobre la trinchera verde (le los álamos; pero me fastidié (le no saber a dónde habían ido a situarse. Temblores (le balazos arreciaban (le

vez en cuando en otros lados: era que los nuestros intentaban avanzar a otra posición más próxima a los enemigos. Armendáriz daba vuelta y vuelta al pueblo en su caballo. Sería media jornada (le sol, cuando me quedé dormido bajo una higuera.

Mi sueño no pudo variar en nada el curso (le la lucha. Toda la tarde continuó la palabrería insultante (le los disparos molestándonos, cansándonos en vez (le excitarnos contra aquel grupo más pequeño que el nuestro y que, sin embargo, no lográbamos abatir. Al caer el sol, sus largos proyectiles luminosos venían a herirnos clavándose en nuestros ojos, mientras los pequeños y acerados de los federales pasaban más alto, haciendo ruido (le pájaros entre el ramaje. Y otra vez, las láminas (le plomo (le la noche se fueron superponiendo.

Una orden de Armendáriz llegó hasta la huerta: la mitad de los hombres que hubiera en cada posición debía reconcentrarse en la retaguardia, en tanto que la otra mitad permanecería donde estaba, para hacer fuego únicamente en el caso de que los federales sitiados intentaran salir del pueblo.

Nos reunimos en el matorral donde la noche antes había caído muerto el centinela; todavía vi su cuerpo, con los brazos abiertos y las piernas unidas en una sola banda larga; parecía un tronco (le árbol con la cruz (le dos ramas muertas derribado en la tierra. Atrás (le nosotros, en el pueblo y en la circunferencia que formaban los Colorados sitiadores, había un silencio de bosque dormido; pero en las huertas, en los caminos, en las callejuelas, sobre los techos (le las casas y bajo los arcos (le la torre, todos velaban. La misma tranquilidad envolvía una imprecisa amenaza, la que se reconcentraba en Armendáriz e irradiaba hacia nosotros. La voz del coronel había enronquecido.

-Prepárense a atacar -ordenó-. Yo voy a guiarlos por un camino que estudié esta tarde. Pie a tierra, todos avanzaremos silenciosamente hasta que nos descubran; entonces nos vamos a la carrera y disparando para todos lados. Nadie se detenga ni se devuelva.

No aparecía aún la luna, y del ojo al suelo no se veía. Caminamos unos tras otros dando traspies, con la carabina acostada en las (los manos. Hundimos los pies en la tierra recién revuelta por el arado, luego fuimos dan(lo puntapiés a piedras (le filosas aristas, arañándonos las piernas en las espinas del monte. La pequeña columna se encañonó por los cercados paralelos de dos huertas y pasó entre grupos de sitiadores apostados entre los árboles. Sólo los grillos chirriadores parecían estar de centinelas, porque hasta el viento se había dormido.

Pero no fue de ellos un grito de "¡Quién vive!" Ni una explosión que tras él salió al encuentro. Era el instante de comenzar a calentar nuestras armas con la pólvora de los cartuchos y allá fueron, a voltear por el aire, las balas zumbonas de los 30-30. Iban hacia arriba por temor a tocar a los Colorados que marchaban delante. En cambio, los proyectiles encamisados de acero, de los máuseres, caían sobre nosotros como un tropel (le caballos cerriles, azuza(los por el continuo vibrar (le latón (le las trompetas.

¡Adentro los Colorados!

Sin ver más que el palpitar (le los estallidos, corrimos hacia delante. Se fue estrechando la garganta que nos tragaba; altas paredes formaban un canal a la avalancha (le hombres y a ellas nos

restregábamos, uno tras otro, levantando las carabinas para rastrillar a tiros los pretiles; a veces, tropezábamos o poníamos el pie sobre cuerpos caídos; en otras, los zapatos resbalaban sobre la piedra embadurnada como con brochazos (le aceite. En una ocasión tropecé, dejé caer el wíchester y puse las manos en una cosa parecida a miel, espesa y caliente. Tuve que frotármelas en el pantalón y secármelas con tierra para recoger mi carabina y seguir disparando. Mientras tanto, contrariando las órdenes, otros Colorados se habían detenido recargados en las paredes, con la rodilla en tierra, dispersaban balas a toda prisa. Los ojos, excitados por el olor acre (le la pólvora, comenzaron a distinguir los perfiles (le las cosas; frente a nosotros estaba la torre; habíamos llegado a la orilla (le un claro, como un abra cua drada en un bosquecillo de casas. Algunos de los nuestros atravesaron la plazoleta a la carrera y poco después se oyó como el redoble de un tambor muy grande; a culatazos, tres Colorados querían abrir la puerta que daba entrada a la torre. Pero no siguieron golpeando y no los vimos regresar.

Oí tiros sobre mi cabeza; (le la azotea (le la casa en la que me encontraba apoyado, disparaban hacia el lado (le enfrente. Quizá dentro (le pocos momentos, (le la otra casa tirarían para donde yo estaba. Muchos compañeros pasaron frente a mí, corriendo hacia las afueras del pueblo.

Vámonos, están muy duros estos "pelones"...

¡Qué rabia! Nos habían detenido otra vez...; no me levanté hasta encender todos los cartuchos que había metido en la carabina. Y me dieron ganas (le aventarla para arriba, como un garrote que no sirve sino para golpear. De arriba abajo, el chorro de disparos no adelgazaba: nos fue siguiendo hasta que llegamos otra vez a las huertas y dimos un brinco sobre las piedras redondas del cercado. Ya había muchos dentro (le las huertas lanzando ahora insultos en vez (le balas; y cuando salió la luna, nos reunimos en la retaguardia.

-Se nos han puesto difíciles los "juanes" -rugió Armendáriz a través de los dientes apretados-. Nos ha costado como treinta hombres el asalto (le esta noche y no hemos ganado terreno. Necesito uno que vaya a mataballo hasta el general Ruiz y le (liga que si nos puede ayudar mañana mismo. Uno que le explique por qué no hemos podido acabar con este negocio.

-Mi coronel, si usted desea, yo iré -ofreció una voz (le trás (le mí.

-¿Quién es?

-Roque... Roque Arteaga.

Anda, pues..., pero no te vayas a quedar en el camino...

Se fue, y nosotros nos quedamos sentados en el suelo, contemplando la silueta del pueblo, nuevamente silencioso, al reflejo azulenco de la luna.

-No hay que dejarlos descansar-ordenó Armendáriz-; váyanse todos a los puestos que tenían en la tarde y tiren toda la noche, al fin que mañana será otro (lía.

Así pasamos la noche, inclinando la cabeza sobre la culata de la carabina, apoyando el cañón en la rama (le un árbol y esperando ver la luciérnaga de un disparo para apuntar al rumbo y contestar con

otro.

Otra vez llegaron el alba y el sol, y el sueño. Los federales tampoco habían dejado (le hacer fuego durante la noche, como para saber si todavía estábamos decididos a quedarnos ahí.

Armendáriz pasó junto a nosotros.

-No se apuren, muchachos, que hoy acabamos con este asuntito. No debe tardar el refuerzo y entonces en cinco minutos ponemos fin a la discusión.

Se fijó en mí.

-¿Estás herido?

-¿Por qué lo imagina?

-Tienes los pantalones sucios y las manos costrudas (le sangre.

En un principio no recordé mi caída en las calles del pueblo. Me palpé las piernas, pero no sentí dolor alguno. Luego, comprendí.

-No fui yo, mi coronel; esta sangre es (le otro.

-Pues tuviste suerte, porque pudo ser que el otro estuviera sucio con sangre tuya...

Otra hora, y otra más después (le que salió el sol. Habíamos seguido cambiando, con desgano, nuestras balas por las contrarias, indolentes, fastidiados. La jornada (le la víspera debía repetirse, y quizá mañana por tercera vez. Nadie hablaba; el mismo Armendáriz, viéndonos silenciosos, pasaba (le largo sin atreverse a decirnos algunas palabras (le ánimo que nos hubieran sonado a insulto. Hasta que, poco antes del mediodía, oímos un grito largo que parecía venir (le muy lejos, algo como un mugido, pero menos animal, más mecánico; menos modulado, más uniforme. Armendáriz, que estaba sentado en el suelo, en una sombra (le manzano silvestre, dio un brinco para caer sobre la silla del caballo.

Nos levantó a todos con un ademán y echamos carrera tras él. El mugido se iba acercando, se metalizaba cada vez más: era una locomotora que venía rodando sobre la vía.

A tres kilómetros del pueblo estaba una estación (le ferrocarril, una casa de cal y canto con un rótulo que decía "Baca". No había restos (le madera en las puertas, ni en las ventanas, sino huecos nada más, y unas pinceladas (le humo en rayos hacia arriba. Allí, junto a la casa en ruinas, nos aglomeramos a ver acercarse, al compás (le campanadas lentas, el tren que traía los refuerzos solicitados (le Marcos.

Pasó la máquina frente a nosotros; desde sus pequeñas ventanillas, dos hombres (le traje azul, sucios (le aceite, nos hicieron saludos con las manos enguantadas. Después fueron desfilando carros vacíos, uno tras otro, como jacales encadenados, tan despacio, que por las puertas abiertas podíamos ver, primero hacia el fondo, luego hacia el frente, que no había nadie ni nada: ni un hombre, ni una

caja (le parque, ni un arma. Pasaron cinco, seis, ocho carros frente a nosotros, como si el maquinista quisiera mostrarnos todo el vacío de su tren; y sólo lo detuvo, cuidadosamente, sin hacer rechinar mucho los frenos al frotar las ruedas, cuando la parte posterior del último carro quedó frente a Armendáriz, inmovilizado por la sorpresa.

Sobre las tablas mal unidas del vagón final, había unas cuantas palabras escritas en yeso; todos las leímos, pero nadie se atrevió a pronunciarlas. Ahí estaban las letras claramente trazadas por el antiguo maestro (le escuela en Ciudad Guerrero, diciendo una orden concisa, que era un reproche al mismo tiempo.

Yeso sobre tablas, hablaba así: "Regresen inmediatamente en este tren con los federales que hayan quedado vivos". Abajo, una línea horizontal que se ensancha (le derecha a izquierda: la rúbrica de Marcos Ruiz. No hubo necesidad (le la firma, ni (le iniciales, ni la había (le la rúbrica siquiera; todos conocimos al jefe, que parecía emerger (le la mancha blanca (le la escritura.

-Muy bien -murmuró Armendáriz, y dirigiéndose a un oficial-; dile al maquinista que ahorita venimos.

Lo vimos montar sobre su caballo, y montamos; lo vimos revisar su pistola y su rifle, completando las cargas, y cargamos los nuestros; lo vimos emprender el galope rumbo al pueblo, y galopamos tras él. No dio orden alguna, pero todos comprendimos que aquélla era la marcha definitiva. Teníamos que regresar al tren, los que quedáramos vivos (le nosotros, con los federales que quedaran en pie.

Galopamos por el llano envueltos en la capa blanca (le nuestra polvareda. Nos acercábamos al pueblo (le Santa Cruz de Neira, que nos miraba con el ojo único de su torre. Al vernos acercar, nuestros compañeros, los que habían esperado en las posiciones de sitio nuestro regreso con los refuerzos, dejaron partir, como asustadas, las balas que tenían calentando en las carabinas.

Nosotros estábamos lejos del pueblo todavía, a un kilómetro quizá, pero sentimos ya esa corrosión interior (le un principio (le combate. íbamos listos a terminar (le una vez; a no retroceder, sino a dominar; debíamos arrojar al suelo, para que la remolieran las patas (le nuestros caballos, la sensación (le inferioridad ante el soldado federal, que era la que nos había mantenido agobiados y temerosos.

La distancia se acortó, se dividió en (los. Ya podía llegar hasta nosotros el vuelo (le un proyectil, mas llegó solamente una frase pronunciada por el clarín, unas palabras modula(las por la garganta (le latón, que nosotros no entendimos, una tonada que no habíamos oído nunca. Y notamos que nuestros Colorados sitiadores suspendían el fuego.

Armendáriz levantó la diestra y todos nuestros jinetes se detuvieron. Él se adelantó, seguido por cuatro o cinco oficiales. Llegábamos a trescientos metros de la iglesia cuando vimos, atravesando una cortina (le árboles, a un hombre que llevaba un jirón (le tela blanquecina levanta(lo sobre su cabeza. Nos acercamos a él; lo primero que se distinguió (le su cara fueron los largos bigotes (le guías horizontales; su uniforme, (le dril color (le tierra, y su quepis azul oscuro franjeado (le oro, nos anunciaron al jefe (le los federales. En su espada, mantenida en vertical, llevaba ensartado un

trapo de forma rara, quizá un paño (le sol.

Dijo:

-Soy el mayor Adolfo Ramírez, jefe (le esta columna. En vista (le la fatiga de mis soldados y la carencia (le parque, vengo a capitular, comprendiendo que nos es imposible resistir por más tiempo, sobre todo ahora que ustedes acaban de recibir refuerzos. Solicito únicamente que se respete la vida de mis soldados.

Y la (le usted también, mayor -respondió Armendáriz amablemente-; admiramos a usted y a sus soldados por la resistencia que nos han hecho, y declaramos que su rendición no puede ser motivo (le afrenta.

Se pusieron (le acuerdo: los federales debían salir (le cuatro en línea, entregar sus rifles y parque y marchar rumbo a la estación de ferrocarril a ocupar los techos (le los vagones del tren en espera. Así lo hicieron. Fueron pasando frente a nosotros, (le cuatro en cuatro, hombres pequeños, (le rostros oscuros enmascarados de tierra, (le ojos opacos, (le bocas secas, (le manos costrudas como troncos. Colocaban sus rifles en tierra, arrojaban despectivamente las cartucheras casi vacías y se alejaban como habían venido, de cuatro en fondo, sumergiéndose en el polvo que, como paño (le sol, flotaba tras otra fila (le hombres. Ni siquiera volvían los ojos para mirarnos; estoy seguro (le que no nos contaron. Iban indiferentes, marcando el paso como en un desfile.

Y al ver pasar los últimos cuatro hombres, (le ciento veinte, todos mudos, todos impávidos, cuando el mayor Ramírez dijo a nuestro jefe: "Estoy a sus órdenes", y aquél contestó: "Vámonos"; cuando seguimos, al paso de nuestros caballos, su marcha recta y uniforme, comprendimos que no los habíamos vencido; que nuestra rivalidad quedaba en pie; más vigorizada, más profunda.

No podíamos quedar satisfechos (le haber recogido sus armas aceptando su capitulación; no éramos nosotros quienes habíamos decidido la lucha, sino unos silbidos de vapor, una locomotora que llegó, un tren vacío.

Divagando

En una hora de la tarde atravesamos nuevamente el mezquital, ahora perforado por la negra barrena resoplante de la locomotora. Era el mismo mezquital, compacto, invasor, que llegaba hasta los bordes inclinados del terraplén para tocar con sus ramas los discos rodantes y las tablas de los carros. Y al pasar a la carrera ante nuestra puerta, el mezquite me fascinó, me atrajo hacia él, me hizo completamente suyo.

Lo había creído agresivo y es humilde. Es un arbusto del campo; nadie lo planta, nadie lo cuida; lo mismo asoma en el arenal que en las arrugas del basalto, donde los vientos han dejado una costra de tierra. Parece no tener sed ni hambre, pues crece donde nunca llueve y donde el suelo es estéril; vive (le la luz, vive del viento, corre por el llano, sube por los flancos (le los cerros, asoma curioso en la corona (le los cantiles y se vuelca locamente por los precipicios. A veces es un solo tronco, grueso como un muslo; en otras son cien ramas que salen en todas direcciones (le un mismo hoyo en la tierra, sin cuidarse (le ser rectos, despreocupados, versátiles. Los troncos y las ramas son siempre chuecos porque un (lía quieren crecer para un lado y otro (lía para otro. No les interesa elevarse; en ocasiones, troncos gruesos como una pierna de hombre se arrastran por el suelo y abanicos de ramas trazan un arco verde como un pompón. Tiene una hoja pequeñita como el blanco de la uña, y cien de ellas salen de una varita alargada como una aguja. Tiene también espinas, pero nada más para proteger unas vainas rojas que se hinchan con la semilla, que caen, que se dejan arrastrar por la fuerza del viento y que van a convertirse en más mezquites, miles (le mezquites, millones (le mezquites, que no piden agua ni tienen hambre nunca.

En algunos lugares llegan a ser más altos que un hombre a caballo; y careciendo de todo, siendo misérrimos, faltos de don alguno, regalan un bien supremo: la sombra. Los becerros cansados y las vacas sedientas van a tumbarse bajo su ramaje a rumiar el pasto escaso; y los burros raquítricos, a calmar la sed con las vainas llenas de jugo. Los pastores y caminantes disfrutaban también, dormitando tendidos en el suelo, mientras el sol declina. En otras regiones, el mezquite apenas puede llegar a la altura de la rodilla del hombre, porque sus raíces, por más profundamente que se extiendan, palpan tan sólo arena seca y movediza; impotente para dar sombra, se conforma entonces con aplacar la reverberación del sol sobre el arenal.

Envejece cada año y el invierno lo vuelve gris. Después, sus ramas se van quedando calvas, ennegrecidas como por un incendio; se tornan quebradizas, caen en pedazos, se dispersan. Pero del palo duro que quedó enterrado, salen en primavera unos gusanos verdes; ¡el mezquite ha resucitado!

No desaparecerá nunca asesinado, como otros árboles, por el hacha, porque sirve para muy poca cosa. Es eterno, como las rocas; es variable, como las ondas que el viento hace en las (lunas. Vive sin necesidades, sin preocupaciones, sin cuidados. Se expande, se eleva, se arrastra. Llega confiadamente hasta la puerta misma (le la casa del campesino; asoma, tímido, en las primeras calles (le las poblaciones. Cuando lo quitan porque estorba, resurge más allá. Servicial, ofrece sus ramas para formar cercados espinosos que protegen a las gallinas contra el coyote voraz. Y cuando

nadie lo utiliza ni para vallado, ni para leña ni para sombra, como es libre, como es alegre, como nada le preocupa ni le detiene, como no posee nada ni quiere nada, allá se va el mezquitero correteando por el llano, como un muchacho travieso que persigue la puesta del sol.

Espera

Los prisioneros fueron enviados a Chihuahua y los captores nos quedamos. Los vagones eran nuestro alojamiento. Una orden superior disponía que ningún miembro (le la columna podía salir del patio (le la estación. En las cuatro líneas férreas paralelas, ocho o diez trenes estaban acostados unos junto a otros, unos tras otros, roncando las locomotoras con el aliento azul que se fugaba (le las bullentes calderas. En el interior (le los carros y en los techos, soldados ociosos pasaban las horas dirigiéndose chanzas, relatando auténticas o falsas aventuras en su sencillo lenguaje o, simplemente, balanceando los pies hacia fuera, profundamente aburridos. Bajo los aleros del tejaván rojizo (le la estación, grupos de individuos vestidos de aceitosa mezclilla azul, los ferrocarrileros, esperaban con los guantes en la mano la orden (le montar en sus máquinas.

Marcos Ruiz pasó una hora caminando por las estrechas callejuelas formadas por los trenes; iba y venía a pasos largos, con la cabeza inclinada hacia el suelo y las manos abandonadas en los bolsillos del pantalón. Parecía hablar solo e intentaba morder los cabellos despeinados (le su bigote. Cuando alguno le preguntaba: "¿General, cuándo salimos?", movía la cabeza a un lado y a otro, sin levantarla, contestando un "no sé" con el movimiento de los hombros hacia arriba. Sin que me invitara y a riesgo (le incomodarlo, me lancé a caminar a su lado; fuimos a las locomotoras, jadeantes como perros fatigados que se hubieran sentado a reposar en medio de los rieles; dimos media vuelta, llegamos hasta donde las pilas de carros parecían haber sido cortadas a hachazos, hasta donde los últimos vagones habían quedado con la mano abierta (le sus enganches, como si quisieran atrapar un jirón de horizonte y arrastrarlo.

Marcos bebió la visión del campo hasta llenarse los ojos. Extendió un brazo para señalarme la dirección al norte:

-Por ahí hemos cruzado a caballo, en una marcha que fatigó a los caballos y contrarió a los hombres -dijo-. ¿Para qué? Otros que vinieron dormidos en los trenes nos alcanzaron; y tenemos dos días aquí, esperando y esperando...

-¿Qué esperamos?

No respondió. Volvió a sumergir las manos en los bolsillos, dio media vuelta, y caminamos otra vez a pasos largos por el tajo abierto entre (los trenes. Se detuvo, tocó con la cabeza el flanco (le un vagón como si quisiera hundirlo, y golpeó coléricamente en una rueda, con la punta del pie.

Todos sabemos lo que tenemos que hacer; sabemos dónde lo tenemos que hacer y estamos esperando que nos lo (ligan.

Me llevó otra vez adonde un tren debía tener la cola. Subimos al carro, un cuarto cuadrilongo donde estaban amontonadas nuestras cajas, nuestras monturas, nuestras armas; en (los estrechos catres (le madera y lona, dormitaban la siesta Germán Baca y Efraín Álamos, dos oficiales nuestros. Cajas (le parque apiladas formaban una mesa.

-Mira -me dijo Marcos-, éstos son los periódicos de México: hablan (le la columna (le soldados federales que viene a atacarnos; dicen quién es el jefe, cuántos hombres trae a su mando, los que son (le caballería y los infantes, la marca y número de los cañones, la cantidad (le las ametralladoras; sabemos qué corporación está formada con elementos nuevos, tomados de leva o sacados de las cárceles, y cuál es (le veteranos. Sabemos quiénes manejan la artillería, y si te interesan los nombres (le todos los oficiales, puedes buscarlos con la seguridad (le que ahí están.

Me mostró también unas hojas cuadradas, de color amarillo, pequeñas.

-Estos telegramas nos los mandan (le El Paso, con las últimas noticias. Un corresponsal que viene en la columna federal telegrafía todo lo que en ella sucede a su periódico en México. De México lo telegrafían a los periódicos (le El Paso, y antes (le que éstos lo publiquen, ya nos lo han teleografiado a nosotros; sabemos dónde durmieron anoche, qué comieron; sabemos a qué hora iban a salir y adónde esperaban llegar durante el (lía de hoy. Sabemos quién viene delante, quién al centro, quién a un lado y quién al otro. Vienen ya cansados, vienen sedientos, y nosotros estamos aquí, engordando, como los puercos.

-¿Por qué no vamos a encontrarlos?

-Yo no soy el jefe; mando mi brigada, pero el general Campa tiene a sus órdenes toda la columna; y el general Campa espera las órdenes del general Orozco, y el general Orozco quién sabe qué espera...

Quedamos largo rato mirándonos sin hablar, entre los oficiales dormidos. Los músculos (le la cara (le Marcos se habían inmovilizado; ya sus dientes no buscaban los cabellos despeinados del bigote. Su frente se limpió de arrugas como cuando el viento dispersa las nubes, y sus ojos inmóviles expresaron de nuevo la calma. Al hablar, al arrojar todo su descontento y toda su amargura, condensados en unas cuantas palabras, se había tranquilizado como un enfermo que duerme. Me miraba fijamente, pero podía afirmar que no estaba pensando en mí.

Una cabeza cubierta con un sombrero enfranjado (le rojo asomó por la puerta del carro, al nivel del piso. Una mano salió (le debajo para tocar el ala. Una voz oscura dijo:

-Mi general, (le parte (le mi general Campa, que pase usted a su carro tan pronto como pueda.

Casi sobre aquella cabeza, Marcos dio un brinco hacia fuera. Lo vi inclinarse para cruzar bajo el tren paralelo por en medio de las ruedas; y nadie más se movió en el callejón.

Abrí los periódicos, rotos, manoseados, revueltos; y comenzó ante mí el desfile (le letras y fotografías: "El general José González Salas renuncia al puesto (le ministro (le la Guerra y pide salir a campaña. Se le nombra jefe (le las operaciones militares en el Estado (le Chihuahua". Su retrato: bigotes muy largos caídos al frente, pelo cortado a medio centímetro por encima del cráneo cuadrado; cruces que cuelgan (le garras (le águila y medallas redondas suspendidas (le cintas dobladas en triángulo le cubren el pecho. Y bajo el retrato, el dibujante del periódico ha puesto una espada y un gorro alargado como un barco y orlado (le plumas.

¡Ministro (le Guerra, amo de la guerra que viene a combatirnos con la cabeza adornada de

plumas blancas! Por primera vez mi pensamiento se contagió del lenguaje de la tropa: "Ahora sí nos va a llevar el diablo".

El mayor Adolfo Ramírez, peludo, sucio, cubierto de polvo, con un saco de dril desabotonado y abundante en arrugas, con su sable viejo y su mugroso paño (le sol, sí podía declararse vencido ante nosotros.

El ministro (le la Guerra que renuncia y pide salir a campaña no puede ser derrotado jamás.

"Cincuenta y seis alumnos (le la Escuela Militar, que pidieron ser incorporados a filas para batir a los orozquistas, fueron ayer a despedirse del señor presidente (le la República." Ahí estaba su fotografía: alineados en posición (le firmes, manteniendo a la altura del pecho, con la mano siniestra, sus cascos (le gala, en los que las águilas (le plata u oro despliegan sus alas y un cuerno metálico se eleva amenazante, como si no temiera ni al rayo. Proceden (le la Escuela Militar, donde se les ha enseñado a hacer la guerra como dicen los libros.

"Sale con rumbo al norte la columna González Salas", y a continuación la lista (le las tropas: el Veinte Batallón, el Veintinueve Batallón, el Décimo Regimiento, una batería (le artillería ligera, otra (le montaña. "Más fuerzas se le agregarán posteriormente en las ciudades del tránsito."

"Es nombrado jefe (le Estado Mayor (le la columna el mayor Nicolás Martínez, que acaba (le regresar (le las escuelas militares (le Europa." Bigotes endurecidos con grasa, apuntando a los ojos; un arnés (le oro que se desprende del hombro para cruzar en diagonal el pecho atlético.

Y muchas noticias más sobre organización (le tropas, salida (le tropas, llegada (le tropas...

Comprendo por qué espera un (lía y deja pasar otro nuestro general Pascual Orozco.

Sueño

Álamos y Baca despertaron. Oscurecía. Encendimos una vela y jugamos a las cartas. Bajamos a cenar. Regresé al carro y me quedé dormido.

Al igual que a Marcos Ruiz y, sin duda, como a todos los demás hombres de la columna orozquista, aquella inactividad me había desesperado, llenándome de aburrimiento. La mente fue propicia a la pesadilla: un hombre con plumas blancas en la cabeza salía (le cada mezquite del llano, y entre ellos, viejos (le ojos grises arreaban cerdos amarrados (le las patas. Sentí que no podría correr porque una gran fuerza me inmovilizaba las piernas. Los emplumados se me acercaron, me envolvieron, me cubrieron, me aplastaron. A través de la masa que formaron en torno a mí, apenas pudieron cruzar, opacos, ojerosos, como enfermos, silbidos (le locomotoras. "Lunes y martes y miércoles, tres." El presidente Madero tendió su diestra en horizontal y me señaló con el dedo índice: "Confo en la lealtad del general Álvaro Abasolo". Oí carreras sobre un tablado, voces (le precipitación, chirridos (le ruedas que protestan como las gallinas cuando les retuercen el cuello, el mezquital se estrechó cada vez más hasta que solamente yo podía ir por el camino. "No metan los caballos en el templo." Unos caballos con ruedas negras leyendo periódicos. Al paso de la cabalgata, rayos de luna chuecos y espinosos se levantaban del arenal. La cantimplora (le Marcos estaba llena siempre; tuve sed y me ahogó el torrente. "El general Zapata ataca Cuernavaca." Ocho trenes al galope por el llano, granadas que estallan quedándose fijas en el aire como pequeños soles..., círculos azules que giran como si fueran perseguidos, cadenas (le luz que se entrecruzan, confusión, avalancha, catarata, precipicio... Aire fresco. Luz.

La mañana.

Abasolo, vaya a buscar su caballo, que nada más hasta aquí nos arrastran.

La neblina se fue, los ojos quedaron enrojecidos. Al ponerme en pie rápidamente, me tambaleo un poco, como si hubiera bebido.

-Muy bien, mi general, voy a ensillar en este momento.

Brinqué del carro. Las vías paralelas que ayer servían de peanas a los otros trenes, se habían sumergido en la arena; la estación del tejado rojizo se fue con la noche. Nuestro tren parecía haber encallado en un mar de tierra blanca.

-Como usted no despertaba, mandé que le ensillaran el caballo. Ahí lo tiene.

-Perdóneme, mi general, hacía muchas noches que no dormía bien.

Ambiciones

A caballo, emprendimos el avance por un llano tan vacío que se diría que ahí no hubo ruidos nunca. Era igual a los otros y no parecía el mismo. Brillaba el sol sobre el suelo como si estuviera mojado; los arbustos se habían dispersado y encogido durante la noche, como asustados por una pesadilla.

Nuestros trenes, acostado uno tras otro en la larga vía recta, fueron vaciándose de hombres y caballos que parecían tinta chorreando de los carros, arrastrándose y formando una ola con lista de sangre, nuestros distintivos, en la cresta; una ola amenazadora, una ola de naufragio que se fue esparciendo en jinetes impacientes, adelantándose sin órdenes.

Al quedar atrás los trenes, vainas vacías que arrojaron su semilla, la vía nos dividió en dos masas. Del otro lado iban hombres a los que no conocía, siguiendo a un grupo montado en finos caballos que galopaban a la misma altura que el (le Marcos y sus oficiales. Se notaba que el jefe era uno (le menor estatura que los otros, de rostro lampiño y juvenil.

¿Quién es?

-El general Campa...

Me pasé instintivamente la mano por la cara, no para limpiarme la piel sudorosa impregnada (le tierra, sino para palparme: ni barba, ni bigote, ni arrugas, como Campa. Y me puse a pensar en que yo también podía llegar a ser el jefe de todos algún (lía. Fue entonces la primera vez que tuve ambición, nacida a la vista de aquel general a quien hubiera tomado por un muchacho poco mayor que yo y que, igualmente, venía a esta guerra sin haber estado en otra anterior, ignorante y curioso. Pero yo era nada más que un teniente, el único (le esa graduación en el Estado Mayor de la Brigada Ruiz. ¿Por qué? Yo había combatido contra los federales, había estado en medio (le las balas que hicieron caer a otros Colorados a mis flancos. No había huido, no demostré cobardía. Ignorancia, sí, o más bien, poca práctica, que ahora ya tengo. ¿Por qué, pues, se me había dejado en el grado (le teniente, que es el que se le (la sin mérito alguno al primero que se presenta a pedirlo? Ese mismo (lía, en cuanto hiciéramos un alto y yo pudiera hablar con Marcos a solas, le diría la injusticia que se estaba cometiendo conmigo; no era por dinero por lo que yo quería ascender, que después (le todo, prácticamente, yo nunca había tenido sueldo; pero era que yo constituía un elemento que...

-Cierra la boca, ¿qué gestos vas haciendo?, se te mete el polvo y vas a tener mucha sed...

Venía pensando, Marcos, que por qué hemos bajado otra vez (le los trenes para venir a caballo por este arenal.

-Porque el enemigo está cerca y no podríamos acercárnosle en tren. ¿Crees que podríamos avanzar dormidos en los carros y meternos en medio (le los federales, sin que se dieran cuenta?

Ya le he pedido perdón por haberme dormido...

-No lo dije por eso, Álvaro, no te enfades.

"¿Por qué me trata así?; estoy seguro de que su intención fue dirigirme una pulla. Claro, como que yo no soy más que un simple teniente. Al general Campa no le hubiera reprochado que se quedara dormido."

Me dominé. Iba mal por ese camino. Arrojé el puñado de ideas podridas y el arenal las absorbió. Íbamos por un manto (le tierra blanquecino, un gran manto que hubieran tendido a asolear. Llamitas (le polvo iban lamiendo las patas (le los caballos. El (lía avanzaba más aprisa que nosotros; el sol fue levantándose, y nos acuchilló en ángulo. Ni un río (le viento que hubiera podido correr libremente por donde ni siquiera hay mezquites que lo carden, vino a mondarnos (le la atmósfera caliente que el sol nos había untado.

Sobre nuestras cabezas había otra extensión igualmente limpia. Otro llano que herméticamente se cerraba con el de arena, en un círculo del que nosotros éramos centro.

Sudó mi frente haciendo correoso el tafilete del sombrero. Y más aún: gotas (le humedad recorrieron la piel, y el polvo formó con ellas una costra de mugre. En el resto (le la faz, arenas menudas se incrustaron en cada poro.

Todos íbamos callados. La conversación no podía arder; se extinguía como se fue extinguiendo el agua (le las cantimploras durante la marcha fatigosa a través del calor inmóvil y espeso. Para respirar hubimos (le cubrirnos la boca y la nariz con el pañuelo amarrado en la nuca...

Marcos tuvo un pensamiento nuevo. Me miró, siguió callado, me volvió a mirar.

-¿No te arrepientes?

-No tengo motivo.

-La fatiga, el peligro, lo innecesario de la incertidumbre.

Me volvieron a penetrar por los poros quizá las mismas ideas que había desechado. Contesté únicamente con la indiferencia de un movimiento de hombros.

-Si por casualidad salieras bien de ésta, ¿entrarías en otra?

Tuve que ser sincero.

-Contigo sí, Marcos.

Entonces fue él quien no contestó nada. Arañó con las espuelas la panza (le su caballo y se alejó (le mí al galope corto.

Quedé entre los demás oficiales. Aburridos del silencio, algunos comenzaron a platicar, a monologar más bien, porque los demás oíamos sin hacer caso.

-Hace un año -decía Gilberto Estrada- nos vinieron correteando por aquí y nos perdimos; tres

días sin agua. Hubo quien bebió lo que le sobró (le la barriga, y sin poder tirarnos a dormir por temor a que nos cayeran, nos íbamos cabeceando en los caballos, tan dormidos como nosotros, hasta que...

-No me gustan las pistolas automáticas (le los federales platicaba Torres, más allá. Yo me avancé una sacándola debajo (le la nalga (le un oficial difunto en el combate de los Pedernales. Pero en el siguiente se me encasquilló y la aventé a la bazofia. Desde entonces, la cuarenta y cuatro...

Otro hablaba detrás (le mí. Conocía la voz, pero no pude precisar (le quién era, aunque la he oído (le diario; era (le un oficial compañero de grupo. Pero en esa marcha entre el arenal (le fuego arriba y el llano de sol abajo, las ideas se mezclaban, se confundían, se dispersaban. Iba diciendo:

-Tiene dos años. Le gusta mucho tomar mi pistola, que apenas puede levantar; y entonces, todos tenemos que poner las manos hacia arriba. Se ríe, y me la devuelve...

Todos íbamos indiferentes a la lucha próxima. Yo quería estarlo también o aparentarlo, cuando menos, hablando. Pero no encontré nada que decirles.

Todos acabaron por callarse.

Y nos dimos cuenta (le que frente a nosotros se le habían formado unas gibas al terreno: unos cerros cubiertos (le zacatón seco, (le piedras pequeñas y quebradizas. Desmontamos. La gente (le Campa subió a pie hasta arriba de las alturas, y los (le Ruiz esperamos órdenes, junto a nuestros caballos cubiertos de espuma.

Enemigo

Las horas pasaron a rastras por en medio (le nuestra columna, reclinada en la pendiente del cerro. Sin más sombra que el pequeño círculo que brinda el ala del sombrero, sentados en los pedruscos o dando pasitos para procurar elasticidad a las piernas endurecidas como troncos, dejamos pasar la mañana. Arriba, en el crestón del cerro, una fila (le hombres nos mostraba la espalda, parecía estar asomada al barandal del mundo. Los de Marcos Ruiz no sabíamos qué había más allá: soldados federales, sin duda; pero ¿a qué distancia? ¿Vendrían ya ascendiendo por el otro declive, o se les vería aún como espinas que arañan el horizonte?

Una vez que pasó Marcos a caballo recorriendo nuestros grupos, le hablé:

-¿Vamos a tardar mucho tiempo sin hacer nada, general?

-Quién sabe. Si quieres venir, ven.

Cabalgamos por el borde de la mancha de hombres. Al otro extremo, donde el cerro se desinflaba, encontramos al general Campa sentado a la sombra (le unos cantiles, rodeado (le su oficialidad.

-Cómo se han tardado -comentó Marcos.

-Es natural, la vía está muy averiada y la vienen componiendo; su caballería está muy trasijada al quinto (línea de marcha, y no se atreve a adelantarse sola.

Marcos vio su reloj.

-La una, general Campa. Se me hace que los federales no nos atacan hoy.

-Si se acercan, cambiaremos unos cuantos tiros con ellos, y nos vamos; aquí no es buen lugar para pasar la noche, sin agua. Lo que quiero es que los muchachos se calienten con un corto tiroteo, para que estén buenos a la hora del combate formal. ¿Su gente está bien?

-Muy impaciente por comenzar de una vez.

-Iremos a ver dónde vienen los "pelones".

Los (los generales, con sus grupos, subieron al lomo del cerro. Éste ponía límite al llano que habíamos cruzado, porque detrás, al otro lado, hacia el sur de donde venían los enemigos, había una sucesión de pequeñas colinas, como si la tierra se hubiera arrugado. Entre ellas, la vía del ferrocarril se escabullía en curvas buscando el nivel. El seco zacatón gris parecía cabello cortado al rape en el cráneo pedregoso (le los montes, y se esparcía como agua sucia en los planos. La procesión (le postes, cirios sin encender engarzados en los alambres y temblorosos, marcaba la ruta del canal de hierro. Y sobre ellos, tres chorros de humo sucio, humo empolvado, se deshacían al peso del sol implacable. En todo el resto del paisaje habitaban la inmovilidad y el silencio; ni

ganados pastando ni animales salvajes que transitaran en el zacatal, ni gritos (le aves o cascadas (le hojas barrenaban el aire en quietud.

-No creo que pretendan pasarse todo el (lía ahí -indicó el general Campa a Marcos-. Querrán llegar a Escalón, a nuestra espalda, como fin (le una jornada (le treinta kilómetros. Se ven nada más tres trenes, y son seis los que componen la columna. Los otros se han de haber esperado mientras saben si está expedita la vía.

-Es mejor -comentó Marcos-. Si viene únicamente la mitad de la columna, y nosotros hacemos como que nos retiramos ante ella, creerán que nos derrotaron y será más grande el trancazo que lleven mañana.

-Pero no debemos retirarnos así nomás, porque decaería la moral de las tropas. Entablaremos un pequeño combate y nos iremos en orden para que los nuestros comprendan que los "pelones" no pueden deshacernos tan fácilmente.

Se llevó a Ruiz muy lejos (le nosotros, y le indicó algunos lugares con el brazo horizontal. Y en el rato que estuvieron ahí, comenzó a elevarse detrás (le una loma en el halo nebuloso (le una polvareda, la atmósfera que circunda una caballería en marcha. Los humos (le las máquinas se acercaban y subían más alto. En nuestro cerro, los Colorados comenzaron a acomodarse tras las piedras más gruesas. Regresaron los jefes y descendimos a penetrar en la caballería. Marcos ordenó:

-Trescientos hombres, ¡a caballo!

Y salimos al trote dejando al cerro en medio, entre nosotros y la vía; íbamos rumbo al sur, al encuentro de la caballería federal que se anunciaba con su plumero (le polvo. Fuimos haciendo curvas, y más curvas, entre montecitos (le veinte y treinta metros (le alto sobre el plano, procurando meternos por donde el pasto estuviera más espeso, para levantar menos tierra. La posición que ocupaba Campa se perdió a nuestra vista. A veces, el sol que comenzaba a declinar nos rascaba la espalda; en otras, por en medio (le las orejas enhiestas (le nuestros bridones, veíamos venir la cauda (le la flecha magnética.

El mugido mecánico (le una locomotora nos hizo detener. Cinco gritos cortos y uno largo final formaban la frase; después, un blanco; después otros cinco gritos cortos y uno largo. Fi, fi, fi, fi, fi, fiiiiii... Transcurrían diez segundos de espera y resonaba otra cadena de silbidos.

-¿Qué será eso? -pregunté a Marcos.

-Que se han (le haber acercado hasta donde está Campa; el tren (le adelante avisa a los otros. Seis pitazos seguidos, ¿qué quieren decir, tú, Efraín Álamos, que fuiste ferrocarrilero?

-No estoy muy seguro, mi general; a veces indican peligro. En campaña quizá (ligan: "Enemigo al frente."

Marcos sonrió.

¿Y no sabes cómo se dice enemigo a la retaguardia? Si los oyes me avisas, pues quiere decir que nos descubrieron...

Silencio.

Silencio.

¿Qué ha pasado? ¿Por qué enmudecen los labios de latón del silbato? ¿Es que ha desaparecido de la cresta del cerro la costra de hombres que atisbaban? ¿Es que los trenes han seguido al norte sin detenerse o que sus ruedas han dejado de girar? Treinta minutos, treinta gotas de inquietud cayeron sobre la caballería (le Marcos Ruiz, inmovilizada por el silencio al congelarse.

De repente, se acercó a mí algo que sentía por primera vez: era como un temblor (le aire que llegaba por todos lados, y un sonido largo, que fue pasando sobre nuestras cabezas; como si un gran puño hubiera caído sobre una tabla y la hiciera estremecer. Se diría el principio (le una tempestad; pero el cielo estaba vacío, claro, indolente. No era él quien tronaba.

Frente a mí, Marcos dio dos golpes de risa; sus cejas se levantaron, sus ojos se agrandaron, su boca se abrió toda, como mano que suelta una presa; parecía estar sintiendo un gran placer. Su cara enrojció, su diestra, su garra, levantó el ala del sombrero untándola en la cabeza, cual si quisiera que el viento tembloroso le lamiera la cara. Con él, todos nos agitamos, hombres y caballos, y un segundo trueno llegó a envolvernos. Advertí, entonces, que no era tan sólo como un puñetazo, sino un redoble rapidísimo que no dejaba pasar la punta (le alfiler (le un instante, entre golpe y golpe.

Era la voz del cañón.

Del cañón que pronunció cinco monosílabos iguales. La batalla comenzaba; los treinta minutos en que todo, menos el sol, estuvo inmovilizado, fueron las hojas en blanco con que principia el libro. La siguiente página tuvo cinco manchas negras, cinco grandes letras: CAÑÓN.

¡Ustedes (los! ¡Échense a pie!, suban ese cerrito sin dejarse ver mucho, y nos avisan si podemos avanzar...

Dos (le nuestros hombres obedecieron la orden (le Marcos, subiendo a cuatro patas por la ladera (le una colina. Al ver sus señales, los trescientos reanudamos la marcha, yéndonos por los bajos, como torrente que busca un cauce. Delante (le nosotros iban los exploradores, trepando, como changos, cada colina y llamándonos con sus brazos en alto. Pero ya no eran ellos quienes nos guiaban, sino el fragor, que se extendía como círculos (le agua cuando cae una piedra en el estanque.

Ya no se oye solamente el cañón; multitud (le otras voces menores discuten. Hierba que crece debajo (le gran(les árboles.

Habíamos ido muy lejos; tuvimos todavía que sobarles las curvas a muchas colinas. Impaciente, Marcos ordenó que montaran los (los guías y fuimos al trote, sin precauciones. El polvo formó una pantalla sobre nosotros y no hubo necesidad de que el silbato gritara: "Enemigo a la retaguardia"; la tierra volante nos anunció. Parejas de jinetes extraños crecieron en el espinazo de las colinas, nos

observaban y desaparecían. En lo alto, ante nosotros, se formaron repentinamente bolas (le humo amarillento, como (le azufre, que se iban disipando con lentitud. Los federales nos empezaban a cañonear, pero estábamos muy lejos (le ellos aún.

Con los ojos abiertos, atento a la altura, creí ver puntos negros en el aire. Imaginé que percibía el paso (le las granadas. Tuve la idea absurda (le que los artilleros me veían a mí mejor que a los otros, y que me estaban apuntando. Ignorancia completa (le lo que son los kilómetros.

Por mucho rato no volvieron a aparecer las bolas amarillas (le humo; seguimos avanzando, ya no sólo por los bajos, sino también por las alturas en línea recta, haciéndonos visibles, o más bien, deseosos (le ver contra quién íbamos a pelear, con ganas (le encontrar hombres, jinetes, infantes o artilleros, a quienes disparar. Pasó otra cadena (le minutos; el sol iba declinando y nosotros estábamos todavía fuera del combate, que seguía desarrollándose cada vez más cerca.

Hasta que percibimos al frente otra cenefa (le polvo.

-Está mejor así -dijo Marcos-; vienen a encontrarnos.

Al trepar una colina vimos, como si hasta entonces abriéramos los ojos, otra caballería como la nuestra, compacta, dura, que se adelantaba al trote.

-¿Tiro ya, Marcos? ¿Tiro ya?

-No seas tonto..., están a más (le un kilómetro.

¿Y qué importa la distancia? A la guerra va uno a pelear, a disparar, aun cuando no toque a nadie, y no a hacer cálculos sobre distancia. Me sudaban las manos. Cogí la pistola y como la sintiera escurrírseme, envolví la cacha con mi pañuelo y le apreté firmemente.

Marcos se paró sobre los estribos elevando su cabeza sobre las nuestras, levantó la diestra y nos gritó:

-¡Muchachos! Esto es todo lo que hemos venido a hacer: a llamarles la atención por la espalda, a que se alarmen, y no carguen muy fuerte. La bala no debe ser hoy, sino mañana, en otro sitio mejor que éste. Así es que nos vamos otra vez para el norte, despacio, balanceándonos con la caballería, pero sin dejarnos alcanzar.

Hizo una señal y todos nuestros caballos dieron un cuarto de vuelta. Quedamos en una fila de uno en fondo, como caravana que pasa por un desfiladero. Ante Marcos y yo pasaron todos los hombres hacia el norte. A cada uno el jefe le iba diciendo:

-No se cansen mucho, que los trenes no nos esperarán y tenemos que pasarnos la noche en el caballo.

Todos iban confiados, como si se sintieran protegidos por aquellas arrugas (le la tierra entre las que transitaban desde pequeños; serenos, como si supieran que en aquellos lugares ninguna fuerza extraña a la atmósfera del terruño podría dominarlos. Muchos (le ellos ni siquiera habían sacado

todavía (le sus fundas los rifles infalibles en el disparo.

La caballería contraria se nos acercaba. Estaría a ochocientos metros cuando Marcos y yo nos pusimos en marcha al final (le nuestra columna, como el nudo que se aprieta al extremo (le una cuerda. Volvieron a aparecer en el aire, ya más cerca (le nosotros, los vellones amarillos que se formaban cuando estallan las granadas. Primero, cuatro a una misma distancia; después, otros cuatro más próximos.

Al oírlas romperse con sonido cristalino de una botella que choca contra el suelo, los nuevos en la guerra, yo entre ellos, encogíamos instintivamente el cuello, hundiendo la cabeza entre los hombros, cual si quisiéramos ocultarla a los peligros del combate.

-No les tengas miedo, Abasolo me dijo Marcos juntando su caballo al mío, cual si quisiera cobijarme-, hacen mucho escándalo y pocos agujeros.

En ese instante, cuatro nubecillas más nacieron casi encima (le nuestras cabezas, y en el suelo se oyó una sucesión de golpes distribuidos por todos lados, como si lloviera; algunos caballos, excitados por el ruido, para ellos inexplicable, espantados por el roce (le los balines, lentejas (le plomo que les resbalaban sobre los lomos, rompieron la fila y galoparon locamente por el campo, insensibles a los esfuerzos que los jinetes hacían para dominarlos. Uno (le ellos llevaba sobre el lomo el cuerpo del "colorado" echado hacia atrás en la montura, con los brazos sueltos y la cabeza colgando. Vimos que en un bote arrojó su carga al suelo, subió a una colina, y desapareció al otro lado, como el sol cuando se cansa de su jornada.

-No es poca cosa lo que hacen las granadas, Marcos.

-¿Se te hace mucho un pellejo agujerado por cuatro carrizos de hierro que se rajan allá arriba? Trabajo les va a costar tumbarnos a trescientos.

Otra vez resonaron las explosiones; no vi el humo esta vez, porque las colmenas de acero deben haberse abierto a mi espalda; únicamente oí zumbar las abejas de los cuatro enjambres que se dispersaron tras nosotros. Mientras tanto, los jinetes federales se tendían en una fila larga y angosta como la nuestra, como un peine colocado en tierra con los dientes hacia arriba, y observaban el efecto del cañoneo.

¡No se espanten, muchachos! -gritó Marcos-. ¡Ahora se para esta rociada y vamos a quedar uno a uno con los "pelones"!

Los hombres se tranquilizaron y los caballos también, dominados por las manos férreas que sujetaban las riendas. Ya la columna se enderezó (le nuevo reanudando la marcha.

La otra, al poniente, echó también al trote; a veces veíamos las sombras de los enemigos desbordarse por el declive (le las colinas. Sin disparar aún los fusiles, federales y Colorados, nos íbamos acercando unos a otros, como si fuéramos fluyendo por (los canales que convergieran en un punto aún lejano.

Los cañones nos despreciaron; quizá nos creyeron abatidos, dispersos, empavorecidos; y

volvieron otra vez sus bocas contra el cerro donde Campa y sus hombres calentaban las manos a disparos de carabina. Quedamos solos, una caballería contra otra, atenuadas cada una a su propia fuerza. Sobre nosotros no volvería a caer el granizo de plomo. Quedábamos hombre contra hombre, fusil contra fusil, puño contra puño, golpe contra golpe.

Subimos a una colina que se alargaba en la misma dirección en que trotaban nuestros caballos; éramos como su espinazo, un espinazo (le trescientas vértebras. El pasto, seco y alto, que se erizaba en las laderas, era como el pelo del monstruo que enarcaba su lomo sobre el nivel (le la tierra. Desde la cresta dominamos el campo con la mirada; muy lejos, al grado que parecían troncos (le árbol caídos en tierra, vimos los trenes del enemigo, detenidos mientras cañones e infantes batían la posición (le Campa; al pie de la colina, los federales a caballo se habían detenido, temerosos de haberse colocado en una situación desventajosa.

-Muchacho -me dijo Marcos, precipitadamente, como si temiera no tener tiempo de completar su pensamiento antes de que llegara el instante de obrar, tú te vas a quedar aquí, no te muevas, no vayas tras (le nosotros. Nos esperas aquí mismo; ¿me entiendes? Si no me haces caso, soy capaz (le rajarte la cabeza con el cañón (le la pistola.

Apenas le oí las últimas palabras; había clavado furiosamente las espuelas en la panza sudorosa del caballo y corría a lo largo de la fila de soldados, haciéndoles señas con los brazos. Conforme pasaba él, los Colorados volteaban sus caballos hacia el poniente y se arrojaban, como rocas que ruedan por los flancos (le los cerros cuando la dinamita disuelve un cantil de la cumbre, hacia los jinetes enemigos que habían quedado inmóviles, semejantes a estacas plantadas en el límite (le un potrero.

Gritaban los nuestros y agitaban sus pistolas sobre la cabeza; tropezaban algunos caballos en los pedruscos ocultos en el pastizal, y rodaban los caballos y jinetes, casi tan aprisa como los que iban al galope. Comenzaron a sonar los disparos cuando todavía el otro extremo (le nuestra columna estaba en la cresta de la colina, cuando todavía Marcos no llegaba hasta él a (lar sus órdenes.

Yo, reteniendo mi caballo que quería seguir a los otros, presencié cómo, al ver acercarse a nuestros rancheros, los jinetes federales se retiraban al galope, disparando apenas unos cuantos cartuchos; algunos bultos (le su fila cayeron, otros se fueron alejando hacia los trenes, dando saltos. No hubo choque propiamente; fue una fuga y una persecución. Los últimos Colorados que bajaron del cerro no tuvieron tiempo ni de disparar sus pistolas. Los vi galopar mucho más allá de donde había estado la línea enemiga antes (le la acometida; vi ocho o diez manchas de caballos y hombres quedar medio ocultas en el oleaje del seco zacatón, en el flanco de nuestro cerro; los pocos disparos (le los federales habían sido certeros.

Sentí angustia, sentí vergüenza (le no haber galopado a la misma altura que los demás, de haberme quedado como una peña en lo alto (le la loma; poco tiempo había sido, cinco minutos quizá, pero suficiente para que los míos se perdieran tras un pabellón (le polvo. ¿Esperarlos ahí, cuando los federales podían detenerse, aguardar, resistir, rechazar; cuando un disparo mío, arrojado a la ventura, podía inmovilizar un brazo enemigo, hacer caer una carabina, evitar la salida (le un proyectil, salvar una vida, la (le Marcos quizá?

Los dedos de mi mano se abrieron y la rienda se deslizó por entre ellos; el caballo se sintió libre y dio el primer salto, ladera abajo. Grité: "¡Arriba los Colorados!", sacando mi pistola, como si todavía los federales me estuvieran esperando al pie (le la loma. En una descarga (le segundos vi cómo se quedaban tras (le mí, caballos rotos, hombres postrados en la tierra, como si durmieran. En aquel minuto era yo el único que se despeñaba declive abajo, pero los artilleros federales volvieron otra vez las narices (le sus cañones hacia nosotros, creyéndonos retrasados; frente a mí, en el tiempo en que mi caballo daba dos saltos, vi abrirse y oí retumbar ocho granadas de hierro.

Luego, encima (le mi cabeza, casi donde terminaba la copa del sombrero, un estallido revolvió el aire tan violentamente como una piedra, al caer, remueve las aguas; una cortina, (le un color dorado rojizo, traslúcida, caliente, apareció por todos lados, y un ruido que detenía, un ruido que aplastaba, poderoso, tembloroso, puso sus manos sobre mis oídos, sacudió mi cabeza y me hizo caer. En diez segundos, el aire se aquietó, la cortina dorada fuese evaporando y el ruido huyó, retumbando como un carro que corre por el pedregal.

Me vi en el suelo, caído (le espaldas, con una opresión dolorosa en las piernas y en el vientre; el caballo había caído encima de mí; temblando, sangrando, agitando las patas como si quisiera galopar en el aire; de sus lomos y de sus ancas, la sangre brotaba por una docena (le agujeros. ¿Y yo? No sentí estar herido; en el instante (le la explosión debo haberme encontrado en el centro (le la regadera, ahí donde hay un agujero (le menos. Los balines mortíferos cayeron en derredor mío, en círculo. En el eje (le la tromba, quedé intocado.

Mas no podía levantarme; el caballo se agitaba, cocean(lo en el vacío, moviendo la cabeza, alzando las narices, como si quisiera absorber la vida que se le iba. Su sangre me empapaba el cuello abajo, penetraba a través (le mis ropas, me daba un calor húmedo. Quise salir (le su opresión y no pude lograrlo; bajo su tórax, anhelante todavía, habían quedado mis piernas, una enredada en las correas y otra en el aro del estribo.

Di golpes con los puños en el cuerpo, ya laxo, del animal; traté (le volverme hacia abajo, para salir arrastrándome; traté (le empujar la masa que me había incrustado en la tierra; grité, suplicando al caballo que se levantara, a los hombres que vinieran a sacarme, a los enemigos que me capturaran, llevándome en sus trenes, a las grana(las de los cañones, que destrozaran aquel cuerpo muerto sobre mí, para poder levantarme entre sus pedazos. So lamente me vino una sensación de vacío que comenzó a correr desde los pies, enfriándome, adormeciéndome; sentí presión también sobre el pecho, sobre las sienes, sobre los párpados; los puños que habían golpeado furiosos, se volvieron indolentes manos abiertas.

Todavía me di cuenta de que me estaba quedando dormido.

Infierno

A través de los párpados extendidos, me llegó un resplandor rojizo. Un calor más abochornante que el del sol del mediodía parecía venir rodando. Y al tiempo en que medio despertaba, aspirando el aire en largos sorbos, un humo picante me fue raspando dentro del pecho. Del vientre para abajo, sentía una insensibilidad de carnes machacadas.

Calor, humo, fuego, dolores interminables... Por la explosión, por el golpe, por el suplicio a que me tenía condenado el cadáver (le mi caballo, la mente estaba como enfangada; no podía flotar, no podía limpiarse, no podía precisar si había pasado ya el momento (le la transición suprema entre lo que es y lo que se ha perdido. Ideas de una pena extraterrenal, abandonadas durante varios años, rompieron telarañas y aparecieron en el desván (le un cerebro adormecido.

Me toqué la frente y noté que sudaba. "Manos." "Cabeza." Dos ideas simples, (le materialidad, que chocaban con la otra. Abrí los ojos; el fuego fluía a distancia, pero el humo galopaba en regimientos sobre mi cabeza. ¡El cuerpo del caballo! ¿Era posible que también eso tuviera que ir "allá"? El peso de la carne muerta, unas cuantas estrellas pálidas que asomaban tras las nubes de humo, y el olor de éste, inconfundible, del zacate que arde, me dijeron la realidad.

Una nube de minutos se había evaporado desde que estalló la granada y murió el caballo. Oscurecía; del oeste, (le donde los federales tenían sus cañones, por donde sus jinetes se habían dispersado ante nuestra caballería, impulsado por el aire que se liberta al caer (le la tarde, un fuego, entre amarillento y rojizo, venía creciendo entre el zacatal. Tronaban las ramas secas como cuando las tritura una rueda, y en el aire caliente volaban estrellitas que brillaban por un momento, chispas, átomos (le madera que arden en pleno vuelo, luciérnagas, moscas luminosas que antes (le caer son ya ceniza.

Hacia donde yo recordaba que habían estado los federales, todo el pasto de los cerros estaba ardiendo. ¿Por qué? ¿Iniciaron el incendio chispas de carbón escapadas (le las locomotoras, o teas que intencionalmente barrieron los primeros matorrales? No podía adivinarlo, pero sí comprendí que en la colina del frente, donde ya bailaban las llamas sobre los pedruscos, el fuego debía haber rodeado algunos heridos nuestros, caídos quizá como yo, bajo las pesadas panzas de los caballos inertes. ¡Heridos, e inmovilizados en medio (le un río (le fuego! ¿Es ése el fin justo para un hombre? ¿Está también marcado para mí? Yo no lo quería; yo había ido a la guerra con una idea vaga de poder servir para algo, (le poder ayudar a alguien, (le contribuir a que viniera una situación nueva, mejor que la otra; pero ¡no era así como yo estaba dispuesto a morir!

Otra vez, ahora más furiosamente, más decididamente, di golpes con los puños en el lomo del caballo extendido sobre mi cuerpo; ahora más enérgicamente, traté (le sacarme las piernas de su cárcel; pude libertarme unos cuantos centímetros, pude sentarme a medias.

Rodaba sobre mí el humo, cada vez más espeso; la sombra del (lía muerto se condensaba en la altura, y el incendio, acercándose, más brillante, más crepitante, venía diciendo sus amenazas en un murmullo continuo de bestia cansada.

¡No! Yo no estaba dispuesto a quedarme ahí a esperar a que el zacate, ya caliente, que erizaba sus ramas secas a mi alrededor, enrojeciera con el fuego, me abrasara, me asfixiara con su humareda color plomo. Yo lucharía hasta el fin, lo intentaría todo; yo llamaría a todos en mi ayuda. Pero llamé solamente a uno:

-¡Marcos!... ¡Marcos!...

El impulso del grito, al hincharme el pecho, me aligeró. Sentí como si a gritos pudiera elevarme sobre la tierra. Clavé las manos en el suelo, erguí el torso y al (lar un nuevo grito, reaccioné como un resorte que se liberta. Bajo el cadáver del animal, mis piernas hicieron movimiento (le tornillo, en un sentido y en el otro. El fuego que se acercaba me enardeció más aún. Las puntas del pasto que me rodeaban comenzaron a humear y pronto brillaron en ellas estrellitas rojas que se alargaban hacia arriba. Al contacto con la primera chispa que quemó mi piel, estallé en un impulso supremo y quedé libre.

Quise ponerme en pie y las piernas me fallaron, debilitadas por la larga opresión que habían sufrido; a rastras me alejé unos cuantos metros del caballo, que fue alcanzado por el fuego; el humo que me envolvía penetraba en mí, me ahogaba. Pude correr un minuto, sin rumbo, perdido en el cortinaje plomizo del incendio.

Fue un grito único, tembloroso y largo como el bramido del cañón, que me pareció que rompía las capas espesas de la humareda; un grito último, igual que el del árbol que se desploma. Sentí como si ya no pudiera gritar más. Todavía corrí unos cuantos metros, tropecé con un pedrusco, caí, volví a levantarme y a correr. Bajo mis pies, el suelo comenzó a inclinarse hacia arriba, trepé por el flanco (le una loma, quizá la misma (le donde me había precipitado al galope. En los ojos se me clavaban las agujas envenenadas del humo. En un esfuerzo final, elevé los brazos y me quedé inmóvil, sintiendo la cabeza oprimida, como si me durmiera.

Oí cómo se acercaba el redoble (le un galope; un brazo poderoso me levantó, sujetándome por el pecho contra otro cuerpo; el galope continuó hasta que el incendio se quedó muy atrás.

¿Dónde te fuiste a meter, imbécil?

-Perdóname, Marcos; yo creí que...

-¡Cállate! Baja y sube en ancas.

Obedecí sin hablar. Galopamos largo rato hasta encontrar nuestra caballería que nos esperaba, inmovilizada como un bosque, en la cresta (le una colina. Luego, todos juntos seguimos la marcha bajo un cielo inmóvil orlado (le rojo.

Rellano

A Marcos se le había quedado en la cabeza, incrustada como un balín, la idea (le que los federales habían incendiado intencionalmente el pastizal para tatar a nuestros heridos, y estaba furioso, semejante a un coyote acorralado. No había quedado satisfecho con que colgáramos a seis mujeres, compañeras (le los soldados federales del Séptimo Batallón, a las que habíamos encontrado a medianoche con gallinas que se habían llevado (le las rancherías cercanas; Marcos las calificó (le espías y dijo que cuando un ejército está en peligro, en vísperas (le una batalla, la ejecución (le los espías, aun cuando sean mujeres, está justificada, y las colgamos una en un poste y otra en otro, a la orilla de la vía férrea. Con sus anchas enaguas parecían grandes borlas pendientes (le los postes, como adorno (le bastón.

Y durante toda la caminata estuvo hablando solo, tan confusamente, que yo, que iba detrás de él, en el lomo del mismo caballo, no llegué a entenderle frase alguna.

Amaneció tan aprisa como un galope; yo, que iba dormitando, cerré los ojos en medio de la claridad azul de la luna y los abrí cuando estábamos cubiertos por el dosel medio gris, medio amarillo del amanecer.

siguiendo la vía del ferrocarril, casi recta, hasta que un cerro calvo, muy alto, blancuzco, de piedras calizas, se interpuso y lo bordeamos al igual que la línea férrea, que hizo un ángulo hacia la derecha.

-¿Eres supersticioso?

-¿Por qué, Marcos?

-Mira...

Me indicó con el brazo una tabla clavada en un poste, pintada (le blanco, fondo (le (los letras y cuatro cifras negras; era una (le las placas que marcan el kilometraje, partiendo (le la ciudad (le México. Se leía: "Km.

No se me ocurrió cosa alguna que contestarle y continuamos la marcha en silencio. Frente a nosotros, la vía marcaba otra vez una larga línea recta, penetrando como un cuchillo en dos altos cerros, abiertos en la cima y unidos en el bajo, como una V uno de largos cantiles verticales, otro de duras pendientes cubiertas de rocas. Marcos volvió la cara hacia mí, sonrió y volvió a mirar hacia el frente. Echamos al galope y al acercarnos vi cómo (los cerros tenían un copetito (le puntas cónicas como una sierra: eran los Colorados que se habían atrincherado otra vez.

Diez minutos más tarde, Marcos hablaba con Campa.

Atrás (le las posiciones, a un kilómetro, dormían nuestros trenes. Me dieron un caballo. Volvió Marcos y nos fuimos rumbo al primer tren a toda prisa.

De uno (le los carros, nuestros hombres comenzaron a sacar unos cajones cuadrados, marcados con grandes letras rojas, llevándolos hacia la locomotora. Los fueron colocando, amarrados con gruesas cuerdas, sobre la trompa, que es un abanico que barre la vía, a los costados, sujetos a largos tubos que forman como un tejido en cinturón y en la caseta minúscula del maquinista, apilados uno sobre otro. Vi toda la maniobra recargado sobre la media luna, contrapeso de una (le las grandes ruedas, bañado por el vapor blanco que escapaba de los émbolos. No me explicaba qué era lo que estaban haciendo.

Marcos subió a la caseta con Efraín Álamos; me llamó y trepé por una escalerilla vertical. No había visto antes el interior de una locomotora: tubos por todos lados, doblándose y escurriéndose como serpientes que entran y salen, palancas que se hunden, fingiendo raíces, en las hendiduras del suelo; al frente, la gran tapa redonda del fogón, con una mirilla abierta por la que se ven arder las piedras negras del coque; dos tubos más gruesos, como muslos, salen del piso a uno y otro lados y van a unirse arriba, formando un arco. Además, grifos calientes por el vapor, llaves circulares en cada tubo y raros relojes (le una sola manecilla. Sobre la cabeza, una correa sucia que escapa por un orificio pequeñito hacia el silbato.

-¿Ya despegaron los carros?

-Sí, señor.

¿Todo listo, Efraín?

-Sí, señor.

Me miró.

-¿Quieres quedarte?

En respuesta, me senté sobre una pila (le cajas. Efraín dio vuelta a una llave, movió una palanca, tiró (le la grasienta correa, el silbato lanzó dos gemidos agudos, afuera las bielas entraron en los émbolos y volvieron a salir, las ruedas deben haber dado vueltas cambiando (le posición sus medias lunas. El paisaje comenzó a desfilar, se movieron las manecillas (le los relojes y a través (le las rejas que lo tenían preso, el fuego (le la caldera pareció crecer como si quisiera escaparse.

-¿Vamos nosotros tres solos, Marcos?

Me indicó los cajones.

-¿Te parece poco esta compañía? ¡Cuarenta cajas de dinamita!

La locomotora se detuvo y se acercó el general Campa.

-Hay que esperar un momento -dijo-. De allá arriba -indicando el cerro más alto- les darán la señal.

-Muy bien, mi general. Estamos listos.

Nadie habló mientras estábamos esperando; Marcos, asomado por la ventanilla, lanceaba con la mirada la cresta del cerro. Una bandera roja se agitó tres veces en línea (le péndulo y Marcos hizo un ademán, subiendo y bajando la mano. Otra vez Efraín movió las palancas, hizo girar las llaves y tiró (le la cola del silbato, que gritó como animal herido.

-¡A toda máquina!

Chorros (le vapor, escapados (le los tubos laterales, nos formaron cortinas a ambos lados. Un resoplido como de angustia partió (le todo aquel complicado mecanismo, que comenzó a deslizarse sobre los rieles; en un minuto entramos en el cañón entre los cerros que nos vieron pasar con un enorme alarido (le todos los atrincherados, y banderas rojas ondearon en los peñascos más altos. Frente a nosotros, el llano que brillaba bajo el sol (le media mañana parecía acabado (le lavar; a nuestro lado pasaron los postes dando latigazos al penacho (le humo que se acostaba hacia atrás; las rocas y las plantas huían a los flancos como reses enloquecidas.

-¿Ya?

-Sí, señor.

-¡Vámonos!

Efraín asomó a la portezuela, inclinó la cabeza, abrió los brazos y saltó al vacío; no vi el lugar del suelo en que cayó.

La máquina siguió corriendo; la velocidad la hacía oscilar como una canoa en río crecido; las ruedas iban golpeando con furia el riel interminable. Silbaba el vapor por todos lados; todos los hierros de la máquina rechinaban como un estertor. A cada segundo, un poste pasaba frente a nosotros figurando un índice que marcara las distancias.

¡Brinca, brinca!

Marcos me empujaba hacia la portezuela. Vi a mis pies correr la tierra, como corren las aguas del torrente bajo los puentes. Tuve miedo.

¡Brinca, brinca!

Mis manos estaban agarrotadas sobre los tubos.

-¿Tienes miedo?

Le contesté con una mirada, pidiendo el ejemplo.

Debió haberla comprendido.

Me hizo a un lado.

Así, mira...

Abrió los brazos, como para sostenerse en el aire, y saltó. Cayó (le rodillas, con las manos en suelo, y se levantó luego. Yo lo veía empequeñecer y quedarse atrás. Me hizo señas agitando las manos en lo alto. Si gritaba también, no le oí. Me pareció que la locomotora caía en un precipicio, (le tan aprisa que iba. "¡Cuarenta cajas (le dinamita!" Me lancé a la portezuela, abrí los brazos y salté.

Me recibió el arenal, que hundí con la cara, atontado; y cuando me levantaba tambaleándome, fui derribado (le nuevo: un gran viento sonoro pasó sobre mí, sacudiéndome; un estallido como no lo había escuchado jamás, me ensordeció: ante mis ojos, por allá donde estaba la placa "Km. 1313", que había llamado la atención (le Marcos, vi una luz tan deslumbrante, tan roja, tan viva, como si un pedazo de sol hubiera caído sobre los rieles. Después todo quedó envuelto en un humo color (le naranja sucia. No pude pensar en nada, y eché a andar por el camino que habíamos recorrido un minuto antes; doscientos metros delante iba Marcos; Efraín era solamente una mancha negra.

A mi espalda, muy lejos, sonaron silbatos de otras locomotoras, las que el (lía anterior habíamos oído anunciar "enemigo al frente"; y poco después, la misma voz gruesa, voz (le amenaza, voz de odio, (le los cañones.

Abajo del cerro más largo, el (le la izquierda, semejantes a tres cubos de azúcar, había tres casitas pintadas (le blanco. Hacia ellas caminé, buscando refugio. Me sentía abandonado, en medio (le la tormenta más grande de mi vida.

Marcos, que me había visto caminar, comprendiendo que yo estaba a salvo, se adelantó a la carrera; Efraín había desaparecido en el tajo abierto entre los (los cerros y yo me movía lentamente, desconfiando (le mí mismo, igual que los borrachos. Me comprendía vivo por casualidad; de la muerte no me había separado sino un salto (le desesperación. Y si hubiera muerto, ¿qué importaba? El desprecio a la vida dio un soplo y el miedo se me esfumó como el humo (le una granada, quedando limpiísimo un cielo (le indiferencia. Después (le la catástrofe, que no alcanzaba a imaginarme, del "Km. 1 313", ¿qué más podía venirme? Mis piernas fueron recobran(lo su firmeza, mi cuerpo su aplomo, mis pensamientos su coordinación.

Pasaba sobre mi cabeza el aleteo (le las granadas que enviaban los cañones federales. Si hubiera tenido mi carabina me detendría a disparar. Pero con pistola..., ni siquiera valía el trabajo de sacarla de la funda. Las bombas estallaban en el flanco del cerro donde estaban los hombres de Campa; otra de ellas se convirtió en vellón amarillo precisamente en el centro de la "V". El otro cerro, con sus cantiles cortados como por hacha, era inaccesible; estaba yo separado de los míos, solitario entre dos ejércitos en combate. Nada tenía que hacer sino ver y esperar.

Llegué a una (le las casas pintadas (le blanco, que parecían cubos (le azúcar; deben haber sido hechas para ferrocarrileros, para trabajadores (le la vía; no tenían mamparas en la puerta ni en las ventanas, una hacia el cerro, otra hacia el llano; sus muros eran gruesos, (le piedra y cal. Me sentí seguro, me quité la pistola y la dejé en el suelo.

Era menos (le mediodía; si me ponía (le codos a la ventana abierta hacia el llano, me sacaba mis cabellos un rayo (le sol. Era el mejor sitio para presenciar el espectáculo, pues en las posiciones (le Campa nadie se movía. Por largo rato continuó la cañoneada; en las laderas amedrentadas (le los

cerros, las granadas esparcieron sus migajas; a veces las sentía yo pasar sobre mi madriguera, haciendo cabriolas como caballos inquietos. El sol, curioso, comenzó a elevarse, blanqueando la tierra, calcinándola; calentando el aire, brillantándolo, puliéndolo como para una fiesta. Los Colorados esperaban tras sus barreras (le roca, sin disparar, quizá frotándose las manos con tierra para que no resbale la carabina, según decía Aguirre. Luego, en la cresta (le aquel cerro que habíamos bordeado en la madrugada, aparecieron unos vellos negros en un lunar; cambiaban (le sitio con rapidez, por lo que imaginé que serían hombres a caballo; bajaron (le la cima y se situaron a la orilla del llano, mientras por los bajos, a uno y otro lado (le aquella misma altura, comenzaron a desbordarse unas masas negras que se fueron esparciendo en la planicie, semejantes a aguas libres, aproximándose lentamente. En un principio, los componentes de estas masas estaban tan cerca unos de otros como las matas de un cañaveral; después se fueron separando, extendiendo, como el ganado cuando sale a pastar, y se veía cual si los vaqueros lo arrearan hacia nosotros.

Unos clarines, hermanos (le los (le Santa Cruz (le Neira, esparcieron sonidos que nunca antes habían aleteado sobre aquellas lomas, aquellos mezquites, aquellas rocas blancas; y los cañones seguían tosiendo con accesos regulares.

En el centro (le la llanura, los extremos (le los dos torrentes se unieron y vi cómo se desviaban (le mí, hacia la parte más lejana y más baja del cerro donde estaba Campa, donde se alarga más la pendiente, donde no hay cantiles verticales, donde las rocas parecen irse encogiendo. Y antes (le que se oyeran cuchichear los rifles, la masa se detuvo, los cañones tuvieron un instante de alivio. Debe haber sido exactamente el mediodía, porque el rayo de sol dejó de entrar por mi ventana.

Luego, el núcleo se descompuso; una línea angosta y larga, una hebra de hombres, una cáscara, se desprendió y comenzó a ascender por la ladera; otra le siguió al poco rato, otra tercera se llevó el resto; y entonces fue cuando los cañones volvieron a sonar y cuando en su coro se mezcló una voz nueva; era como una rueda de disparos que fueran dando vueltas (le un manubrio; su celeridad era uniforme, su sonido monótono; eran las ametralladoras que anunciaban su presencia cacaraqueando.

Al cañón le había perdido el miedo desde aquella granada que maduró sobre mí, dejándome ileso. La ametralladora era un enemigo nuevo; en saberla manejar y en ignorarla radicaba una de las más grandes diferencias entre los Colorados y nuestros enemigos. Me sentí como si estuviera atado ante una fiera. Retiré los codos (le la ventana, caí (le rodillas y me incliné hasta que la mira (le, para salir, tenía que lamer el borde de la pared. Si la ametralladora hubiera apuntado hacia mí cacaraqueando otra vez, me hubiera rebanado la frente, como un hachazo parte el tronco (le la encina.

Hasta entonces fue cuando las carabinas de culatas amarradas con alambre, raspadas y sucias de los Colorados principiaron a estornudar. De las crestas del cerro, las cadenas de estallidos echaron a rodar un alud de proyectiles; las balas de acero y plomo de los 30-30 cayeron como granizo sobre los árboles, derribando las hojas. Al rugido empavorecedor de los cañones y al chasqueo incesante de las ametralladoras, montañeses y campesinos contestaban con sus armas diestras en la caza del venado y en la muerte del puma. Todas hablaron menos la mía, abandonada bajo la panza (le un caballo muerto en un matorral que ardió.

Las olas no pueden trepar por los acantilados; los azotan, penetran en las oquedades, mughen al estrecharse entre las rocas más altas, se deshacen en espuma entre los riscos y regresan como para tomar impulso y subir más alto. Así, la primera hebra (le hombres llegó a la mitad del declive se detuvo, se deformó entre los peñascos, retrocedió revolviéndose con la otra cáscara, tornó a subir, a detenerse, a regresar, a mezclarse con la tercera que la alcanzaba y (le nuevo fue a chocar contra la ladera, a deshacerse como espuma, a caer en el plano.

¡Entonces las ametralladoras no habían rebanado como hacha de leñador, la frente (le Campa, la (le Marcos, la de Álamos, la de Baca, la de Armendáriz!... ¡Me puse en pie, y echando medio cuerpo fuera de la ventana, abarqué todo el espectáculo de una sola y libre mirada!...

Otra vez suena el clarín, un clarín vibrante y grave que grita cual si fuera un jefe, y el cañoneo enfurece como animal que cayó en una trampa; vense los copos amarillentos (le las granadas cuando nacen sus balines, sobre la cresta misma del cerro atacado, todo a lo largo (le ella, y parecía que los artilleros quisieran nublar las trincheras. Del cañaverál (le jinetes, varios tallos se desprendieron, unos hacia la infantería detenida en la playa, otros que brincaron sobre el cerro que ocultaba (le mi vista los trenes expectantes (le la columna federal. Y mientras el cañoneo seguía dando sombra a las trincheras, otra masa de hombres apareció en la lejanía, se adelantó de prisa, se mezcló con la primera, la ensanchó, la espesó, dobló el número de sus ametralladoras, la hizo dividirse ahora en cuatro líneas que se adelantaron otra vez hacia la colina salpicada, desde la primera marejada, (le inmóviles puntos negros.

Ahora, el oleaje subía con lentitud; tras de cada roca, los federales se detenían a hacer fuego y no adelantaban hasta que la línea de atrás los empujaba. Cañones y ametralladoras competían en descargarse rápidamente, y (le arriba del cerro los Colorados hacían tronar sus carabinas sin descansar. El asalto federal, lento y firme, tuvo que detenerse (le nuevo a la mitad de la ladera, donde la mano poderosa (le los 30-30 les había marcado el alto ya dos veces. Sonaban los clarines con órdenes (le avance, con frases (le ánimo, pero las cuatro líneas fundidas en una sola no adelantaron una roca más.

Quizá media hora estuvieron así, cambiándose disparo tras disparo, y luego, la masa (le atacantes cambió el frente, como si quisiera penetrar por en medio de los (los cerros nuestros; la vi venir hacia mi refugio y oí golpes en el muro; una lluvia (le arenilla se mezcló a mis cabellos y tuve que ocultarme otra vez, asomando solamente cuan(lo no sentía el redoble (le las balas sobre la pared. En una de estas ocasiones vi cómo se adelantaba para unirse con la infantería un jinete (le camisa color lila; quizá se había despojado (le su guerrera a causa (le aquel calor (le plomo derretido. Entonces pensé en la pistola y sacando la mano por la ventana, vacié su carga sin saber hacia dónde.

Los federales no llegaron hasta mi defensa; oía solamente sus gritos y sus disparos, cada vez menos frecuentes. Una voz lanzada cerca dijo claramente: "Rindan armas, muchachos". Luego, muchos más gritos, menos estallidos. Asomé cautelosamente; los atacantes se agitaban en confusión, arrojando las armas a tierra, corriendo sin rumbo. El jinete de camisa lila no estaba ya a la vista. Me pareció que algunos soldados reñían entre sí, como si unos quisieran avanzar y otros retroceder. Y mientras tanto, seguían los Colorados restallando sus latigazos.

Muchos soldados se alejaron a la carrera, otros les siguieron a paso largo, unos cuantos se

retiraban apuntando todavía sus rifles hacia las crestas. El tiroteo comenzó a resbalar hacia el silencio; no llegaba todavía, pero comprendí que la pendiente lo llevaría hasta la cima sin remedio. Las ametralladoras habían dejado de cacaraquear y solamente el cañón renegaba (le vez en cuando, más ronco, más cansado).

Unos silbidos lejanos, voces (le locomotoras se acercaron desde el norte; un gran griterío brotó (le las alturas (le los dos cerros (le Rellano. Me acordé del tren que llegó a Baca, con el refuerzo. Los federales seguían alejándose, ya sin disparar. Había llegado la hora en que baja la marca.

Todavía volaron muchas bombas mientras el enemigo llegaba a su cerro, su punto (le partida, y desaparecía tras él. Después, la tormenta rodó definitivamente hacia el silencio.

Salí (le mi casa blanca cuando los demás Colorados comenzaron a bajar (le sus trincheras y me revolví entre ellos para recorrer el llano, desolado, como si la tempestad que pasó sobre él hubiera absorbido todo lo viviente. Una larga tropa (le caballería salió por el cañón y nos ganó delantera, mientras nosotros vagábamos en las laderas, saltando entre las rocas hacia las manchas negras caídas sobre el terregal. Tres ametralladoras habían quedado silenciosas, abandonadas, entre grupos (le muertos yacentes en posiciones inverosímiles, cubiertos (le polvo, como escarchados. Sus caras y sus manos sucias parecían amortajadas con tierra; sus ojos opacos, como cubiertos (le moho.

Me incliné sobre uno para recoger el fusil medio cubierto con el cuerpo; frío, congelado, el soplo de su vida se había evaporado al esparcirse la sangre en la superficie porosa (le la tierra.

Marcos llegó a caballo, con mucha gente.

Vamos a ver el choque -me dijo.

Y montando en ancas (le su caballo, como la noche anterior, galopamos hacia donde había visto caer un pe(lazo (le sol. Todavía no llegábamos al sitio preciso de la explosión, cuando los caballos comenzaron a brincar sobre trozos (le hierro aún tibios, sobre durmientes deshilachados, sobre pedazos (le cuerpo humano, negruzcos y sangrientos. Después vimos rieles (le acero retorcidos como ramas secas, tubos rotos, ruedas incompletas, brasas de coque chamuscando los mezquites.

De nuestra locomotora no había quedado sino una (luna de hierros arrugados, sobre la que habían caído unas planchas de acero cuadriculadas de blanco y negro, restos de una góndola blindada; más allá, hacia el sur, media plataforma tendida de costado había volcado en el suelo su cargamento de listones de madera y otra máquina, destripada, hundida la frente como si le hubiera caído una montaña encima, rotos los rayos de su abanico guardavía, aplastada la redonda chimenea, destrozado su fanal, yacía con las ruedas sumergidas en tierra: era un cadáver (le locomotora. Y entre todas esas ruinas, restos humanos, cuerpos incompletos, fusiles retorcidos.

Varios de nuestros hombres removieron unas cuantas piezas como si buscaran algo; luego, abandonaron esa labor por inútil y cabalgamos nuevamente a continuar el recorrido.

La tarde decaía, fatigada. Sobre los cerros aparecieron grandes nubes que parecían absorber las últimas blancuras del (lía; sus masas sobrepuestas figuraban, a veces, cabezas (le viejos barbudos y (le mujeres despeinadas, lomos (le potros, puños amenazantes, cerros (le vapor que se encimaban

sobre los (le roca. Encontramos (los cañones, quietos, abandonados, muertos también, vacío su ojo único. ¡Qué satisfacción ponerles la mano encima y sentirlos callados, fríos, inofensivos, vencidos! Cuando varios jinetes los ataron a la punta (le sus reatas y los arrastraron por el llano, hacia nuestros trenes, los cañones inclinaron la trompa hacia el suelo, humildes, tristes, bestias capturadas.

Y llegamos a los trenes cuando volaban por el aire las primeras flechas (le la sombra. Encontramos un grupo como (le treinta federales, hechos prisioneros por la ca ballería que se nos adelantó; pálidos, la sangre no lograba trasparentarse bajo la piel espesa y sucia; estaban como enmascarados (le muertos. Campa los interrogaba y ellos decían quiénes habían sido sus jefes, cuáles sus batallones, cómo habían atacado, quiénes iban heridos.

-¿Y el de la camisa lila?

-Mi mayor Nicolás Martínez.

-Estaba ya herido de una mano cuando se quitó la guerrera.

-Le dieron un tiro en el esternón y otro en la cabeza.

-Cayó del caballo y se lo llevaron entre cuatro.

-¿Muerto?

-Sí, señor.

-¿Y por qué se acercó tanto?

-¡Quién sabe! Vendría a darnos ánimos al ver que estábamos aflojando.

Recordé la franja (le oro que en el retrato le cruzaba el pecho y que quizá hubiera detenido la bala si no se hubiera quedado en camisa lila. `Jefe (le Estado Mayor, que regresa (le las escuelas militares (le Europa." ¡Para morir en la desolación del desierto! ¡Valiente! ¡Valiente! Se hubiera quedado allá, tras los cañones, viendo el combate a través de sus prismáticos... Pero no; vino a compartir con sus soldados la angustia (le un asalto fallido y balas cansadas (le vagar fueron a posarse en su cuerpo (le atleta joven. Sentí ganas (le llorar por él, como si hubiera sido un amigo, e instintivamente me toqué la pistola, vaciada sin apuntar, desde una ventana de la casa que parecía terrón (le azúcar.

Imaginándome que una (le mis balas le hubiera matado, sentí vergüenza (le mí mismo.

Los trenes nos arrastraron hacia el norte, y dormimos en Jiménez.

Decepción

Estamos otra vez acuartelados en los carros, en el mismo sitio que tres (lías antes. Otra vez nos domina la incertidumbre y la impaciencia. ¿Para qué hemos salido? ¿Para qué fue el sacrificio (le hombres que se quedaron bajo sus caballos muertos, en un matorral ardiendo? ¿Para qué aquel destrozo de cuerpos humanos lanzados por los aires al detonar la dinamita de la máquina loca? ¿Para qué sacrificamos a Nicolás Martínez y a tantos otros que quedaron tendidos en las laderas (le los cerros (le Rellano? Nos encontramos en la posición que teníamos antes (le la batalla. Si vencer es adelantar, conquistar, penetrar, no hemos vencido. Me paso la mano por mi cara imberbe y recuerdo a Campa. Después, mi pensamiento brinca, como caballo (le ajedrez, a Orozco. Dudo (le ellos, que nunca llegaron a inspirarme admiración ni confianza. ¿Qué estamos haciendo otra vez aquí? Acuartelados en los carros, con órdenes (le no salir (le la estación, sino con permiso del general Ruiz, hemos visto pasar las horas (le dos días rodando silenciosamente sobre los rieles paralelos (le las desviaciones. Como si me hubiera cansado ya (le aquella vida, me había despojado (le la pistola, arrojándola como cosa inútil sobre unos cajones (le parque.

Los de la Brigada Ruiz no teníamos ya ni de qué hablar. En todas las caras veía yo la misma inconformidad, la misma inquietud. Marcos se pasaba las horas en la oficina del telegrafista, esperando un mensaje que no llegaba. Los demás, silenciosos, iban y venían entre los carros, por la mañana, por la tarde, por la noche.

Hasta que al encontrarme a solas con Alatorre, estallé como una granada que choca con las rocas de los cerros.

-¿Cuándo demonios vamos a salir de aquí?

Y tú, ¿qué prisa tienes?

-Salir de estos llanos vacíos, ver ciudades nuevas, caminar entre grandes bosques, por valles donde no haya tanta arena ni caiga tan a plomo el sol.

-Me haces gracia... Como si estuviéramos haciendo la revolución para que el señor teniente Abasolo se divierta.

-No es eso, pero creo que todos pelearíamos mejor si viéramos que en vez (le estar esperando a que nos ataquen, avanzamos, tomamos ciudades, nos acercamos cada (lía más a la capital (le la República.

Alatorre movió la cabeza con pesadumbre.

-Eso no será posible -dijo-. Todos los demás se han rajado. El compromiso era que el general Orozco y los suyos diéramos el grito (le rebelión e inmediatamente en todas partes del país seguirían los levantamientos hasta dominar al Gobierno. Pero nos han dejado solos. Nada más unos cuantos habladores dicen que nos ayudan, lanzando desde Estados Unidos sus manifiestos contra el

presidente, y nos gritan que avancemos, pero ninguno viene a meterse entre los balazos. Ni siquiera son para enviarnos tantito parque, que ya comienza a hacernos falta.

-¿Por qué fuimos nosotros los que comenzamos? Haber dejado que otros salieran primero.

-El general Orozco... Se hizo amigo de gente rica, enemiga (le (Ion Francisco, el presidente, y cuando menos pensamos, aquí estamos otra vez (le revolucionarios. Marcos no quería, ni Aguirre, ni yo, ni nadie de la brigada. Pero ¿qué habíamos (le hacer? Compromisos con el general Orozco. Resulta que el único que viene aquí realmente porque le (la la gana eres tú...

No tenía yo nada que contestar a esto y lo dejé seguir hablando.

-En el fondo, somos una bola de traidores. Muchos de los que estuvieron con nosotros en la pelea pasada, ahora son nuestros enemigos. Ya ves el Pancho Villa qué trabajo da. Él era un bandido y nosotros gente buena; ahora él es un leal y nosotros unos volteados. Y una mala causa no gana nunca.

-Luego, ¿estamos amolados?

-Para mí que sí. No nos queda otro remedio que defendernos como gatos boca arriba.

-¿Por qué no suspendemos la guerra?

-De todos modos nos fusilarán en cuanto nos agarren. Ten por seguro que al que le pongan la mano encima, lo truenan sin darle tiempo para que le tiemblen las piernas. Y para esas gracias, es mejor morir peleando, a ver cuánto tiempo podemos estirar la vidita...

Se puso en pie.

-No hables nada (le esto con el general, ni menos le platiques lo que yo te dije. Va a creer que los ando desmoralizando, y me echará una regañada buena. A lo mejor, hasta piensa que me ando rajando.

-No te apures, Alatorre, que no le diré nada. Pero si quieres saber lo que yo pienso, oye: no creo que Marcos pierda, porque vale más que todos los que vengan a atacarnos. A donde él vaya, he (le ir yo también.

Me puso la mano en el hombro, sonriendo. No volvió a decir palabra. Encendió un cigarro, tomó su sombrero y dio un brinco para fuera del carro. Yo me quedé haciendo esfuerzos por comprender por qué le había dicho aquella opinión sobre Marcos, pues no quería que éste llegara a saberla.

Más tarde, cuando lo volví a ver, lo llamé aparte para decirle:

-No le (ligas nada a Marcos... Me daría pena que creyera que...

Su ancha mano diestra me acarició torpemente en la espalda, casi con cariño.

-Te falta ver mucho todavía. Las cosas cambian completamente cuando uno va (le bajada...

No le comprendí; cambié el tema:

-¿Y qué estamos esperando aquí? Yo pensaba que después del triunfo (le Rellano, íbamos a precipitarnos tras de los federales, a tomar un prisionero en cada kilómetro, un cañón abandonado al pie (le cada cerro, un tren en cada estación. Y resultó que nos regresamos a nuestra base, mientras los federales deben haber regresado a la suya.

-Es que había enemigo por otros lados. El general González Salas había destacado una columna de caballería para que, avanzando a distancia (le la vía del ferrocarril, nos atacara por un lado mientras estuviéramos combatiendo con el grueso (le la división; el general Orozco tuvo que salir a batirla y aún no regresa. Por otro lado, Pancho Villa tomó Parral y el general Campa salió (le aquí por tren y lo está atacando. Ya ves que la revolución sigue...

Esa noche llegó Pascual Orozco, vencedor (le la columna federal de caballería; prisioneros sucios, heridos, cansados; (los cañones cautivos, silenciosos, vencidos. Los Colorados hablaban del triunfo. A uno de ellos, que sería oficial de Orozco, le oí decir:

-Son machos estos federales y nos dieron la prueba. Sepan ustedes que diez soldados se quedaron en una casita mientras los demás se retiraban y estuvieron peleando toda la noche contra doscientos de los nuestros. No hubo modo de agarrarlos vivos; al amanecer, uno de ellos abrió la puerta y salió corriendo. Fue el único que escapó, pues en la casita encontramos nueve muertos caídos abajo de las ventanas, todos agujereados (le la cabeza.

Otra vez

Siempre sucede que nuestro tren se pone en marcha cuando yo estoy dormido. Parece que hay el propósito (le salir todas las veces de madrugada, cuando nadie puede darse cuenta (le que partimos, del rumbo que tomamos, (le cuántos somos, a qué vamos. Cuando desperté, el convoy estaba detenido. Muchos de los soldados habían baja(lo de los carros y andaban sin rumbo, no lejos de la vía. Marcos, Aguirre, Alatorre y los otros oficiales no estaban a bordo.

Me asomé; adelante (le nosotros, sobre la misma ruta, se veía otro tren con gente, como a medio kilómetro. Quise saber lo que ocurría interrogando a algún soldado, pero recordé, como si las hubiera visto frente a mí en un cartel, las palabras (le Marcos: "Nunca preguntes nada. En la guerra hay que (lar la impresión (le que uno sabe lo que está haciendo".

Desconocí el lugar, luego no habíamos retrocedido. Los cerros lejanos tenían un perfil nuevo para mí. No encontré ninguna placa que marcara el kilometraje, ni tampoco rótulos con el nombre (le una estación. A distancia, casas (le un solo cuarto, plantadas sin orden, parecían querer defenderse (le nosotros con trincheras (le chiquillos sucios y descalzos alineados en las puertas. Perros flacos, audaces y humildes por el hambre, husmeaban bajo los carros, buscando desperdicios.

Un ojo de agua, redondo, de bordes hundidos, (le líquido azul, daba de beber a un semicírculo de sauces que inclinaban sus ramas hacia el espejo ondulante. Soldados que llenaban sus cantimploras espantaron a un becerro cara blanca que corrió hacia el tren, se detuvo sorprendido ante nuestro carro y huyó por el campo con el rabo levantado. Un buey (le cabeza abrumada (le tanto llevar la coyunda permanecía con las patas metidas en el agua, y dos burros mancornados se alejaban a saltos.

Eso era todo lo que había que ver; nadie del pueblo con quien hablar. Y me mezclé con los soldados para oír sus pláticas.

Yo creí que Martiniano se pelaba. Le cayó la granada tan cerquita, que cuando se bajó el polvo vimos que al pobre le faltaba una pata. Nunca pensé que un hombre echara tanta sangre; parecía un buey. Pero lo amarramos muy bien y cuando salió el tren (le heridos para Chihuahua, el hombre iba fumándose un cigarro.

Y luego, en diferente grupo:

Yo (ligo que lo que más les espantó fue la máquina loca. Afigúrate lo que ha (le ser que lo mochen a uno en pedacitos y lo avienten p'arriba...

Otro:

-La carne de los carablancas es la más fina. Nada mejor que matarlos a bala y sacarles el puro lomo para asarlo con todo y cuero. Si no tienes sal, le quitas la bala a un cartucho y echas a la carne tantita pólvora...

Más allá:

-¡Cuarenta cartuchos por cabeza! ¡Ya ni la amuelan! Cualquier día van a querer que uno pelee con las uñas. Cuando la revolución del señor Madero, sí teníamos parque hasta para disparar a lo loco. Veías tú llegar a los gringos con mulas y más mulas cargadas, y había soldado que traía hasta trescientos cartuchos encima. En cuanto se te acababan, pedías más y ahí venían corriendo a dártelos...

Ninguno decía adónde íbamos. Y después (le todo, lo mismo daba. Desde aquellas cosas que me dijo Alatorre, comencé a sentir indiferencia por cuanto pudiéramos hacer. Comprendía que fuese yo para acá, o para allá, las cosas no cambiaban de aspecto. Había que confiar en Marcos, en lo que él dijera, en lo que él hiciera. Si él ganaba, ganaría yo también. Si él perdía, "ni tiempo para que le tiemblen a uno las piernas".

Llegué hasta nuestra locomotora. El otro tren estaba sobre los mismos rieles, pero como apuntando hacia nosotros. En los techos de los carros veíanse los soldados apretados como cartuchos en la canana. Una masa oscura (le hombres reunidos a la sombra del último carro, me dio idea (le dónde podía estar Marcos. Después, aquella máquina dio tres silbidos, todos los que estaban en tierra montaron a los carros y el tren fue retrocediendo. La nuestra dio dos, montamos nosotros y avanzamos. La vía fue haciendo curvas por entre cerros, como si retrocediera; y en ellas veíamos al otro tren, que parecía ir resbalando (le cola.

Apareció a la orilla del camino una casa pintada (le rojo, con techo (le láminas inclinadas: una estación. Y la vía se dividió en (los, para que el otro convoy entrara en una rama y el nuestro en la paralela. Pude observar a los orozquistas que nos habíamos encontrado, con sus cartucheras lacias, pobres (le parque y muchos (le ellos vendados, manchados de sangre. De uno de los carros partía rumor (le hombres que se quejaban. Nos vieron pasar con indiferencia, sin ganas (le hablarnos. Y después (le un minuto (le espera, la cadena (le vagones se puso en marcha y se alejó por donde nosotros habíamos venido. Marcos subió al carro, con los demás.

A la orden, mi general...

-Campa... derrotado.

Me dio gusto. Tuve que hacer un esfuerzo para no sonreír. Después, Marcos y yo nos quedamos mirando uno al otro, largamente, como si él esperara una interrogación que no partió de mis labios, pues me había hecho el ánimo de no preguntar nada más, ya que creía saberlo todo: los motivos (le la lucha, nuestra situación moral, el balance de las probabilidades (le éxito o (le derrota.

Y lo que era más todavía, mi espíritu había absorbido del paisaje inmóvil, (le los sauces que inclinaban sus ramas sobre el ojo (le agua, (le los chiquillos harapientos que hacían trinchera en las puertas, (le los burros mancornados que caminaban a saltos, la indiferencia.

Porque no podíamos "dividir la tierra en dos, ni igualar la altura (le las montañas...".

Guerrillas

Parecía que estaba enfermo el convoy en que íbamos; adelantaba lentamente, balanceándose sobre la vía, jadeando la locomotora como un ser poseído de fiebre. A veces, al llegar a una estación, Marcos bajaba y nosotros tras él, a inspeccionar todo; entraba en las piezas abandonadas, asomaba por las ventanas de rotos cristales, salía a los andenes y echando mano a sus prismáticos, veía y veía y volvía a ver el horizonte; luego, observaba las líneas rotas del telégrafo, algún poste derribado, alguna huella sobre la tierra cercana. Y volvíamos a montar al tren, que proseguía su marcha como un herido que camina renqueando rumbo al hospital.

La vía jugaba, gozándose en hacer curva tras curva, entre lomas y montes, pasando por el flanco (le uno, partiendo en (los los acantilados (le otro, cruzando más allá el cauce de un torrente abierto en el flanco de un cerro más grande. Una vez, como si la fuéramos persiguiendo, se metió entre dos picachos muy altos, y nos detuvimos. Marcos ordenó que se desprendiera la locomotora y fuese delante, arrastrando tan sólo una góndola (le las que se usan para el metal, (le paredes (le hierro, tras (le las cuales veinte (le nuestros hombres asomaban las cabezas y la punta (le sus fusiles.

La locomotora se perdió en los vericuetos de la vía. Vi cómo iba empequeñeciéndose hasta entrar en el cañón (le los picachos. Después, oímos su agudo silbido, puñal de vapor que desgarró las capas de aire, resonar a distancia, como si quisiera espantar algún mal espíritu escondido en los pliegues de las rocas. El eco devolvía débilmente la voz mecánica, y bandadas de pájaros volaron lejanas sobre las crestas de los cerros vacíos.

Un rato largo pasó antes (le que volviera a aparecer la góndola en la entrada del cañón. La máquina vino a engancharse (le nuevo a los demás eslabones. El jefe del pequeño grupo que fue a explorar, rindió su parte:

-Parece que no hay nadie, mi general.

Y reanudamos la rodada, curva y curva por entre los cerros.

En nuestro vagón había un nuevo huésped: una (le las ametralladoras que recogimos en la falda del cerro (le Rellano, aquel (lía de la máquina loca, de la casa blanca y de la camisa lila. Le habían abierto sus tres patas, rara postura entre la del hombre y la del caballo, y la pusieron apuntando hacia el campo a través del portón abierto. Era una especie de carabina, pero más gorda y más larga; por un lado, como si dijéramos por la cadera, se le metían unos peines largos, cuyas puntas eran balas; meneándole un rabillo que tenía más atrás, salían todos los tiros en el tiempo (le un estornudo. Además, tenía un asiento como los de las bicicletas, en el que uno podía sentarse para inclinarse sobre el cañón y afirmar la puntería.

-Tienes que aprender a manejar eso me dijo Marcos-, porque si agarramos más te voy a nombrar para que te lleves una.

-Está bueno, nada más que no tenga yo que echármela en el lomo...

-Habrá uno que te ayude, que la cargue, que la limpie...

Le hice un cariño a la ametralladora.

Curvas, cerros, precauciones. El sol que pasa, que baja.

-¿Por qué vamos tan despacio, Marcos?

-No conoces a ese Villa. Es el tipo más mañoso que hay. Si al amanecer estaba en Parral, al mediodía puede encontrarse a ochenta kilómetros al norte o al sur. Campa dice que no tenía locomotoras, pero no es difícil que se nos presente en el camino, en cualquier cañón, en cualquier bosque, donde crea que nos sorprende. Por eso, más vale ir despacio y viendo con cuidado para todos lados. Si las liebres saltan por donde menos se piensa, Villa se aparece más cerca todavía...

-Le están dando mucha fama con decir tantas cosas de él. Mañana que lo tengamos cogido...

-No lo pienses; a Villa no lo apresará nadie, ni con una red de esas grandes para pescar en el mar. Lo derrotaremos, sí; pero tomarlo..., como no se quede paralítico...

Otro alto. Aguirre anunció:

-Mi general, ya llegamos.

Era más (le la media tarde. Los rayos del sol pasaban horizontales sobre la tierra. Colinas y más colinas nos rodeaban por todos lados. Un mezquital poco elevado, pero espeso, parecía arrancar (le los flancos del terraplén para ir a alfombrar los altos y los bajos (le la tierra arrugada. No se veía ni un caserío, ni un lote (le tierra labrada, ni ganados pastando. Parecíamos estar en la mitad del campo, en el centro del vacío y del silencio.

Sin embargo, ya los soldados habían comenzado a bajar; abrieron las jaulas de la caballada, y echaron los animales a tierra. Fuimos a ensillar, y una media hora después todos estábamos sobre la silla, listos para partir, cuando Marcos dio la orden. La columna se puso en marcha por un camino de rueda descubierta a pocos metros de la vía. Los carros se quedaron abandonados, apenas escoltados por (los docenas (le hombres que conservaron la ametralladora.

Yo creí, Marcos, que íbamos a Parral.

-Pues para allá vamos. Sólo que no nos vamos a meter a la estación montados en el tren y toque y toque la campana.

-Claro que no. Villa es tan terrible...

Me miró, creyendo con algo (le razón que yo tenía ganas (le burla.

El mezquital comenzó a espesar y a elevarse. Marcos iba receloso (le una sorpresa. Otra vez nos habíamos formado en una columna larga y angosta, como aquella (le Cruz (le Neira. El sol había bajado hasta tocar la tierra; ahora sus rayos iban hacia arriba, desflecando las nubes doradas,

desvaneciéndose en la mitad del cielo pardo y opaco.

No hicimos el menor alto. Procurando conservar el silencio, atentos a todos los ruidos (le la noche y del matorral, trotamos hora tras hora. Se iluminó el lucero de la tarde y luego muchas estrellas más. Y los caballos continuaron su trote haciendo curvas entre los mezquites, subiendo y bajando laderas. Yo comenzaba a cansarme; hubiera preferido llegar en tren a la estación (le Parral, suene y suene la campana. Yo no creía que fuese tanta cosa ese Pancho Villa.

-¡Pie a tierra todo el mundo!

Habíamos llegado a un bajo entre dos cerros largos, (le poca vegetación. Arriba, en el cielo, se expandía una claridad grisácea. Yo no sabía cómo conocer la hora por las estrellas, pero por mi cansancio pensé que la medianoche no debía estar muy lejos. Ya era hora de dormir un poco.

-¡Carabinas y toda la dotación (le parque!

Comprendí que no se trataba (le dormir todavía. Me armé, dejé mi caballo a los que estaban encadenando y me fui a reunir a Marcos.

-¿Para dónde?

El general extendió el brazo: a un kilómetro, o menos quizá, estaba un cerrito cuya silueta se demarcaba claramente en el fondo de un cielo color plomo azulenco. Un cerrito de flancos muy pronunciados, casi como la copa de un sombrero de charro. Gente nuestra se había adelantado ya y su sombra oscurecía la sombra que flotaba en la tierra. Todos los movimientos se hacían en silencio. Yo esperaba algún centinela enemigo aparecer tras unas matas, gritarnos el quién vive y echar un tiro al aire. O bien, sonidos (le cornetas, descargas uniformes. Nada (le eso ocurrió; pronto nuestros hombres llegaron casi a donde debía estar la cinta de aquella copa (le sombrero. Nosotros íbamos detrás, a unos doscientos metros.

De pronto, lucecillas en la punta del cerro y un cacaraqueo como aquel de la ametralladora (le los federales. Alguien le debía estar meneando el rabo a una carabina gorda, montada en tres patas abiertas.

-¿Esa ametralladora es para mí, Marcos?

-Hombre..., espérate a que la agarremos...

¿Voy?

-No. Tú te quedas aquí, conmigo.

Yo voy, Marcos... ¿Para qué dijiste que trajéramos carabinas y toda la dotación (le parque?

-¡Usted se queda aquí conmigo, Abasolo!

La balacera arreció; allá arriba seguía la ametralladora que yo consideraba ya como mía

meneando el rabo como perro que recibe a su amo. Luego, la voz más conocida (le los fusiles habló de arriba para abajo y (le abajo para arriba. Marcos, inquieto, parecía querer medir la intensidad del combate, si había más gente en la copa o si era mayor el número (le la del ala. Así estuvo unos minutos, con los ojos abiertos e inmóviles, y yo me daba cuenta (le que él quería tener algo así como manos en las orejas para captar los sonidos, para contar todos los disparos, para separar los (le allá y los (le acá. El cuerpo en tensión se aflojó y dijo:

-Son muy pocos. Si no les llega más gente en un cuarto de hora les quitamos el cerro.

Como el volumen (le los estallidos no aumentaba, nos fuimos acercando. Nuestros hombres subían ya por la mitad (le la pendiente. Marcos dijo a Aguirre:

-Manda gente a caballo a (lar vueltas por las orillas. No vaya a ser que estén parapetados en otro sitio.

Yo iré personalmente, mi general.

-Bueno, pero regresas luego a informarme.

Repentinamente cesó (le rezongar la ametralladora. Nos quedamos atentos, esperando oírla (le nuevo. Pasaron (los o tres minutos, tiempo (le sobra para volverla a cargar o para que el operador, si estaba herido, cediera a otro su asiento (le bicicleta. Nada. Luego, el tiroteo huyó perseguido por el silencio. Todo quedó quieto: segundos que vuelan, minutos que corren y algún disparo suelto, como salpicadura.

Ya está. ¡Vamos!

Corrimos mientras el suelo era plano; repentinamente se inclinó hacia arriba, tan pendiente, que a veces había que apoyar las manos en alguna piedra para poder subir. Sobre nuestras espaldas comenzaron a pesar los rayos de la luna. Y sin oír más disparos llegamos a la cima, una planicie pequeña que podía caber en un vagón (le ferrocarril. Alatorre estaba ahí con unos cuantos hombres, los demás se habían diseminado, ladera abajo, hacia el otro lado. Ocho o diez manchas negras, de realce, eran los restos (le la gente (le Villa.

-¿Cuántos había?

-Unos quince, mi general.

-¿Por qué dejarían aquí tan pocos?

-Tenían esta ametralladora...

La mostró; estaba entre (los rocas grandes y no era como la (le los federales; ésta tenía un tubo más grueso, como el (le los cañones, tapado en la boca y abierto solamente en un tubito más pequeño, del tamaño de la falangeta (le un dedo, por donde salen todas las balas. En lugar de peine, una cinta de lona, larga, que sale (le un cajón (le madera, le trae los cartuchos para disparar. Parecía como si se le estuviera cayendo una venda. No me gustó.

-Es americana... ¿De dónde la habrán agarrado?

-Un prisionero dijo que un gringo la manejaba, no más que se fue en cuanto nos vio cerca.

-¿Cuál prisionero?

-Uno de esos que están tirados ahí. Como no sabía nada más, pues le dimos su pasaporte.

¿Qué dijo (le Villa?

-No sabía nada, mi general. Ellos tenían aquí casi treinta horas sin que los relevaran. Sólo el americano iba a comer y volvía. Tenían órdenes de no abandonar la posición.

Al otro lado del cerro estaba la ciudad, pero todas las luces estaban apagadas. Al fulgor (le la luna que se elevaba, vimos torres, cúpulas, casas en los flancos (le otros cerros, un río.

-Que no avance ninguno. Pueden estar escondidos en las calles queriendo darnos una sorpresa. Vamos a esperar a que regrese la gente que se llevó Aguirre para explorar.

-Muy bien, mi general.

Un rato después se oyeron ruidos por las calles como de caballería. Reflejos amarillentos (le luces que salían de alguna casa, por alguna puerta, por alguna ventana, daban la impresión (le que la ciudad revivía.

-¡Atención! Todos dispuestos a combatir.

-¡Atención!

-¡Atención!

Las voces fueron bajando del cerro a la ciudad. Y de la bocacalle más próxima se adelantó un grito:

-¡Qué gente!

-¡Aguirre!

Bajamos rápidamente. Era, en efecto, Aguirre, que había dado la vuelta a la ciudad. No había más enemigo que los quince hombres (le aquel cerro. Villa se había salido desde la tarde, temeroso (le que Campa recibiera refuerzos y los sitiara.

-Te dije que era más difícil agarrar a Villa que a una liebre con anzuelo...

Ya estaba parpadeando cuando entramos en un hotel (le (los pisos, escogido para Cuartel General. Unos cama reros con más miedo que sueño me llevaron a un cuarto donde había una cama con sábanas; ahora sí tendría que desnudarme para dormir. Y mientras me iba hundiendo en el sueño, recordé que una vez, hace quién sabe cuánto tiempo, tenía yo una casa con corredor y

patios...

El gringo

Por (los (lías sentí la impresión de que la guerra había terminado: cama con sábanas, mesa con manteles, agua, jabón, el rechinado (le las tijeras del peluquero, el roce (le las brochas y los trapos del limpiabotas, paseos en coche. Laxitud, indolencia.

Aguirre y Alatorre, Álamos y Baca salían por la noche y regresaban muy tarde; a la mañana siguiente, pálidos y ojerosos, tomaban agua en abundancia. Marcos y yo éramos los únicos que permanecíamos en el hotel; Marcos siempre esperando, esperando.

Desayunábamos, cuando llegó Aguirre acompañado por un hombre del pueblo, (le corta barba rojiza; en sus manos, un látigo de larga correa.

-Mi general, este hombre dice que sabe dónde está escondido el gringo (le la ametralladora.

Marcos se puso en pie tan violentamente que derribó la silla, y fuese hacia el hombre.

-¿Dónde está? ¿Dónde?

Aistá nomás ca el dotor. Hoy truje leña y le estaba descargando media cuerda, en el corral (le atrasito, cuando vi que pasaba el gringo.

-¿Estás seguro (le que es el que andaba con Villa?

-Lo vide muchas veces. Yo picaba leña en el corral (le (Ion Pancho.

-Teniente Abasolo -me disparó Marcos las palabras con la rapidez de aquellos rifles en tres patas-. Tome diez hombres y se va a aprender al gringo. Me lo fusila inmediatamente.

-¿Yo? ¿Por qué?

-Porque es un extranjero que vino a matarnos por negocio, un filibustero, un criminal en cualquier parte del mundo. Váyase aprisa, y que sea la última vez que pregunte por qué cuando se le (la una orden.

Salí confuso, por la reprimenda y por la comisión. Yo nunca había fusilado a nadie, nunca había visto un fusilamiento, no sabía fusilar. Pero ya Aguirre había reunido de la guardia del hotel los diez hombres que Marcos ponía a mis órdenes y el leñador del látigo se echó a caminar a largos pasos por una calle que hacía curva en un cuarto (le circunferencia. Los soldados me rodeaban, todos revueltos, muy contentos. Uno me dijo:

-Se conoce que es usted el consentido del jefe

No tenía yo, pues, más remedio que ir a fusilar al gringo. No sabía lo que debía hacer para ese resultado. Me vino a la mente un fragmento de novela: el comisario que toca una puerta, el criminal que aparece: "Daos preso, en nombre (le la ley". Yo diría "en nombre (le la revolución". Pero

¿después?

Llegamos frente a un portón que tenía un rótulo que decía "Doctor", y un apellido extranjero que me bailó en los ojos. El corazón me latía furiosamente; me erguí, me estiré la ropa. No encontraba ocupación a las manos y redoblaba en el suelo con las puntas (le los pies).

El hombre (le la barba rojiza tocó la puerta con el regatón (le su látigo.

-¿Quién?

Yo, la leña.

Una hoja de la puerta se abrió ligeramente, los soldados se metieron empujando y atropellándose. Cuando yo entré, vi a una señora de piel y cabellos muy blancos. "En nombre de..." No, no era ella a quien yo buscaba.

-Señor... -me dijo asustadísima.

Yo miraba para todos lados: al frente, un gran patio con macetas y arbolitos; más allá, la puerta del corral de la leña. La señora estaba muda, y yo, atrojado, sin saber qué hacer. De un cuarto del patio salió un señor, ya grande, de anteojos, vestido con un saco blanco y unos pantalones muy angostos. Tampoco era él a quien yo buscaba.

-¿Dónde está el gringo?

Yo soy alemán, y nada más mi esposa y yo vivimos aquí. Voy a llamar a mi vicecónsul.

El hombre (le la leña se había quedado fuera o se había ido; yo no lo veía. El doctor y la señora me miraban angustiosamente. Los soldados, impacientes, me pedían con los ojos la orden (le meterse, rifle en mano, por todos los cuartos. En un esfuerzo tan grande como cuando quería libertarme del caballo muerto, dije:

Yo busco al filibustero que andaba con Villa. Sé que aquí está.

Voy a llamar al vicecónsul insistió el doctor, y fue hacia la puerta. Un soldado lo detuvo del brazo. Otros, sin órdenes, se adelantaron al patio. La señora comenzó a llorar. De pronto, la puerta del corral sirvió (le marco a un hombre corpulento que se adelantó hacia nosotros; vestía una camisa gruesa, amarilla, abierta del cuello, y unas botas altas, amarradas con unos larguísimos cordones que le hacían equis en el frente, unas botas (le suela pesada que en la cantera del patio hacía ruido de caballo herrado. En su piel le resaltaban las pecas. Habló casi sin abrir las quijadas:

I am Thomas Fountain.

Comprendí, sin entenderle, que era el filibustero. Algo por el tono (le su voz, pero más por sus botas. Todo lo que tenía preparado se me olvidó.

Jálele para afuera -le dije, haciéndole un ademán así como cuando espanta uno moscas. Y

salimos todos en bola, echando a andar por mitad de la calle por la que habíamos venido. Ahora, ¿dónde lo iba yo a fusilar?

Un sargento que venía en la escolta, como si adivinara mi incertidumbre, dijo:

-Mi teniente, ahí a la vuelta está el cerro.

Llegamos a la callecita transversal, muy corta y muy angosta; tendría quince o veinte metros de largo, porque, luego, el cerro (le grandes rocas abundantes en aristas se elevaba como una copa de sombrero. Lo reconocí; nosotros habíamos trepado (le noche por el otro lado, bajo el fuego (le la ametralladora que este grandote que viene atrás nos disparaba. Y cuando nos acercamos, nada más bajó y se metió en el corral de su amigo, el doctor, mientras unos cuantos (le los nuestros se desangraban bajo las estrellas. ¿Qué tenía él que hacer en esta guerra? ¿Con qué derecho o en defensa (le qué cosa suya tiraba a atravesarnos la barriga? La visión del cerro y el recuerdo del asalto me calentaron la sangre y me indignaron contra el gringo. Comprendí por qué Marcos me dio con tanta violencia la orden (le que lo fusilara. Yo habría hecho lo mismo. Le dije:

-¡Ándele, amigo! Vaya a pararse ahí.

Le indiqué el extremo de la calle, donde unas rocas rodadas (le la cumbre se amontonaban.

Caminó lentamente; el ruido de sus botas daba solemnidad a sus pasos. Cuando dio media vuelta y vimos su cara, estaba rojo como un calenturiento. Con la cabeza metida entre los hombros y los puños cerrados, parecía como si quisiese endurecer el cuerpo para que no le entrasen las balas. Era el instante. No había que prolongarlo, ni por él, ni por nosotros.

¡Ahora! ¡Tírenle!

Los diez soldados dispararon desordenadamente, cada quien cuando pudo. Fountain abrió las manos muy despacio, echó la cabeza atrás y luego todo el cuerpo. Cayó (le espaldas, rígido, como un soldado de madera.

Atrás de nosotros se había reunido un grupito de curiosos. Algunas mujeres gritaron al oír los disparos. Los soldados echaron fuera de sus rifles los cartuchos, que saltaron entre las piedras. El sargento me dijo:

-Mi teniente, ¿me aprovecho de las botas?

Me miraba sonriendo, con unos ojos muy vivos. Debo haber hecho algún movimiento que él interpretó como señal afirmativa y se adelantó a despojar a Fountain de sus botas. Se las echó al hombro, colgadas (le los largos cordones.

Para salir, tuvimos que (lar unos cuantos empellones a la gente que se aglomeraba en la bocacalle y nos fuimos por aquella curva, en el mismo desorden en que habíamos venido.

Sonriente, mientras llegué a dar parte a Marcos, me quedé convencido (le que yo sabía fusilar muy bien.

La Revolución

Apenas las ruedas (le la locomotora que nos arrastraba fuera de Parral habían (lado dos vueltas, cuando alguien se acercó a nuestro carro, el último, y arrojó al interior un paquete (le papeles impresos; conocimos los periódicos (le la ciudad (le México, que nos caían después (le un rollo en parábolas por los Estados Unidos, y nos echamos a deshacer el paquete con manos impacientes, tomando cada uno un ejemplar. Buscamos en las páginas con ojos inquietos, y atropelladamente, conforme las íbamos leyendo, gritábamos las noticias:

Aquí dice que la columna del general González Salas salió (le Torreón el (lía dieciocho (le marzo. Vienen con él los generales Joaquín Téllez y Fernando Trucy Aubert, y el coronel Aureliano Blanquet, con el Veintinueve Batallón...

-Noticia vieja; éste dice que llegaron el diecinueve a Bermejillo, caminando por tierra la caballería (le Téllez.

Y el veinte avanzaron catorce leguas por el desierto (le arena.

-El veintidós, el tren de reparaciones anunció con cinco silbidos que había enemigos al frente.

-Lee eso...; lee eso...

Todos dejamos caer nuestros ejemplares y atendimos a la lectura que Aguirre hacía lentamente, como si no quisiera que una sola palabra saliera del carro sin que todos la hubiéramos oído. Era la versión enemiga de un "combate breve" contra unos "rebeldes" que aparecieron al flanco derecho de la columna. Una caballería salió a su encuentro y los cañones les hacen varios disparos. Los "rebeldes" se van; unas chispas de las locomotoras incendian el matorral, donde hay muchos heridos orozquistas caídos durante el encuentro. Y la caballería (le Téllez recoge bajo las panzas (le sus caballos a los "oficiales rebeldes" Ramón Cruz y Félix Hernández...

Marcos saltó:

Yo creí que habían caído muertos.

-"Ramón Cruz estaba herido en la clavícula derecha; la chaqueta de Félix Hernández, en la que brillaban las tres espigas doradas (le capitán, estaba manchada (le sangre..."

Lejos ya de la ciudad, el tren se balanceaba velozmente sobre la vía; en las curvas, el silbato arrojaba vapor azul y sonido agudo. Cerros cubiertos (le matorral compacto pasaban frente a las puertas abiertas (le nuestro carro. Dentro, todos nosotros, en silencio espeso de angustia, esperábamos cada palabra.

-"A todas las preguntas que se les hicieron sobre la posición y efectivos de sus tropas, contestaron con sonrisas desdeñosas. Nada se supo a través de ellos. Considerándolos estorbos en la columna, la superioridad ordenó que fueran fusilados, y cinco minutos después, ambos cayeron

perforados por las balas. El jefe Cruz recibió en la cara todos los proyectiles, y por eso, cuando ambos cadáveres fueron colgados (le los postes más próximos, una mano piadosa cubrió la cara (le Cruz con un pañuelo..."

Marcos no soportó más; la mezcla de su cólera y de su angustia hizo explosión. Apretaba las quijadas, y apretaba los puños, se dilataban sus ojos húmedos, enrojeció su cara como si toda la sangre quisiera salir a través de la piel. Se puso en pie y fue hacia la puerta, a recibir aire. Todos los demás seguimos en silencio. Alguno se pasó la mano por los ojos, otro tosió. Marcos nos daba la espalda, como si no quisiera que en su cara viéramos la ira y el dolor.

-Nunca pensé que nos mataran así. ¡Cinco minutos! Luego, en exhibición, colgando de los postes... Y aquellas manos "piadosas" que le cubren la cara... ¡Horrible! Hombres (le una misma patria, matándose así, como bestias...

Me acerqué a él, dejándole caer, suavemente, mi mano en el hombro. Sin volver la cara, me habló:

-¿Ves? Tú, que has unido tu suerte a la nuestra, sin saber por qué andamos aquí... Ése será tu fin: colgado (le un poste, con la cara destrozada por los proyectiles...

Hablaba como llorando, ocultándome su cara. Su voz apagada se perdía casi en el coro (le chirridos (le las ruedas, las cadenas, las maderas.

-El mayor Adolfo Ramírez, el (le Cruz de Neira, tiene en Chihuahua la ciudad por cárcel, bajo su palabra (le honor. Félix Hernández oscila como péndulo (le un poste, dando la hora (le la muerte.

¿Félix Hernández? ¿Félix Hernández? ¿Qué recuerdo tenía yo (le él? ¿Qué recuerdo?... ¡Ah! Su voz, su voz alegre y juvenil, que en la marcha por las arenas blancas del norte (le Rellano, decía: "Tiene (los años..., le gusta tomar la pistola de mi funda..., nos apunta..., se ríe..." ¡Un niño! ¡Un hijo!

Otro largo rato callados, viendo las montañas lejanas hundir su perfil en las nubes oscuras de tormenta, viendo cómo se encoge el matorral, y la tierra enrojece y brilla bajo el sol.

-Eso ya no tiene remedio, Marcos. Vengaremos a Ramón y a Félix Hernández. Al federal que capturemos nosotros, lo fusilaremos en cinco minutos.

-Pero no estamos peleando por venganza, Alvarito. La revolución es algo más, algo tan grande, que nos exhibe a los hombres en toda nuestra insignificancia: es la inconformidad del pueblo con su miseria. Cuatrocientos años trabajando para recibir en pago el hambre que lo enerva, que lo debilita, que lo agota. El hambre, una punta (le hierro hundida en el vientre. Las generaciones nacen y mueren con hambre, sin haberse sentido hartas nunca. Hasta que se arrancan del vientre aquel hierro, que en sus manos se convierte en arma para luchar contra su enemigo. Eso es la revolución.

-¿El presidente Madero no es revolucionario?

-Sí, lo es, y nosotros, sus contrarios, lo somos también. Pero queremos llegar al mismo lugar por caminos distintos. Madero, Orozco. Nombres nada más. Nosotros no debemos personificar las

ideas, porque el pueblo se aleja más fácilmente (le los hombres que (le las tendencias. No es preciso que sea Orozco el que triunfe sobre Madero, ni Madero el que se imponga sobre Orozco; es preciso que sea el pueblo el que triunfe, a pesar (le los errores, (le las pasiones, (le las locuras, (le la ceguera de sangre, (le los odios... y a pesar de los hombres. De estos hombres que estamos divididos en (los grupos: los que ayudan y los que estorban. Que nos serene y que nos consuele la seguridad de que podemos ayudar todavía, después de haber ayudado un poco...

Se calmó. Volvió hacia nosotros su cara de cartón, dura y pálida. Se sentó de nuevo. Y después (le un rato, Aguirre siguió leyendo:

- "El veinticuatro de marzo, los rebeldes estaban atrincherados en los cerros (le Rellano..."

Impotencia

Ahí estamos otra vez, atrincherados en los cerros de Rellano, esperando detrás (le las mismas rocas, frente a la misma planicie, bajo las mismas nubes quizás, el ataque (le una segunda masa (le enemigos. Allá abajo, donde comienza la ladera, veo las tres blancas casitas cúbicas, soleadas y limpias; la vía del ferrocarril que se aleja hacia el "Km. 1313", donde cayó el pedazo (le sol; los montecillos pelados al rape que nos ocultan, como cortinas (le roca, los movimientos (le los federales; a lo lejos, el espejo triangular del agua almacenada en un presón. Nada se mueve ante nosotros, nada vibra, nada suena. Ha vuelto a posarse sobre el campo la calma que con sus cinco alaridos ahuyentó el cañón.

Nos han colocado aquí por la mañana, muy temprano; ahora tengo el mando de veinte hombres que he puesto tras las rocas, diez a la izquierda, diez a la derecha. Me sigue un sargento que calza pesadas botas abiertas en el frente, donde los lazos forman dos docenas de equis. Es el mismo (le aquella vez.

Las horas se arrastran diciéndonos que vamos a esperar en vano. Y esperamos mientras el viento viene a molestarnos los oídos con su roce sonoro y levanta un vaho blancuzco (le la tierra.

Descubro una cosa nueva: al pie del cerro, entre dos crestas (le peñascos, se ve como un bosquecillo de palos secos; son cruces, plantadas sin orden, verticales unas, inclinadas otras, altas y bajas, abiertos sus brazos en todos sentidos. Ahí quedaron, encajonados en tierra, nuestros enemigos de ayer. ¿En cuál poste (le los que a distancia parecen alfileres clavados en el suelo, pendió con la cabeza cubierta el cuerpo (le Ramón Cruz? ¿En cuál fue, (le aquellos montes lejanos que medio se ocultan unos a otros en un tejido (le siluetas, donde caímos bajo nuestros caballos, en el oleaje (le fuego del matorral?

Allá, cerca de la vía, donde aún se percibe el esqueleto (le la locomotora muerta, en aquellos claros, fue donde capturaron los cañones que ahora, altivos y alegres como antes, tenemos (le nuestra parte. Y en aquel bordecito, y en aquellas rocas...

¡Qué optimismo nos producen estos recuerdos! La ladera nos parece, más que antes, inaccesible; las rocas, como nunca, trinchera eficaz: ¡todo ante nosotros lo podemos dominar con el fuego (le nuestros fusiles!

Por eso, cuando después del mediodía, allá entre los carros del sur suena otra vez, como un golpe de tambor, el primer cañonazo (le la batalla, reímos a gritos, enrojecidos, alegres; ¡cómo reía Marcos Ruiz! Pasan sobre nosotros, molinillos que baten el aire, las primeras granadas que se escaparon del vientre (le los cañones; otras estallan en el flanco (le los cerros, mezclando el amarillo azufroso del humo con el blanco sucio del polvo. ¿Y qué importa? El cañón no nos atemoriza ya.

Cuando una caballería asoma entre dos cerros, y se expande, y se acerca, y los jinetes desmontan, y vienen hacia nuestro picacho mientras las granadas vuelan en parvadas sobre nuestras cabezas, disparamos, serenamente, quietos, seguros, triunfadores por adelantado. Y los asaltantes

retroceden, y montan de nuevo, y se concentran donde se habían expandido, y se ocultan por donde aparecieron. ¡Arriba los Colorados!

Pero los cañones no se van; nos siguen disparando toda la tarde, y siguen cuando el sol se ha metido, y siguen cuando llegó la noche. Entonces, sí veo las granadas estallar como soles y brillar un instante en la sombra. Y dentro (le los ojos queda la mancha roja (le la explosión, mientras los oídos tiemblan.

Pasó Marcos Ruiz, brincando entre las rocas. Le pregunto:

-¿No vamos a dormir en Jiménez, mi general?

-Ni allá ni aquí. ¡Todo el mundo en sus posiciones! Sin cerrar los ojos, pendientes de un ataque nocturno.

Se fue. Apenas me había mirado, apenas me había hablado como a otro cualquiera.

Se cerraron las puertas de la luz en el poniente. La noche comenzó a desfilar, hora tras hora. Y el cañoneo continuó minuto a minuto, un cañoneo hermoso y perfecto. Comenzaban las bombas a estallar en el aire, a nuestra izquierda, muy lejos, allá donde terminaba el cerro al recostarse sobre el llano; brillaban, tronaban y el humo resplandeciente se iba disipando, se iba apagando, pero entonces se abría otra más cerca, en la misma altura, en la misma línea, y otra un minuto después más cerca, y otra más. Veíamos aproximarse las explosiones con temor, encogiéndonos, callando. Una a cien metros..., otra a cincuenta... Luego, arriba (le nosotros un ruido como cuando chocó la máquina cargada con dinamita. Hemos quedado mudos, tratando (le mirarnos unos a otros en la oscuridad que todo lo deforma.

El sargento es el primero en hablar:

-Sin novedad, mi teniente.

Otra granada estalla ahora a nuestra derecha; y las detonaciones se van alejando, pasan sobre la vía, brillan sobre el otro picacho, y cesan. ¿Es el final? ¿O esos artilleros no van a descansar nunca?

No. De nuevo, en el mismo lugar de la izquierda, en el extremo de nuestra línea, resuena otro estallido, y otro, y otro. Uno más repite el trueno sobre nuestras cabezas.

-Sin novedad, mi teniente -dice el sargento, y añade-: Nos toca cada veinte minutos.

Se sienta, recargando la espalda en una roca, estira las piernas, bosteza. Veinte minutos más. Sin levantarse, sin ver a su derredor, el sargento repite, cansadamente:

-Sin novedad, mi teniente.

Seis, ocho, diez cañonazos se han abierto sobre nuestro sector. Nadie se mueve ya; mis hombres se han tendido en el suelo. Sólo yo estoy de pie, viendo cada explosión. Ya tengo el fuego dentro (le los ojos. Ya lo siento en el centro (le mi cabeza, que me arde. Otra explosión más me colma. No

resisto ya; me adelanto por la ladera gritando:

-¡Mátennos de una vez..., mátennos de una vez!...

Alguien, seguramente un oficial (le la otra línea, me detiene y me habla suavemente, como a un enfermo:

Vuélvase a su sitio y no grite.

¿A qué horas va a terminar esto? ¿La noche va a ser eterna? ¿Seguirá una bomba cada veinte minutos, artillero reloj en mano, volcando sus balines sobre nosotros? Estoy desesperado, he perdido la noción del tiempo, he perdido la cuenta (le las detonaciones, cuando repentinamente cesa el cañoneo. Ahora, lo que nos molesta es que no vemos nuevas explosiones, que no oímos más truenos. ¿Qué esperan los artilleros? ¿Qué preparan? Comprendo que todos sentimos la misma angustia. Y pasa un tiempo como para cañonear toda la línea. Entonces me parece que (le nuestras posiciones surge un rumor, como si el ejército entero estuviera durmiendo.

Pero todavía la noche no acaba de desfilar cuando nuevas explosiones nos levantan; ahora más continuas, más iracundas, más cercanas de tiempo y (le distancia. Y vemos que por allá, por el presón que contiene las aguas en un espejo triangular, otras luces aparecen a ras de tierra; es que (le ahí nos están disparando, más cerca, a nuestro flanco. Los cañones callaron nada más para adelantarse. Y parece que este cañoneo ahuyenta la noche; la mañana llegó repentinamente, curiosa e inquieta.

Al mismo tiempo que el sol, sale una masa (le jinetes nuestros de entre los picachos; va a la carrera, como la máquina loca, hacia el presón donde está la artillería hostil. Se expande y se aleja. A las voces sonoras (le los cañones se une el coro rápido (le las ametralladoras; y la masa se mezcla, se deforma, se desconcierta; unas partes siguen avanzando mientras otras se detienen y otras retroceden. Una caballería enemiga aparece por allá donde estaban los trenes, en auxilio (le los cañones en peligro. Nuestra caballería se reúne, retrocede, se acerca, pasa a la retaguardia. Y el cañoneo sigue abriendo sus botes (le balines sobre nuestras cabezas.

De mis veinte hombres, uno ha muerto. Nadie supo cuándo, pues sucedió en la noche; quizá soñaba, cuando un puñado (le bolitas (le plomo le cayó sobre el cuerpo, perforándolo en todas partes. Ni siquiera debe haberse movido para morir. Está su cadáver sentado en el suelo, con las piernas recogidas, el tronco y la cabeza apoyados en una roca, como si durmiera; sobre los muslos quedó el fusil, barnizado de sangre. Tenía los ojos cerrados y las manos abiertas.

Toda la mañana nos siguen cañoneando; no nos destrozan, no nos atemorizan: nos desesperan. Nos muestran nuestra impotencia.

Como al mediodía, cuando hacemos la sombra en vertical, Marcos vuelve a pasar, gritando:

-¡A los trenes todo el mundo! ¡Nos vamos dentro (le media hora!...

Está bien, vámonos. Cuando las nubes negras se deshacen en granizo, es inútil dispararles con carabina; hay que correr no por pánico, sino por comodidad, a guarecerse bajo los cobertizos.

Nadie es un cobarde por no querer mojarse.

Pero hemos perdido la batalla y esto me violenta. Miro mi carabina que no había hecho un solo disparo en contra del enemigo que nos cañoneó durante veinticuatro horas. ¡Cosa inútil! La tomé por el cañón y con coraje, como si estuviera en una pelea desesperada, me puse a (lar golpes sobre las rocas (le basalto hasta que la culata quedó destrozada; con desprecio arrojé lejos de mí el cañón manco y bajé la pendiente del cerro hacia los trenes, dando puntapiés a los pedruscos. Y todavía, arriba (le nosotros, muy altas, como golondrinas cuando cae la tarde, reían las explosiones, felices (le vernos partir.

¡Qué ganas de ponerle la mano encima a uno (le aquellos condenados cañones, para llevarlo al cerro más alto (le toda la sierra y echarlo por un precipicio, donde se hiciera pedazos entre los rieles!...

Bachimba

La furia de impotencia no es hoguera que se apague con un soplo de viento. Se siente el deseo de destrozar, (le arrasar, de destruir. Y ya que el enemigo nunca se nos acercó lo suficiente para cazarlo con nuestras carabinas, en nuestra retirada destruíamos, arrasábamos, destrozábamos todo lo que estaba a nuestro paso, para que los federales no encontraran vía férrea sobre la que rodar, ni puentes por los que cruzar arroyos y ríos (le agua revoltosa, ni estaciones en las que detenerse, ni líneas telegráficas por las que transmitir sus informes. En quince días (le retirada lenta borramos del campo toda la vía férrea, atando a los rieles cadenas sujetas a una locomotora, que luego echaba a andar levantando las tiras (le acero, que se contorsionaban en las formas más inverosímiles; metimos dinamita a cada puente, volando las pilastras (le roca o los tirantes (le hierro; arrancábamos los postes de la línea telegráfica; quemábamos los durmientes en que la vía reposaba, para que hasta eso tuvieran que traer los enemigos. Una vez, en un ojito (le agua que encontramos al sur (le Camargo, arrojamos todo lo que había pasado por la panza (le los caballos, y aun agregamos un poco (le nosotros mismos, para que, cuando los federales llegaran, hasta el agua les supiera amarga. Hubiéramos querido derribar todos los árboles, para que al mediodía no tuvieran una sombra donde reposar.

Fue la impotencia de Rellano la que nos volvió salvajes; si los federales nos hubieran atacado como la primera vez, subiendo las líneas de infantería por la ladera de los cerros; si nos hubieran arrojado de las trincheras por la presión de masas (le hombres, si hubiéramos tenido que comprender que ellos eran más valientes y más decididos, nos resignaríamos con la derrota. Pero ¡que sin acercarse nunca a tiro (le fusil, sin exponerse a nuestro fuego, nos derrotaran nada más porque tienen unos tubos (le acero que matan desde muy lejos! ¡Qué rabia! Nuestra venganza fue hacerlos caminar más (le un mes sobre el arenal, bajo el sol cada día más ardiente, bebiendo el agua mezclada con nuestros desechos, apestosos a sudor agrio, mientras nosotros los esperábamos cómodamente en el cañón de Bachimba.

Cuando estaba a solas con Marcos, le discutía:

-¿Para qué vamos a hacer el mismo juego (le Rellano, a levantar trincheras en los cerros con la seguridad (le que los soldados federales no van a acercarse a ellas, sino que nos van a cañonear a cinco o seis kilómetros de distancia? ¿No estás seguro, como lo estoy yo y como lo están todos, (le que también nos van a sacar (le Bachimba y que no tenemos una sola probabilidad (le ganar?

Marcos estaba decepcionado, cansado, triste. Comprendía que todo se había venido abajo; hacía tres meses que nos declaramos en rebelión y estábamos solos. Nadie más en el resto del país disparaba un tiro contra el Gobierno. Y nos amontonaron soldados y más soldados, cañones y más cañones, para aplastarnos.

-Lo sé -dijo- y lo sabe el general Orozco, y todos los demás. Pero es una cosa de dignidad; no vamos a en tregar la ciudad de Chihuahua porque nos derrotaron a trescientos kilómetros (le distancia. Aquí nos estaremos resistiendo el fuego (le cañón un día y nos largamos. Después haremos la guerra (le otro modo; en partidas pequeñas, (le cien o doscientos hombres, podemos

derrotar a fuerzas iguales que no traigan artillería.

-Bueno, pues, si es por eso...

Hicimos unas trincheras (le piedra que no tuvieron otro resultado que engañar más tarde a los artilleros federales, porque ninguno (le nosotros se puso a cincuenta metros de distancia (le ellas. Destruimos la vía a la retaguardia, dejando todos los trenes en las estaciones (le Chihuahua. Nos retiraríamos a caballo, después (le una mañana o una tarde (le aguantarles la rociada (le balines.

Así fue. Nos encaramamos en (los cerros tan altos, que se ven a treinta kilómetros de distancia. Por en medio de ellos pasa la vía del ferrocarril, con curvas (le arroyo. Ni un árbol, ni una vereda, ni fieras hambrientas. Desierto (le basalto y arena, solamente; eso es el cañón (le Bachimba. A la derecha, a medio kilómetro, está el viejo casco (le una hacienda, con unos cuantos árboles grandes y luego, hacia el sur, una canal recta hasta el horizonte: ahí había sido la vía.

Esperamos a los federales otros quince (lías, porque alguien les dijo que habíamos puesto minas de dinamita en todo el llano, y venían husmeando en cada agujero. Hasta que una tarde vimos a distancia las humaredas de los trenes y el polvo (le la caballería que exploraba a los flancos. Todavía esa noche dormimos sin ruido, serenamente. Pero a la madrugada, apenas salió el sol, ya nos estaban moliendo con los cañones; ahora principiaban tirando a la cresta de los cerros, como si quisieran defor marles el perfil, luego bajaban la puntería con ganas de triturar aquellas bardas de piedra que habíamos hecho para trincheras, pero en las que nadie se había metido; y por final, antes de volver a empezar de arriba abajo, bombardeaban el casco de la hacienda, donde unos trescientos hombres estaban escondidos por si los federales se acercaban.

Y se acercaron, quizá con la creencia (le que no había nadie.

Entonces, los nuestros calentaron sus carabinas y por dos horas estuvieron peleando, pues los federales no quisieron retroceder y llamaron en su auxilio a toda la división. Cuando todo el fuego (le la artillería se concentró sobre la casa vieja y la arboleda, comenzaron a maniobrar la caballería por este lado y la infantería por el otro, para rodear a los nuestros; éstos tomaron sus caballos y se largaron.

Los demás hicimos lo mismo; caminamos un poco a pie por el centro del cañón, hasta llegar a un ojito de agua alrededor del cual estaba amarrada la caballada. Montamos con calma y echamos a caminar hacia el norte.

Como dicen en las novelas, el honor estaba satisfecho.

Retirada

Mientras galopábamos por la sabana (le tierra cobriza, en una tarde nublada y olorosa a lluvias cercanas, sentíamos a nuestras espaldas el rumor discontinuo del cañoneo; todavía estaban los federales bombardeando los cerros vacíos, en un alarde inútil (le poderío; parecía como si quisieran castigar a los peñascos, a las cañadas, a las trincheras (le piedra, por habernos protegido. Qué tranquilidad la de estar lejos, donde los estallidos no nos aturden ya, en aquella planicie tan nuestra y bajo aquel palio de nubes lisas que nos ofrecían, como consuelo en la derrota, la calma (le una tarde sin sol...

Lluvias que bailaron sobre la capa arenisca de la tierra la habían endurecido; hicieron retoñar los mezquites, nunca menos hostiles que ahora que están cubiertos (le hojas (le un verde nuevo, y fecundaron semillas traídas por los vientos, convirtiéndolas en millones de hierbas que diluían en el aire un perfume fresco. Verdeaban también las montañas en la lejanía, y en algunos arroyos que arañaban la llanura, aguas veloces hacían espuma al voltearse sobre las piedras.

Nos retirábamos lentamente, al trote corto; en todo lo que era llano se veían Colorados en marcha, como si quisiéramos cubrirlo para poseerlo todo por última vez. Mi mando había terminado, pues el sargento y los veinte soldados se dispersaron quién sabe para dónde. Y (le los demás jefes, ninguno se interesaba en (lar órdenes, como si no quisieran obligar a nadie a que continuara en una lucha que todos comprendíamos inútil.

Marcos y yo íbamos juntos y solos. Nuestros caballos trotaban acompasadamente. Le dije:

Y ahora, Marcos, ¿qué vamos a hacer?

-El general Orozco se va al norte; nosotros, al occidente. Después todos nos reuniremos en la sierra, en donde no pueden transitar los cañones, y combatiremos, combatiremos mientras tengamos vida. Entonces serán los federales los que estén en posiciones fijas en las ciudades, en los pueblos, en los ranchos, sobre la vía del ferrocarril. Los atacaremos cuando nuestras fuerzas estén niveladas y los venceremos. Cuando nos falte parque tendremos que quitárselo. Sorprenderemos sus trenes o caeremos sobre ellos cuando duerman en los cuarteles. Porque no hay que dejar morir la revolución mientras no se logren sus fines. Y si nosotros no podemos llegar hasta su término, otros vendrán a completar nuestra obra.

-¿Cuánto tiempo estaremos así?

-Meses...; quizá años. Estas grandes conmociones no terminan en un (lía. Recuerda lo que fue la guerra (le independencia: once años (le lucha. En ocasiones parecía que la hoguera se había apagado, consumidos todos los hombres que despedían fuego insurgente, pero venían otros y lo avivaban. Los iniciadores no vieron su obra concluida, ni veremos nosotros la nuestra, pero los que vengan después nos recordarán... Quizá modifiquen nuestros propósitos, pero la idea primordial, el bienestar del pueblo, subsistirá a través (le todos los cambios...

Me habló muy largamente, con los ojos apuntados hacia la lejanía, como si divagara, (le obreros, (le campesinos, (le fábricas, (le la tierra que hay que roturar y sembrar. Sus palabras me producían una visión borrosa (le fatigas y de angustias que todos aquellos hombres que nos habían acompañado en la guerra sufrieron antes. Y yo, que viví con ellos estos últimos meses, que los vi afectuosos y sinceros, valientes y buenos, comprendí que les había tomado cariño y que no podría nunca luchar si no era a su lado.

-Está bien, Marcos, nos iremos al occidente a esperar a que pasen los años.

Ya de noche llegamos frente a la ciudad. Apenas la tocamos al sesgo. El general Orozco había dado órdenes de que todos los hombres se embarcaran en los trenes inmediatamente sin tener tiempo (le penetrar. Quería evitarle el horror (le una multitud vencida que ha perdido todo freno. Y nos conformamos con ver las luces (le las calles y con escuchar los ruidos imprecisos (le la noche: policías vigilantes que tocaban su silbato; perros inquietos que aullaban incansables; la bocina (le algún coche que vagaba por las calles solitarias.

Un largo tren estaba destinado a nosotros, y pasamos la noche subiendo los caballos a sus jaulas a la luz amarilla (le linternas (le petróleo, esperando a los rezagados, deteniendo a los que intentaban escaparse rumbo a la ciudad, reuniendo los grupos (le cada jefe, repartiendo parque a los que tenían vacíos en sus cartucheras. Mujeres que hervían café en grandes ollas nos ayudaron a mantenernos en vela, y cuando comenzó a pardear, vinieron los ferrocarrileros a encender el fogón (le la locomotora y a revisar las cajas de estopa aceitosa, sobre los ejes (le las ruedas.

Todavía salimos al llano a ver si venía algún otro "colorado" que se hubiera quedado atrás, y al volver a la estación la mañana había llegado. Un vapor gris sobrenadaba en las arboledas y figuraba coronas (le humo en las torres. Chimeneas de los talleres, mole roja del teatro, estatuas (le los monumentos que sobresalen entre los pretiles de las casas... ¡Con cuánta precisión me señalaban cada lugar (le la ciudad! Ahora sí me dolía abandonarla, no como aquella vez que corrí tras una cabalgata que salía a la llanura; a ratos hubiera querido ir a sacar mi caballo (le la jaula en que dormía para echarme a galopar por las calles desiertas. Mas era preferible que nadie me viera ya. Aquello había dejado (le ser mío. Había que irse muy lejos, a tomar posesión (le la montaña.

Y cuando todo estuvo listo para partir y a gritos transmitimos las últimas órdenes de Marcos, y la locomotora comenzó a roncar sonando su campana, cuando el tren se puso en movimiento y los soldados aglomerados en los techos de los vagones dispararon sus armas al aire en señal de despedida, no quise ni mirar hacia el caserío, sino que le di la espalda, cara al campo, para recibir el viento húmedo de la mañana.

Pero tuve que morderme los labios para no llorar.

Dispersión

La cadena de vagones que nos habían destinado no se llenó con nuestros soldados; (le mil que salimos tres meses antes, Orozco había querido llevarse a Alatorre con quinientos, alegando que su campaña en el norte era más difícil que la nuestra; y quién sabe cuántos (le los que no murieron en los combates torcieron el rumbo después (le Bachimba. Ya no éramos ni trescientos los de la Brigada Ruiz. Y en una estación llamada Santa Isabel, Aguirre se acercó a Marcos, y le dijo:

-Mi general..., usted perdone..., dicen algunos de mis muchachos que como ellos son (le por aquí, prefieren hacer la campaña por este rumbo que conocen bien... Y quieren que vaya con ellos... De modo que si usted lo permite... Cuando usted regrese por aquí..., ya sabe...

Marcos lo miró con los ojos muy abiertos, forzosamente impasible. No le dijo nada. Lo abrazó y lo empujó suavemente hacia afuera del carro.

Aguirre se volvió para abrazarme también.

Adiós, Marquitos...

¿Marquitos? ¿Por qué me decía así? No me desagradó; yo admiraba a Marcos, ciertamente, y daría cualquier cosa por haber sido su hermano. Había llegado, en tres meses de seguirlo y (le estarlo viendo a todas horas, a co piar la cadencia de sus pasos, el ademán con que se ponía el sombrero, su costumbre de colocarse las manos en la cintura cuando estaba de pie, con las piernas abiertas como para afirmarse más en el suelo; imitaba las inflexiones (le su voz y repetía sus dichos más usuales. Miraba como él, inclinando la cabeza hacia adelante, y como él me distraía hasta ser insensible a las voces de los otros, como si viviera en un mundo lejano, extraño, totalmente diferente. "Marquitos..."; el apodo me daba una personalidad nueva, me acercaba más al hombre (le quien todos se iban alejando.

Adiós, mi coronel...; gracias por el apodo...

Esperamos como media hora, mientras Aguirre y sus muchachos bajaban sus caballos. Se alinearon frente a frente, y cuando partimos nos despidieron agitando sus sombreros. Yo no sé calcular muy bien, pero creo que serían como doscientos. En otra estación se fueron quince, y en otra como cincuenta. Venían a despedirse de Marcos con un abrazo, algunos tristemente. Todos decían:

Ya sabe que cuando vuelva por aquí...

Bajaban sus caballos y agitaban sus sombreros al alejarnos.

Marcos no detuvo a nadie; su serenidad no era ya forzada. Estaba apaciblemente triste. Me miraba sin hablar, rumiando un pensamiento que yo comprendía muy bien. Cuando el tren se ponía en marcha, asomaba al campo y hablaba (le cosas que no se referían al momento.

Allá, por aquella sierrita, tuvimos un combate muy fuerte durante la primera revolución; entonces conocí yo las ametralladoras. Por cierto que el general Orozco...

En una estación donde la vía se bifurcaba, dejamos ocho carros vacíos. Y otros quince o veinte montados nos vieron partir. Como iba ascendiendo, la locomotora rodaba muy despacio curva y curva por un plano inclinado que parecía que no terminaba nunca. Al mezquital habían sustituido las encinas de troncos arrugados, y cuando aparecía algún cerro, sus cantiles eran como más duros, como más afiladas las aristas de las rocas; las nubes eran más espesas y el viento más rápido. Nos acercábamos a la gran sierra. Atravesamos un ancho río (le aguas turbias, y en una meseta, entre zacatón gris verde, vimos (le lejos una manada (le caballos que echaron a correr espantados por la voz metálica (le la locomotora.

Al anochecer, cuando llegamos a un pueblo formado solamente por pardas casas de adobe, Marcos decidió que descansáramos ahí: éramos nada más que diecisiete.

Unas viejecitas vestidas (le negro nos dieron chocolate batido con agua y pusieron en el suelo (le una pieza dos colchones para Marcos y para mí.

Yo conozco muy bien este rumbo platiqué, consciente (le que Marcos apenas me oía-. Cuando yo era niño me traían todos los años, en los meses en que la escuela daba vacaciones, a un rancho llamado San José. Ahí montaba a caballo y por las tardes, cuando llegaba el ganado y los mozos ordeñaban las vacas, yo bebía la lecha espumosa en grandes jarros tibios. Por el rancho pasaban los indios tarahumaras que bajaban (le su sierra semidesnudos rumbo a Chihuahua, y los que volvían con un rojo pañuelo anudado en la cabeza y un blanco taparrabo. Aprendí a hablarles como ellos hablan y a tratarlos bien, porque son muy tímidos. Si vamos para la sierra, verás cómo sé preguntarles si tienen gallinas para comer y dónde está el río, y si hay venado que matar... Ya verás, Marcos, cuando estemos en la sierra...

Yo quería decirle que no lo iba a abandonar como Aguirre y como tantos otros. De los oficiales a quienes él dio sombreros encargados a Estados Unidos, a quienes nos vistió y nos mandó hacer mitazas con Francisco Tallabas, yo era el único que seguía a su lado, y de los demás que permanecían en el grupo, no sabíamos ni los nombres; eran soldados en los que yo nunca me había fijado siquiera. Yo consideraba una traición que aquéllos se hubieran separado de Marcos, aun cuando todos le ofrecieron: "Ya sabe usted que cuando vuelva por aquí..." Los consideraba como gente despreciable, incapaz de (lar la vida para salvar a un amigo en peligro.

Esa noche soñé que todos los que se habían quedado atrás venían galopando para alcanzarnos y que los recibíamos agitando los sombreros, porque confiábamos en que no volverían a separarse nunca.

Pero a la mañana siguiente ya no éramos sino Marcos y yo y tres soldados. Los demás habían ensillado durante la noche y se habían ido a sus ranchos. Entonces, Marcos llamó a los ferrocarrileros y les dijo:

-Nada más quiero que me lleven en la máquina hasta donde acaba la vía. Yo iré solo, sin caballo. Y ustedes podrán regresar inmediatamente a ponerse a las órdenes del Gobierno.

-Muy bien, general -contestó el maquinista-; podemos salir cuando usted guste...

Marcos sacó (le su bolsillo un poco (le dinero y comenzó a distribuirlo entre los últimos tres soldados. Yo monté en la locomotora mientras un garrotero la separaba del resto del tren, y cuando el general subió, estaba yo sentado sobre la leña, con la carabina acostada en las piernas.

-¡Vámonos!

Montañas

La máquina, libertada de aquellos vagones pesados que se asían a su cola para que los arrastrara, partió alegre y rápida, zumbona como una granada que quisiera perforar la trinchera de montañas que nos cerraba el paso. Comenzaba la Sierra Madre, un mar (le rocas inmovilizadas en picos inaccesibles y precipicios que parecían no tener fondo. En las cumbres, los pinos (le tronco más grueso que nuestra locomotora, extendían el cono verde (le su ramaje y se dejaban balancear por el viento. Las primeras nubes, grises como algodón sucio, comenzaron a descender sobre las montañas, ocultando los picos más altos y se fueron oscureciendo, espesando, comprimiendo. La locomotora corría locamente hacia la tempestad.

Las primeras gotas, gruesas como balines, mancharon la tierra seca, redoblaron sobre las láminas de metal de nuestro vehículo y penetraron por las ventanillas, empapando la gorra de hule y la chaqueta azul del maquinista que en su observatorio sacaba medio cuerpo. Algunas reses, con la piel brillantada por el agua, rumiaban impávidas a la tempestad, moviendo apenas el testuz, curiosas, al silbar agudo del vapor. Pasamos sobre varios arroyos hinchados (le agua turbia y violenta que parecía ansiosa (le volcarse fuera de su canal. Estallaban los truenos minuto a mi nuto, y su eco iba barriendo la superficie arrugada de la sierra. Sobre los rieles empapados y en declive, patinaban las ruedas de la máquina.

-Mejor te hubieras quedado tú también... No sé qué esperas ya a mi lado.

-No espero nada..., pero tampoco tengo qué hacer en otra parte. ¿Adónde puedo ir? De modo que ni me debes agradecer que te siga...

Comprendió bien que yo buscaba pretextos para seguir adelante.

-Si es así -me respondió-, no quiero correrte.

La tempestad, por su misma violencia, pasó pronto. Quedó el cielo pardusco, perforado a trechos por los rayos del sol. Un aire tibio secó las cosas en un momento. La locomotora pudo correr nuevamente, y subimos, subimos... En los montes, cuadrillas (le madereros derribaban los árboles y los arrastraban en trozos hacia el aserradero. Grandes claros habían dejado en los bosques en su ansia (le madera. Cerros completos habían sido pelados como si los árboles fueran trigo maduro. Y en el aserradero, montañas (le tablas blancas, sierras (le vapor girando incansables, plataformas cargadas de durmientes hasta el máximo (le su resistencia.

Otra carrera hacia arriba. Faltaban aún muchos kilómetros de vía tendida entre los árboles gigantes, más montañas, más precipicios y el bosque que ondula.

Ahora que no tenemos soldados y no podemos combatir, ¿adónde vamos?

-A la región (le los minerales (le Batopilas. Ahí nací yo, cuando mi padre tenía unas recuas (le mulas para transportar la plata desde la mina hasta el ferrocarril. Conozco cada montaña y cada

vereda; conozco cada mina. Si algún (lía los federales llegan a venir por aquí, me sumerjo en la profundidad de la tierra y nadie se atreverá a ir a buscarme; puedo vivir semanas enteras en las grandes cavidades donde la plata fue abundante, y pasarme de un nivel a otro por los tiros más peligrosos o más angostos. Y si salgo al campo, puedo alejarme de todo poblado y subsistir indefinidamente, para regresar cuando sea tiempo...

Vida de salvaje..

-Ciertamente, pero vida.

-Procuraré acostumbrarme...

-Cuando yo tenga que salir, tú te quedarás con los mineros...

Algo había en el tono de su voz, complaciente como cuando se contesta a un niño molesto, que me hacía creer que no tenía el propósito (le llevarme; que me hablaba del futuro, condescendiendo aparentemente, pero decidido en su interior (le dejarme atrás. Yo insistía; el vacío que todos habían hecho alrededor (le él me contristaba profundamente. Quería darle la impresión de que siquiera uno, quizá el que menos le debía de todos, aceptaba las responsabilidades que impone la gratitud. Estábamos frente a frente en una lucha insólita: él consintiendo en mi compañía, pero esperando el momento en que había (le rendirme y quedarme atrás; yo, empeñado en seguir con él hasta que sobreviniera un final brusco y definitivo, que yo mismo no alcanzaba a imaginar. Y mientras tanto, en la monotonía del viaje, procurábamos distraernos en pláticas indiferentes.

-¿Y cómo te hiciste maestro de escuela?

-Cuando tenía diez años, comencé a acompañar a mi padre en sus viajes con las mulas cargadas de barras de plata. No había este ferrocarril en aquel tiempo, e íbamos hasta Chihuahua en veinte (lías de marcha. El contraste del mineral a la ciudad provocó mi curiosidad; leí muchos libros, especialmente la historia de México. Y durante los viajes, por las noches, platicaba a los muleros de la conducta, a los rifleros que nos escoltaban. En el mineral hablaba a los muchachos, y aun a los hombres, hasta que comenzó a hacerse costumbre. Compraba libros y más libros, y hacía viajes y más viajes. Mi padre murió, y yo seguí la misma vida, trayendo barras (le plata y enseñando a los muchachos. Hasta que vino la revolución y me uní a ella con todos mis muleros y mis rifleros, por lo que me hicieron coronel y luego general. Ya ves, muy sencillo...

Se quedó pensativo viendo la montaña. Caminando por las veredas que pasan bajo los pinos, durante la marcha lenta de las mulas agobiadas por el peso de la plata, con el rifle puesto ante la amenaza constante de los bandidos que asaltaban las conductas, batiéndose muchas veces a tiros con ellos, leyendo durante los descansos, enseñando durante las veladas, Marcos Ruiz se había hecho hombre. Hombre para luchar, hombre para resistir y hombre también, mucho más, para perder. Hijo (le la montaña, a ella regresaba, derrotado pero no abatido. A huir, a ocultarse, pero también a esperar.

La montaña lo acogió, y a mí con él. Cuando la máquina llegó a donde los rieles terminan, como cortados a hachazos sobre un terraplén que se esfuma en el suelo rocoso, donde la guerra

interrumpió la conquista de la sierra por el caballo (le hierro, la montaña entera estaba de fiesta: alegría del sol en un cielo (le porcelana; alegría (le los árboles en un aire lavado y transparente; alegría (le las rocas que jugaban a las esculturas en los relieves inviolados; alegría (le la tierra que desbordaba su vida en mil variedades de árboles y yerbas...; alegría (le color y (le rumor y (le perfumes...

Había que embriagarse de montaña abriendo los ojos, abriendo los labios, abriendo los brazos.

Plática

El jefe de estación nos hospedó en su casa, hecha de troncos de pino a los que ni siquiera quitaron la corteza. Servicial y bondadoso, nos ofrecía mandarnos traer unas mulas para que hiciéramos el viaje hasta el mineral. Pero para eso habría que esperar (los o tres (lías, y Marcos estaba impaciente por alejarse. Porque la locomotora se había marchado y podía volver en pocas horas con carga no grata.

-Mañana a las nueve nos vamos, aunque sea a pie...

-Como tú dispongas, Marcos. Soy buen andarín.

Lo veía sereno, pero silencioso, con una profunda inquietud mental que lo levantaba del mundo. Yo, por el contrario, estaba ansioso (le hablarle, de oírle; y buscaba temas para la plática, (le los que muchos fracasaron. El hombre, asomado a una ventana, contemplaba su montaña.

-¿Y Aguirre, qué hará? ¿Crees tú que siga la guerra?

-No lo creo. Cualquier (lía, después (le mucho esconderse, irá al jefe federal más próximo, y le dirá: "A mí me traían a la fuerza; yo no quería rebelarme..." Pedirá amnistía y se volverá a su rancho a trabajar herrando ganado ajeno con el fierro propio.

(Por primera vez, Marcos demostraba estar amargado con los que lo abandonaron.)

Y tú, ¿por qué no te presentas así?

Alargó la boca a un lado en un gesto (le desprecio.

-¿Yo? Yo no me rendiré nunca a nadie. ¿Para qué? ¿Nada más que para vivir en la ciudad? A diario me encontraría con personas a las que he tenido bajo mi mando y que al verme así querrían tratarme cuando menos como a un igual, si es que no me ofrecerían hipócritamente su protección. De general, jefe de una brigada, pasaría a ser un empleado cualquiera, para poder comer... Me convertiría en alguna cosa así como portero (le una oficina pública. Y sería mostrado a los visitantes como una fiera cautiva y amansada. Para los enemigos a quienes vencí alguna vez y resistí muchas, sería como una cáscara que se aparta del camino con la punta del pie. Sin embargo, me temerían, me desconfiarían. Cada vez que sonara un tiro vendrían a ver si yo lo había disparado. Cada vez que algún descontento se fuera al monte con su carabina, vendrían a ver si había gente mía. Y un (lía cualquiera, cansados (le desconfiar, se complacerían en que un borrachín real o aparente, hiciera un disparo al aire y casualmente me tocara a mí... Y los periódicos dirían: `Durante una borrachera un general orozquista...'

"Peor todavía es irse al extranjero, a (lar lástima. Dirán: `Ése que se muere de hambre es un general que no supo morir en su última batalla'. Y como todos los emigrados, hablaría mal de mi país en tierra extraña, viviendo siempre alimentado con la ilusión de otra guerra civil. Por eso

prefiero la protección de la montaña, arisca y silenciosa, como yo.

"Ya no tengo nada que hacer: los Colorados hemos fracasado. Otros tendrán que venir, los que son más jóvenes que yo y (le más edad que tú. Quizá también a ti te toque actuar algún día; tienes modo de instruirte y serás abogado, o ingeniero, o cosa así. Probablemente, no haya otra revolución, pero la inquietud subsistirá mientras el pueblo sienta la miseria. Entonces, recuerda estas luchas y estas derrotas, y estas huidas; recuerda a los que cayeron en los campos de batalla combatiendo por el bienestar de los demás, y a los que no quisieron seguir la lucha y se apartaron, y a los que no quisimos rendirnos y nos sucedió... lo que nos haya sucedido. Recuerda la sed en el desierto, la lumbre en los matorrales, el cañoneo, los cadáveres que cuelgan (le los postes...

"No mires la guerra como una belleza, sino como un horror. Es el último extremo, el recurso que queda ante el fracaso de todos los otros. Es la desesperación.

"Aunque el pueblo siempre la comienza, su enemigo es siempre quien la provoca. Cuando puedas hablar, habla; y di que no por temor, sino por afecto, por justicia, hay que sacar al pueblo (le la miseria. Si todos están callados, grita; si todos gritan, únete al coro, que no sobraré ni una voz, que no se perderá una palabra, como no se pierde una sola gota del agua que llueve sobre los sembrados. Ayuda, ayuda siempre. Dondequiera que estés, alto o bajo, poderoso o débil, rico o pobre, ilustrado o ignorante, siempre podrás hacer alguna cosa en favor (le los que se mueren (le hambre..."

Hablaba frente a la ventana abierta. Su voz lenta, uniforme, voz de maestro, goteaba como lágrimas sobre mi corazón. Y después, salía hacia la montaña a mezclarse con el canto eterno (le los bosques.

Final

Partió solo, no supe ni a qué hora: si tan luego como me vio caer dormido en el catrecito plegadizo que me ofrecieron, si cuando la noche mediaba y la claridad de la luna dibujaba todos los senderos, o si cuando los primeros rayos del sol se peinaron entre las siluetas cónicas de los grandes pinos.

Encontré sobre mis ropas, colocado (le modo que era imposible dejar de verlo, un papel con la despedida de Marcos, lacónica, seca, definitiva como él mismo: "Nadie me encontrará". Era, al mismo tiempo, una indicación para que no intentara seguirle y un aviso tranquilizador. Pero ¿qué debía yo hacer? ¿No estaría él esperando al final de la primera jornada del camino para ver si era yo capaz (le seguirlo, o si, con un poco (le conformidad y otro poco (le regocijo, lo dejaba partir? Regresar (le donde estaba o regresar de cualquier otra parte, si no llegaba a encontrarlo, era lo mismo para mí. Decidí, pues, emprender la marcha a pie por el camino al mineral (le Batopilas.

Era una vereda tan angosta como una espada separando las yerbas y pasando junto a los árboles. En trechos, se abrían grandes claros donde los madereros habían dejado solamente los troncos rebanados en horizontal a medio metro del suelo, y algunas charcas con fango en el centro y secas orillas salitrosas. En la selva, a veces, se veía el esqueleto (le un pino incendiado por el rayo; en noche (le tempestad había sido una tea tan ardiente que la lluvia no la pudo apagar; (le su grueso tronco resinoso partían las llamaradas como caballos encabritados que se irguieran en dos patas; iluminó la montaña y llevó el pavor al pecho tímido (le los indios; ahora es un tizón apagado que los leñadores desprecian. Tiene la montaña también grandes calvas (le roca cubiertas con un polvo tan delgado, que ahí ni la hierba puede medrar.

Caminaba despacio, curioso. Me pasaba los minutos observando el perfil de los cerros, buscando parecidos de las rocas con cosas móviles. Así, encontré frailes, encapuchados, mujeres desnudas, perros husmeando o corriendo. Me detenía al pie de los árboles más gruesos, cortaba hojas de las plantas desconocidas para observarlas, para olerlas. Y me detenía a escuchar todos los ruidos del bosque: el roce (le las hojas, el murmullo del aire, algún chirrido impreciso, un trino lejano.

A media mañana comencé a percibir un rumor conocido trote (le animales sobre la roca. Sería alguna conducta como aquellas en que Marcos recorría la sierra, mula cargada (le plata tras mula cargada (le plata. Empezaba a hacer calor y yo estaba cansado. El rumor se acercaba, venía tras de mí por el camino que parecía una espada. Si eran arrieros, me podrían prestar alguna bestia que no trajera mucha carga, para hacer mi jornada, y yo les regalaría un poco del mucho parque que me estaba pesando sobre los hombros.

Decidido a esperar, me senté en un tronco medio podrido por las lluvias. Las rocas (le unos acantilados atrajeron mi atención (le nuevo; había una aglomeración de cilindros, y de cubos y de conos, que parecía una locomotora tendida (le costado, o más bien, un cadáver (le locomotora como aquella en que lanzamos la dinamita... ¡Días de triunfo! Conquistamos cañones, recogimos ametralladoras...; los soldados enemigos se llevaron a sus jefes cubiertos (le sangre... ¡Mil y pico (le hombres tenía la Brigada Ruiz! Y yo era un muchacho torpe que ni siquiera sabía fusilar... Los arrieros se iban acercando.

Después..., aquellos (lías (le espera en los mismos cerros (le Rellano, y el cañoneo que borraba todas las veredas; la retirada, la destrucción, otra espera, otro cañoneo...

-¡Quién vive!

Como veinte jinetes estaban frente a mí. Algunos me apuntaban con sus carabinas. Todos venían uniformados (le un azul plumizo y cubrían sus cabezas con unos gorros como campanas. ¡Los federales! La sorpresa me dejó inmóvil.

-¡Alto ahí! ¡Quieto!

Un jinete que tenía franjas doradas en el cuello, levantó la mano. "La mano piadosa", pensé.

-¿Es usted Abasolo?

Yo soy.

-Deje caer el rifle...

Ni cuenta me había dado (le que lo tenía en las manos, horizontal, amenazante, listo para el disparo, con el índice tembloroso rascando el gatillo. Lo dejé caer.

-Quítese la pistola.

Abrí la hebilla y dejé caer también el cinturón. Luego los soldados bajaron sus armas y se acercaron. El oficial llegó hasta donde yo estaba; era un muchacho, apenas mayor que yo; unos cuantos pelos le tiznaban el labio superior y la quijada. Contraía las comisuras de los labios para atrás y enronquecía la voz queriendo darse importancia. Me di cuenta (le que era algo así como el Abasolo del otro lado. No le tuve miedo. Sonreí.

-¿Dónde está Marcos Ruiz?

Contesté con (los ademanes: un "quién sabe" con los hombros y un "por ahí", con el brazo extendido señalando toda la sierra.

Sonrió también.

Amigo -me dijo-, tengo órdenes de remitirlo a usted a Chihuahua... Después capturaré a Marcos Ruiz y le aplicaré el castigo que le corresponde...

Bajó del caballo y recogió mis armas; se quitó la campana de la cabeza para limpiarse el sudor. Estiró el cuerpo, se tocó los riñones, cansado también. Era como yo, de mi alto, de mi ancho. Me dieron ganas de enseñarle la locomotora, los frailes y los perros.

-Si me promete que va a presentarse en el Cuartel General (le Chihuahua, lo dejo ir solo. En caso contrario irá usted custodiado por dos soldados...

-Prefiero ir solo. Prometo presentarme.

Sacó una carterita y escribió en una hoja. La arrancó, me la entregó, montó (le nuevo, se puso una mano en la cintura, levantó la otra y gritó:

-¡Adelante!

Y se fue seguido por sus soldados, que pasaron frente a mí uno por uno y a poco rato se perdieron entre los troncos del pinar.

El papel decía:

"Pasa a la ciudad (le Chihuahua a presentarse en el Cuartel General, el ex orozquista Álvaro Abasolo, que se ha rendido. El capitán segundo, del Séptimo Regimiento de Caballería..."

¿Yo me he rendido? ¿Cuándo? Me sorprendieron veinte individuos, me amagaron con sus armas, me obligaron a dejar caer mi rifle y mi pistola y no me dispararon porque no les dio la gana... Eso no es rendirse. Rendirse hubiera sido ir a buscar al capitancito aquel de la cara tiznada por unos cuantos pelos, o cualquier otro, y decirle: "Ya no quiero seguir en esto... Aquí están mis armas..."

Tuve ganas de correr tras los federales para pedirle al jefe que cambiara la redacción del pasaporte, pero ya no se oía el rumor de las pezuñas sobre la roca. ¡Rendido! ¡Yo, que, como Marcos, no hubiera querido rendirme nunca a nadie!...

Me ardían los ojos con ganas (le llorar. Me toqué la frente seca y las mejillas enjutas. ¡Rendido! Sentí una vergüenza pesada que me encorvó los hombros, que me hundió el pecho. Cubierto de polvo, cansado, hambriento, perdido en la montaña, desarmado... Sentía el corazón muerto, el cuerpo vacío, próximo a desplomarse. Eché a andar, lento y pesado, como si llevara cadenas en el espíritu.

De pronto, entre (los troncos (le árboles asomaron las olas cambiantes de un maizal. Era una parcela pequeña, abierta en un clarito (le la montaña; las matas frescas, (le un verde suave, iban a rozar los troncos (le los primeros pinos del bosque. ¡Un maizal! Así deben haber sido los (le Salaices, donde Aniceto veía volar las brujas montadas en las escobas.

¡Aniceto! ¡Mi casa! ¡Mi padre!...

¡Mi padre, que humedecidos sus grandes ojos azules, me dijo: "Te faltan muchos años para ser hombre"...

¡Ah, qué alegría! Yo soy un hombre completo desde hace mucho tiempo. Yo sé luchar, yo sé resistir, yo sé perder. Yo tengo ya las enseñanzas (le una vida y un propósito muy alto para el futuro. Vencido, solitario, extraviado, no me he rendido ni me rendiré. Adonde quiera que vaya, alto o bajo, tengo ya una finalidad que seguir, una lección que obedecer, un sentimiento íntimo que practicar...

¡Hay que sacudir el polvo y hacer latir de nuevo el corazón, erguir el cuero y marchar por la vereda angosta pisando con firmeza, a pasos acompasados como en un desfile, alegre y seguro de mí mismo, como todo un hombre!

Aspiré la alegría (le la montaña y tuve ganas (le cantar, como el viento, como el bosque... ¡Libre, eterno, feliz!

Y dejé ir la voz, repitiendo muchas veces mientras marchaba a taconazos:

¡Lunes y martes y miércoles, tres!

jueves y viernes y sábado, seis!

¡LUNES Y MARTES Y MIÉRCOLES, TRES!

JUEVES Y VIERNES Y SÁBADO, SEIS!...